JOSEPH ANDRAS

A lo lejos el cielo del sur & Así les hacemos la guerra

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

A LO LEJOS EL CIELO DEL SUR & ASÍ LES HACEMOS LA GUERRA

JOSEPH ANDRAS

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Au loin le ciel du Sud & Ainsi nous leur faisons la guerre

Edición en formato digital: noviembre de 2022

© imagen de cubierta, lookatcia

© de la traducción, Álex Gibert, 2022

© Actes Sud, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1693-8

Composición digital: www.acatia.es
anagrama@anaqrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A LO LEJOS EL CIELO DEL SUR

A Nûdem Durak, que algún día será libre

Se precisan hombres sin rostro, se precisan rostros sin hombre.

VICTOR SERGE,
Mensajes (título provisional)

17
18
19
9
10
8
2
3
11
20
1
4
16
7
6
5
15
12
14
13

No hay vida sino en la sombra. En el contraluz y en los rasgos que cuesta distinguir, en las siluetas de contornos indecisos y fulgor moderado, si no mitigado. En las palabras a medias y la bruma, los pasadizos en los que darle vueltas a la cabeza y los rescoldos protegidos entre las manos. Los grandes hombres lo han echado todo a perder, piensas, exponiendo sus almas a la luz. Gloria y prestigio son las quince letras de una misma derrota: cuánta sangre bajo el pedestal de las estatuas, cuánta renuncia en el resplandor de las pantallas, cuánta omisión en las escenas aclamadas. Nada corrompe más que el éxito, como advirtió un comunero que te es muy querido.

El ¡cono Ho Chi Minh, venerado líder supremo, te interesa bien poco. Y los retratos impresos en los billetes de un Vietnam rendido al comercio internacional, aún menos. Nunca has apreciado más que a los últimos, los perdedores, los malasombras, los flojos, los ignorados, los que vinieron al mundo con mala estrella y no valen un ardite.

Sabemos del presidente, de esa ilustre perilla entronizada por la historia en algún lugar entre Lenin y Gandhi, aunque es probable que no sepamos más que eso, que fue el sumo sacerdote de un comunismo difunto y condenado en todas partes. Pero el hombre por el que sientes esta especie de afecto era un peregrino sin un chavo; no se llamaba Ho Chi Minh y cambiaba de nombre como de camisa, después de sudar cada una de ellas en la esperanza de hacer iguales a los seres humanos, nada menos; dormía en cuchitriles, escribía artículos en una lengua en la que su madre no le cantó y recorría París bajo la mirada recelosa de la policía.

Es este hombre, en el exilio y por los rincones de una capital recién salida de una guerra, el que vas a buscar, a sabiendas de que no encontrarás nada.

Un transeúnte teclea en su teléfono móvil, el hombro apoyado en un poste de señalización; otro pasa a su lado en bicicleta, la melena corta al viento. El azul del cielo no tiene otro propósito que el de garantizar el perfecto contraste de los tejados. Una mujer le da una calada a su cigarrillo, sentada junto a la puerta de una lavandería, y el humo le anuda sus cintas al cabello negro; otra cruza el paso de peatones: la mayor de sus hijas, apenas una adolescente, lleva un turbante oscuro y una chaqueta verde oliva. Los paseantes no exhiben la dignidad que se les presupone: una multitud de peatones y vehículos de dos o cuatro ruedas, tanto da, se arrolla, se solapa, se

empuja y se despliega, voraz y parlanchína, por la ciudad.

París es un monstruo al que le han blanqueado la dentadura. Dicen que su antiguo nombre guardaba cierta relación con los pantanos, el lodo o los ratones: tal vez debería haberse quedado en eso. La ciudad se adueña ahora de las gargantas y las atiborra de alquitrán; las avenidas, las aceras y las fachadas tienen mala cara; se desperezan con el aplomo del secuestrador o del mangante. La tierra húmeda de rocío, la hierba alta, los animales desnudos y las copas de las plantas leñosas ya no atraen la mirada del viandante. La piedra tallada tiene talento: borra hasta el recuerdo de aquello de lo que se adueña.

En algún lugar de esta calle de kilómetro y medio de largo (la rué Charonne, por más señas) vivió Nguyên Tât Thanh (así se llamaba entonces), recién llegado de Londres, en una buhardilla, de «incógnito». Ese es en todo caso el primer rastro del que dispones, y se lo debes a un artículo publicado en 1970 y firmado por un antiguo obrero, tipógrafo de *L'Humanité* y responsable de asuntos coloniales en la Sección Francesa de la Internacional Obrera o SFIO, un tal Michele Zecchini.

A tu izquierda, una aspiradora yace extendida al pie de la puerta de un garaje; un padre empuja con una sola mano el cochecito de un niño que puede que algún día empuje otro a su vez, vaya uno a saber.

*

La fecha de su instalación en París trae aún de cabeza a historiadores y biógrafos: 1917, 1918, 1919. Si hemos de fiarnos del obrero y tipógrafo en cuestión, y suponer de paso que su memoria era digna de crédito al cabo de tantos años, cosa que nadie, y tú el que menos, está en condiciones de asegurar, el vietnamita residía en la capital en julio de 1918, el mes en que ambos se conocieron, y contaba ya con varias amistades. Y si hemos de fiarnos de Boris Souvarine, militante socialista a la sazón, fue un año antes cuando él lo conoció.

Pero acaso no esté aquí lo esencial.

El caso es que el mundo estaba a punto de salir o salía ya de una guerra que aún no sabemos por qué hubo que librar. Acorralar a los perros, golpear a las muías en el hocico, fustigar a los caballos, apiñar a las palomas eran actividades en las que los seres humanos ya se empleaban, eran el pan de cada día de su especie; probablemente hubo que pensar más a lo grande, tejer uniformes hasta perder la cuenta y cavar hoyos por todas partes, desenrollar alambradas, ondear banderas rayadas de colores y recibir obuses en la jeta y metralla en la piel, al igual que los animales; era cosa de mantenerse ocupado. Pero

Rusia, que había echado al zar para instaurar en la tierra el reino de los pobres diablos, permitía creer todavía un poco en aquella letra plantada orgullosamente sobre sus dos pies, la inicial de esa curiosa palabra: Hombre.

*

Allá, al otro lado del canal de la Mancha, Nguyên había trabajado de pinche de cocina en el Carlton, de barrendero de nieve, de cartelista, de vendedor de periódicos junto a la boca del metro, de basurero: las huelgas agitaban las orillas del Támesis y se metió. También se le vio distribuir alimentos entre los muertos de hambre, conversar con los reformistas de la Sociedad Fabiana y unirse a una oscura organización clandestina anamita (o, para entendernos, vietnamita, que hoy vendría a ser lo mismo). Entre una cosa y otra había tenido tiempo de reparar en que los blancos también se mataban entre ellos, como sucedía en la Irlanda ocupada, y de aprender una palabra cuya ausencia compromete la vida misma: revolución.

*

Se barajan varias fechas para su nacimiento. Si hay que atenerse a la oficial, la que maneja el Partido, en 1918 tenía veintiocho años. Arbitrariamente, por pura comodidad, adoptas esa misma cronología.

Nadie sabe dónde se encontraba su *hôtel garni*, la pensión donde tenía su habitación. En el número 94 de la rué de Charonne había una que era además para hombres solteros, pero había cerrado en 1914. Nguyên vivía solo, escondido, con las manos maltrechas por los sabañones y los reumatismos; el aislamiento no era plato de su gusto. Hay que decir que el hombre, oriundo de Hoáng Trú, una aldea perdida al norte de su país, había pasado dos años en la mar, a bordo de navios, cargueros, vapores, paquebotes y transatlánticos, de todas esas palabras que brindan al horizonte la oportunidad de ser algo más que una línea recta. Allí había aprendido a manejar cucharas y tenedores, pelar patatas, limpiar cocinas y servir a los oficiales. Van Ba -su apodo de factótum- conoció así su buena ración de escalas en puertos del ancho mundo, en Argelia, en Lisboa, en Senegal, en el Congo, en La Reunión, en Egipto, en México, en Madagascar; pulió su francés rudimentario trocándoles a los soldados libros por café y descubrió, gracias a ese tráfico, que también en Francia había hombres de bien; en Marsella recorrió la ciudad bajo un sol de justicia con diez centavos en el bolsillo: los tranvías que podían pasar por casas rodantes, la miseria de una metrópoli presumida y el trato de *monsieur*

que le dispensaron a él, el anamita, en una tasca de la Canebiére.

Y aquí ha venido a parar, tras recalar en Boston, Nueva York y Le Havre, después de tantos años como los que contienen las páginas de Cendrars o de Istrati, aquí tenemos al viejo maquinista de tren, barrendero y vendedor ambulante, dando vueltas en un cuartucho amueblado de la rué de Charonne.

De esa calle hay varios clichés de la época. Los has consultado a fin de imaginar, entre esa calesa y aquellos chicos con boina, la «silueta enjuta y orgullosa» de aquel ser «denso como una sombra, provisto de algún libro en todo momento», como lo retratan, a fin de vislumbrarlo paseando por la calle y pegar toscamente esa silueta, esa figura de cartón piedra, puro bricolaje teatral, junto a esa mujer rechoncha o aquel carpintero. *La Révolution prolétarienne* describía a un emigrante frágil y bajito -aunque tirando a alto para un asiático, consideraba otra fuente-, con el rostro demacrado y los ojos dulces pero orlados de fuego (detalle este que has leído hasta la saciedad: esa mirada -«viva», «febril», «brillante», «chispeante»- parece haber dejado su impronta en la memoria de quienes lo conocieron).

Es aquella habitación olvidada la que finges buscar, en tu pesquisa baladí y sin objeto, pero a medida que avanzas es la Historia, ufana de su mayúscula, la que se te impone. En la estación de Charonne, para empezar, con sus nueve manifestantes asesinados por la policía, molidos a palos, aporreados y asfixiados, con el satisfecho beneplácito del primer ministro, por haber exigido la paz en Argelia. Más adelante, en el número 92, te detienes un momento ante el café La Belle Equipe, donde en un invierno más reciente dos teócratas abatieron al doble de personas con un arma del calibre 7,62 invocando a Dios y a Siria (uno de ellos tenía la edad de Nguyên cuando pasó por esta calle en 1918). Un poco más allá, en el número 80, se esboza ante ti el recuerdo, todo adoquines, bombas, humo y sangre, de una barricada que la Comuna levantó contra las tropas de la República, la tercera, la maldita.

En una obra, unos gruesos guantes azules sobresalen de un saco de arena y grava; en las terrazas, los clientes sorben su agua mineral con pajita.

*

Nguyên se mudó.

No sabemos a qué calle, salvo que, si hay que seguir dando crédito al tipógrafo, se encontraba en la orilla izquierda del Sena, en algún punto de los siete kilómetros cuadrados que ocupa el distrito 13. Era una vivienda angosta que compartía con un tunecino, un hombre

llamado Moktar, militante anticolonialista y operario en una fábrica de obuses.

Los papeles de Nguyen no estaban en regla y él se sustraía a la atención del vecindario, encerrándose de continuo entre sus cuatro paredes por miedo a toparse con la policía. Los primeros días, en ausencia de su camarada, que, a la vuelta del trabajo, le preparaba sus comidas para el día siguiente, no encendía la luz ni tocaba la estufa. El piso rezumaba humedad, el viento atravesaba puertas y ventanas. El tipógrafo se pasaba para leerle la prensa del día; jugaban a las cartas y cuando caía la noche bebían vino -blanco, tinto, qué más da- hasta que volvía el tunecino.

Nguyên Tât Thanh tenía la cara chupada, la tez cerosa y dos ojos que le saltaban a uno literalmente a la cara: de eso fue el tipógrafo quien dejaría constancia, años después. De nuevo esa mirada. Un temple poco común. Un asceta de un fervor que hechizaba. Su interlocutor se decía, como recordaría más tarde, que aquel joven errabundo llegaría lejos.

La SFIO -a la que Nguyên se afilió a finales de 1918 o a principios del año siguiente, tampoco en eso acaban de ponerse de acuerdo- verificó su identidad y se comprometió a conseguirle papeles. Uno de sus miembros, un tal Paul Vaillant-Couturier, le encargó al tipógrafo la misión de cuidar del joven emigrante. Vaillant-Couturier no tenía aún ni treinta años; era un poco poeta y un poco pintor, y la guerra, en la que resultó herido en dos ocasiones -la primera como soldado de infantería, tras la explosión de un obús que le llenó la cadera de metralla; la segunda, al toparse con una cortina de gas a bordo de un carro acorazado-, le había dejado sin aquel Cielo al que aún se aferraba para no tener que afrontar la vida tal cual era, ramplona y tosca como ella sola: allá arriba no hay más que dinitrógeno, argón, neón y metano, no arrojemos nada más. Pacifista confeso, escribía entonces una columna en *Le Canard enchaîné*, aunque no tardaría en hacer carrera política como diputado socialista y militante comunista. Con su perfil discreto y su melena oscura y alborotada, Vaillant-Couturier aparece junto a Nguyên -que posa con cuello blanco y corbata negra- en una de las pocas fotografías que le tomaron en aquella época.

Pero el anamita no tardaría en dejar atrás aquel hogar provisional.

*

Un bar PMU, un restaurante africano, una tienda de segunda mano y otra de discos (jazz, caribe, funk), un centro de promoción de la salud (recuerdas haber ¡do allí un día) y pegatinas que llaman a votar por uno u otro candidato en las farolas, tres *operarios de limpieza*

urbana y cuatro hombres encorvados sobre sus máquinas de coser en una pañería -wax, bazin, java-, un colmado -*alloco*, bacalao salado, hojas de yuca- y un carrito de la compra atado a una valla con un candado, un retrato de Lilia Brik (recuerdas la habitación de Maiakovski, su amante poeta que un buen día, no caes ahora en la fecha exacta, se metió una bala en el corazón, dejando en aquel apartamento 12 una nota de despedida y el parte de un naufragio, el de un barco fracasado contra la vida cotidiana; la visitaste hace mucho tiempo: nevaba entonces sobre los tejados de Moscú y sobre tu amor roto) y un cartel apoyado contra el tronco de un árbol que reza, en tinta morada: «Los animales merecen vivir libres &. no explotados».

Remontas la rue Marcadet, en el centro del distrito 18, al norte de la capital y a una hora a pie de la rue Charonne. Una docena de documentos en cuatro idiomas atestiguan que había allí entonces una vivienda: un tabuco en una pensión, un cuartucho mal amueblado. Aunque en ninguno consta la dirección exacta ni hay unanimidad acerca del año en que se mudó allí, dos de esos escritos parecen más precisos: uno data de finales de los años sesenta y el otro de principios de los noventa. Nguyên vivía «a tiro de piedra» o «no muy lejos» de la estación de metro de Marcadet, que hoy lleva el nombre de Marcadet-Poissonniers y tiene cinco entradas repartidas en tres vías públicas… En aquel entonces ambos nombres correspondían a sendas estaciones y las bocas de metro de Marcadet estaban en el boulevard Barbes. Lo cual te lleva a pensar que Nguyên vivía en el primer tercio de la calle que recorres ahora a grandes zancadas y que tendrá dos kilómetros de largo. Y ese cuchitril lo compartía. Con anarquistas anamitas, según uno de los presidentes de la ORTF.

Gente ociosa y gente alerta, mirones y currantes obligados a apretar el paso; dos treintañeros hacen *jogging* y el neón de un restaurante parpadea; un ir y venir de ruedas emparejadas; la ciudad gruñe, de un gris tostado, el agua corre por la cuneta. El metro abre su boca de par en par: no te importaría ver a los jabalíes de Giono salir por ella a un París onírico que ha sucumbido al avance de los árboles. Pasa un hombre con el sombrero bien calado, arrastrando su vida como arrastra su maleta; otro lleva a hombros una butaca del año de la polca, los pies en alto, acompañado por la que parece ser su pareja. Este espectro que rastreas sucede al de Rodin, del que le separa medio siglo: el artista se instaló en esta zona junto a una Rose obrera que, según decía, era bella como una estatua.

En mitad de la calle, la transformación se opera en un silencio repentino: el populacho se acicala y, como el niño que atisbas a través del escaparate de una peluquería, se deja espolvorear la nuca con un cepillo de barbero. La reducción de vinagre balsámico serpentea por los platos blancos; al paseante se le ofrecen quesos *añejos*, objetos de

decoración *home made* y muebles *vintage*. Te detienes junto al número 129: fue aquí donde Alain Geismar, que militaba entonces en las filas de la Gauche Prolétarienne, honró a principios de marzo de 1972 la memoria del obrero maoísta Pierre Overney, abatido tres años después de la muerte de Ho Chi Minh por los disparos de un guardia de seguridad de la Renault (el asesino moriría cinco años más tarde a manos de los Noyaux Armés Pour l'Autonomie Populaire y el militante no tardaría mucho en colgar los hábitos revolucionarios). Una mujer con una bolsa gris habla por teléfono, de pie, mientras otra pasa a su lado, envuelta en una bufanda del mismo naranja chillón que su carrito de la compra. Una furgoneta espera a la fresca, con el motor encendido, y piensas, a saber por qué, en la descripción de Ho Chi Minh que brindaba uno de sus biógrafos a partir de una de las -rarísimas, sí, ya lo has apuntado- fotos parisinas de Nguyên Tât Thanh: el joven llevaba bombín y tenía un aire al Charlot de *El inmigrante* o *El peregrino*. Parecía «perdido», «derrotado»; no tenía el aspecto grotesco que sugieren las frases que has subrayado en un libro del Partido publicado en Hanoi: el sucesor de Marx, el «genio» cuya obra traerá al mundo «una primavera eterna».

Un inciso.

Lo cierto es que te gusta la imagen. De Charlot sabes bien poco, es decir, lo mismo que todo el mundo: te bailan un par de imágenes famosas del vagabundo con su bigote de cepillo de dientes, vago patrimonio de la humanidad. Pero a eso se suman dos detalles. En primer lugar, un fresco en las paredes de Dreux con el que hace poco fuiste a dar por casualidad: un Charlot triste, sentado y cruzado de brazos junto a un perrito blanco con el ojo izquierdo a la funerala. Te detuviste un momento y le sacaste una foto. Y luego está el «Ulises» de Fondane. Te gusta hacer tuyos los poemas de largo aliento, los versos que la rima no constriñe y el alma de los puertos; como es lógico, este texto te encantó. Lo has leído varias veces en sus dos versiones publicadas, la de 1933 en Bélgica y la de 1944, año de la muerte del autor en Auschwitz. En la parte novena dice: «Más tarde vi a Charlot y comprendí a los emigrantes, / más tarde, más tarde aún, a mí mismo… / […] yo ya no pregunto por el sentido del mundo / yo pongo un puño firme sobre la mesa del mundo.» Así que un perro y su compadre el humano, y luego un poeta, no tiene mucho sentido, eres consciente, pero eso no quita que la imagen te guste, el rebelde y el sin techo con levita de *Vida de perro* unidos de improviso, superpuestos por la imaginación de un autor y luego por la tuya. Quizá sea así como se encuentran la rectitud y la ternura, turbia aleación a la que, como es sabido, le cuesta mirar de frente a las revoluciones. Pero es que estos dos detalles se han cruzado además con otros que te eran desconocidos: tu ensoñación ha sido

compensada. En primer lugar, un encuentro que nadie parece estar en condiciones de certificar: Nguyên Tât Thanh habría conocido al gran actor durante una travesía, en los años que precedieron su llegada a París. Según el testimonio que la hija de Chaplin ofrecería a la prensa cubana, el vietnamita le pidió un autógrafo al británico, que viajaba en el barco, y estuvieron conversando en la cocina. Luego está el veterano de la campaña de Alsacia que lo conoció y dijo de él que «tenía un punto chaplinesco», triste y cómico a la vez. Y, por último, la frase desenterrada de una voluminosa biografía suya en inglés: en 1946, llegado ya a la presidencia, Ho Chi Minh le confió a un reportero, ante la multitud congregada durante una visita suya a los Campos Elíseos, que era perfectamente lógico que todo el mundo quisiera ver «a la versión vietnamita de Charlie Chaplin». Con lo que el insumiso de los nervios de acero y el pobre diablo atribulado, líder revolucionario a su pesar en *Tiempos modernos*, tienen sobrados motivos para pasear de la mano por la calle que ahora recorres…

En el cruce siguiente encuentras un bistró y una tienda de campaña, refugio esta última de tres indigentes; más adelante, con los monos manchados de barro, otros tantos hombres barren las calles y limpian la calzada a manguerazos a pocos pasos de un negocio de cocina *responsable*. Un cartel proclamando la «Abolición de la sociedad de clases», al que una mano le ha rasgado un jirón, pone su nota de color en uno de los muros vecinos: le ha llevado cien años a París, pero hoy, más aún que entonces, la consigna aguarda su hora. Pasas un albergue de jóvenes trabajadoras, ahora mixto, y la consulta de un profesional del *coaching* por hipnosis. Una madre le pregunta a su hijo si quiere hacer el favor de coger el violín; cuatro adolescentes canturrean mientras chutan un balón por la acera; una papelera escupe hojas; una joyería ofrece un género *bruto y chic* que, como no podía ser menos, se ríe de los *códigos*; un grafiti parcialmente tapado proclama, jubiloso: ¡Aún no lo sabemos, pero somos anarquistas!

La rué Marcadet acaba aquí, en la estación de Guy-Môquet. Del contestatario del bombín y la mirada ardiente que leía a Dickens, Tolstói y Romain Rolland, ni sombra.

Pides un café en la tasca de enfrente; sacas de tu parka un libro de bolsillo de fotografías libanesas que te regaló hace poco un amigo con el que recorriste Vietnam de norte a sur; lo hojeas. Fachadas acribilladas, chapas abolladas, rifles automáticos, humo opaco, los escombros de un burdel: «Reinaba en esta ciudad abandonada una atmósfera de fin del mundo.»

*

El 18 de junio de 1919, Nguyên Tât Thanh desapareció para

siempre: se mezcló con un colectivo, el Grupo de Patriotas Anamitas, también conocido como los Cinco Dragones, que asumió la identidad de Nguyên Ai Quâc antes de que el nombre pasara a ser exclusivamente el suyo. Más tarde la letra *a* perdería las astas de buey de sus lejanos orígenes para redondearse en el ojo de la *o*: Ai Quôc, así se llamaría el futuro Ho Chi Minh hasta 1942: el Patriota, el que ama a su patria.

Esa firma puede leerse al pie de un texto escrito con ocasión de las negociaciones entabladas en Versalles para alcanzar el inminente tratado homónimo, finiquito de una guerra mundial que duraba ya cuatro años. El documento se extendería a lo largo de incontables páginas, con sus partes y artículos, sus pequeñas a, sus pequeñas b, sus pequeñas c, sus anexos y secciones, sus miles de millones de marcos y sus toneladas de carbón, su alquitrán de hulla y sus potrancas, sus vacas lecheras y sus derechos arancelarios: para traducir semejante desbarajuste a la letra impresa hubo que convocar docenas de comités, miles de sesiones y un sinfín de diplomáticos, delegaciones y expertos.

Por un lado, los vencedores; por el otro, el Reich derrotado al fin. Un año antes, el presidente Wilson había pronunciado un discurso dividido en catorce puntos para fomentar la paz, el libre cambio y la soberanía de las naciones. Nguyên tomó buena nota del quinto punto, precisamente el que menos le había gustado a cierto secretario de Estado norteamericano, «convencido del peligro que supone infundir tales ideas en el ánimo de ciertas razas», el referido a los territorios coloniales y a «los intereses de los pueblos» afectados. El llamamiento de los Dragones se titulaba «Reivindicaciones del pueblo anamita» e iba dirigido a las potencias de la Entente y más concretamente a Francia; elogiaba en contundentes letras mayúsculas al Noble Pueblo Francés y su ideal sublime de Fraternidad Universal; anticipaba que, si prestaban oídos a los oprimidos, los franceses cumplirían su deber para con Francia y la Humanidad; y proponía la adopción de ocho reformas concretas. A saber: la amnistía para los presos políticos nativos, el fin de la justicia de excepción, la libertad de prensa y de opinión, la libertad de asociación y reunión, la libertad de enseñanza, la sustitución del régimen de los decretos por el de las leyes y, por último, el establecimiento de una delegación permanente de nativos elegidos en el Parlamento francés.

El tono era de lo más moderado.

Poco menos que una caricia, un embeleco. Ni un asomo de secesión, ni un anticipo de revolución, ni el vislumbre de un fusil abriendo fuego bajo la luna, ni siquiera de una escopeta de feria. Cualquier liberal podría haber estampado su firma en él con los ojos cerrados. Solo que los autores no medían un metro ochenta, como el señor Wilson, ni tenían los iris azules del señor Lloyd George, ni la tez

clara del señor Clemenceau, ni la nariz puntiaguda del señor Orlando, los cuatro miembros del Consejo de Paz. Y eso lo echó todo a perder. La República y los Derechos del Hombre eran hallazgos muy bienvenidos: al rey le habían recortado un pequeño diez por ciento de su estatura, a Dios le habían comunicado que era hora de recoger velas y las pelucas empolvadas se habían guardado en los maleteros de cuatro calesas a la fuga; los obreros, los necesitados, los infortunados y los muertos de hambre seguían siendo aporreados, como es natural, y la tropa o la policía era enviada de vez en cuando a liquidar a unos cuantos, cuestión de recordarles que el sufragio universal nunca será más celebrado que entre la gente de la buena sociedad; a veces eran millares los que acababan exánimes sobre el pavimento de la capital, ante lo que el señor Flaubert y el señor Zola se felicitaban por el restablecimiento del orden; y vuelta a empezar, los escaños en la Asamblea, los escrutinios, los gobiernos, los gabinetes, los grandes debates: acabarían por meterlos en cintura, a los que viven de sus manos, a ese hatajo de rojos, a esa horda de negros, a las duras cervices de la nación, acabarían por ofrecerles, algún día, los coches que saldrían de sus fábricas. También podrían llamarlos a matar a sus semejantes en las fronteras del país o en los confines del mundo donde las narices son más chatas y el iris más oscuro: ¡los señores y los pusilánimes unidos por fin bajo una misma oriflama! ¡Hermosa idea! Y a quien no le gustase lo mandarían al trullo o al otro barrio: ante la democracia no vale rechistar.

El 18 de junio de 1919, Nguyên acudió a Versalles para exponer su llamamiento, publicado aquella misma mañana en la tercera página de *L'Humanité* y redactado, en su mayor parte, por dos de sus camaradas, viejos conocidos de la policía: más tarde, convertido ya en Ho Chi Minh, recordaría que por aquel entonces su francés era aún paupérrimo. De aquella visita no se sabe nada, salvo que tuvo poco éxito, según un informe del Servicio Central de Inteligencia y la Dirección General de Seguridad. Según uno de sus biógrafos, lo echaron «sin contemplaciones».

Cierto que más de medio millón de nativos del Imperio colonial francés habían luchado por la madre patria; cierto que algo menos de cien mil indochinos habían acudido a combatir o a trabajar por esa misma patria; cierto que el tratado con cuya redacción se quemaban las pestañas a diario esos señores iba a despojar de sus colonias a Alemania: el Imperio francés se agenciaría enormes parcelas de Togo y Camerún; el Imperio británico arramblaría con Tanganica, África del Sudoeste, Nueva Guinea, Nauru y el archipiélago de Samoa; el Imperio belga se haría con Ruanda-Urundi (y Japón se conformaría con las islas). Cierto, sí. Pero esos señores tenían asuntos más urgentes de los que ocuparse que el que venía a exponerles un descamisado de

veintinueve años.

Así es el Estado: sordo como una tapia. Indiferente como una gigantesca tapia de hierro. Ya puede uno formular dos o tres peticiones razonables, absolutamente comedidas, suplicantes incluso, y bajar los párpados, que el Estado lo mirará con desprecio desde lo alto de su enorme mole de hierro. Ya puede uno clamar que es demasiado, que ya pasa de castaño oscuro; el Estado apelará entonces a la ley que, por una feliz coincidencia, él mismo se encargó de redactar. Pero en cuanto uno derriba la puerta de un ministerio o pinta en el cielo densos racimos de humo negro procedente de los coches, pisos y restaurantes de los ciudadanos más acomodados, de pronto el Estado lo ve. Y en cuanto hace pedazos un cuartel o un camión de la policía, se encuentra uno en la mesa, primero en la mesa de tortura y luego en la de negociaciones. Es una pena, pero así es el Estado.

Es posible que en Versalles no percibieran el fuego que ardía en la mirada de Nguyên.

La prensa no le dedicó una palabra.

Lees la del día siguiente, las columnas de *Le Fígaro, Le Petit Journal, Le Matin, Le Petit Parisién, La Croíx*: nada de nada. Pronto Nguyên viajará a Moscú, a Crimea, a Hong Kong; será dado por muerto, zarpará en un barco, dará con sus huesos en la cárcel, escribirá poemas y exhortará a los poetas a revestir sus versos de acero. Y entonces discutirá, escribirá, parlamentará, declarará que la sangre no es más que un infortunio; replicará que la guerra durará cien años si el Estado francés sigue ignorándolos, y tomará finalmente, con voz queda, la decisión fatídica: luchemos. Y levantará un ejército calzado con sandalias negras hechas con neumáticos que derrotará al Imperio.

*

La ingratitud no se cuenta entre las virtudes. Agradezcámosle pues sus virtudes a la policía, que siempre está ahí para echar una mano a los historiadores. Celebremos su pasión por la vigilancia, el espionaje, la persecución, los atestados, los seguimientos, los informes, los sicofantes y las confabulaciones, que harán las delicias de las generaciones futuras, entre ellas la tuya. En Aix-en-Provence, los Archivos Nacionales de Ultramar conservan aún el expediente de «Nguyên Ai Quôc», elaborado por un agente llamado Paul Arnoux y archivado en una carpeta de tela con cinta de cierre.

El dorso de la primera hoja contiene la «descripción», aderezada con una fotografía del sujeto (fumando, el ceño fruncido, tocado de un bombín) sacada a escondidas en el puente Alejandro III: el hombre es

descrito con minuciosidad (forma de la frente, color de tez, tamaño de las fosas nasales, posición de las orejas); una silueta poco agraciada emerge entre líneas: un tipo «desgarbado», encorvado, con una sonrisa un poco «mema».

Aunque en junio de 1915 la embajada francesa ya había solicitado a las autoridades británicas que lo vigilaran, a causa de sus compañías, la primera mención que consta de él en París data del 7 de junio de 1919: el joven, recién llegado de Londres, se alojó durante cuatro días en el número 10 de la rué de Stockholm, en el distrito 8, y a continuación, entre el 12 de junio y el 13 de julio, en el número 56 de la rué Monsieur-le-Prince, en el distrito 6. Según el informe confidencial en cuestión, dirigido al gobernador general de Indochina, Nguyên no puso los pies en territorio francés durante toda la guerra. Así pues, o los testigos que aseguraban haberlo frecuentado en años anteriores se habían confundido, o el gazapo era de los servicios de inteligencia. En cualquier caso, sabemos que el presidente de la República, un tal Poincaré, se había interesado personalmente por aquel aguafiestas.

*

Cuatro paradas de metro, un cuarto de hora.

Los tejados de la estación de Saint-Lazare enseñan sus dientes de sierra al fondo de la callejuela. El azul que lleva por sombrero está roturado de surcos oblicuos de aspecto blanquecino; el pavimento ha dejado de respirar, ahogado por completo en las sombras; mire uno a donde mire, ni un alma a la vista: si pasara ahora un peatón, no cambiaría nada. En el ya citado número 10, un hotel de tres estrellas lleva el nombre de un presidente estadounidense: de cien a doscientos euros la noche, masajes a la carta y aire acondicionado. Tres bolas de boj en sus respectivas macetas adornan la fachada color gris masilla; la luz corta el edificio por la mitad. El establecimiento fue construido hacia 1900: su *guest relations manager te* responderá que la dirección no posee información de ninguna clase sobre el caso que te ocupa.

Llegas a la estación de enfrente (la misma que viste hace no mucho bajo la humareda mientras ibais de aquí para allá, ese vosotros sin rostro que compone la belleza de las multitudes congregadas de improviso, entre estallidos de granadas de gas lacrimógeno, chalecos de amarillo chillón y disparos de munición de corto alcance).

En un plano de París -escala uno a veinte mil- has marcado con un círculo de color todos los lugares que frecuentó, según los indicios o pruebas de que dispones. Aunque la capital haya corrido un velo sobre su paso y permanezca muda al tuyo, al menos tienes eso, esa curiosa constelación sobre el papel.

Dos líneas de metro y otro hotel con el mismo número de estrellas entre un restaurante vietnamita y una peluquería. Fue aquí, a pocos pasos de los Jardines de Luxemburgo, donde Nguyên residió durante un mes de verano. Alumbrado ambarino, fachada pálida, macetas en los balcones de hierro colado. El llamamiento del Grupo de Patriotas Anamitas fue enviado a la prensa francesa, así como a todos los representantes de los países reunidos en el marco del Tratado de Versalles, y se imprimieron doce mil ejemplares para distribuirlos entre los militantes de la SFIO, la CGT y la Liga de los Derechos Humanos. Fue esa dirección, el 56 de la rué Monsieur-le-Prince, la que Nguyên escribió al pie de la carta que enviaron al secretario de Estado de los Estados Unidos de América para darle a conocer sus ocho peticiones. Reina aquí el silencio de las bicicletas en fila, como si la calle contuviera la respiración.

En su *Poétique de la ville*, Pierre Sansot propone una «topología de las inmediaciones»: los grandes espacios urbanos «desbordan sus propios límites», los lugares se extienden y se apoderan del entorno. Las calles y las fachadas hablan, escribe Sansot, como los testigos que han sido «de la historia individual y colectiva de los hombres»: la ciudad se convierte así en «el horizonte insuperable de nuestras promesas». Sea un arroyo o una acera, un bosque o una vía de circunvalación, tu corazón no vacila: sabes que si los muros asfixian la tierra, esos muros, aunque se desmoronen, mantendrán la verticalidad de nuestros viejos sueños.

Cien metros más allá, en el número 41, se encontraba el Hotel d'Orient (hoy llamado Stella) que alojó a Rimbaud. No había cumplido aún los dieciocho años y, como le confiaba a un amigo de infancia en una carta expedida un año después del aplastamiento de la Comuna, «fumaba mi pipa de martillo y escupía en las tejas, porque la habitación era una buhardilla». Un siglo más tarde, en el número 20, Malik Oussekine, algo mayor que el poeta para entonces, sucumbiría a los garrotazos del Ministerio de Pasqua al salir de un concierto de jazz (ahora que el pueblo, ataviado de amarillo chillón, se alza contra el gobierno para vivir mejor y por toda respuesta le revientan los ojos y le arrancan las manos, un diputado del partido mayoritario, progresista como es debido, afirma, mientras tú trabajas en estas páginas, que más nos valdría olvidar ese cadáver). Bajo tu mirada, y empleas la preposición en su sentido más estricto, pues tienes que bajarla, una placa en su memoria: letras mayúsculas brillantes sobre fondo mate de gris antracita.

La calle termina en un ramo deshecho de rosas amarillas, sus pétalos desparramados sobre el asfalto al pie de un cubo de basura, un bolso de Chanel y un muro que llama a unirse a la rebelión: una mano anónima ha pintado al abrigo de la noche el gran reloj de arena verde

que de un tiempo a esta parte se ha convertido en el símbolo internacional de la lucha contra la extinción de las especies y el cambio climático. Los más ambiciosos de entre nuestros mayores, meditas, veían en el futuro el remedio a los males del mundo; sus descendientes se esfuerzan tan solo por salvar los muebles.

Desembocas en el boulevard Saint-Germain al mero arbitrio de las calles.

*

El 13 de julio, Nguyên el Patriota se mudó al barrio de Croulebarbe, al número 6 de la *villa* des Gobelins. Aquella misma mañana, *Le Petit Journal* ofrecía a la patria su ansiada revancha: Alemania, derrotada, lucía en la portada el aspecto de una mujer triste, con el casco prusiano de punta sobre la rubia melena y un arma rota a los pies ante Marianne, erguida, imperiosa e inflexible, con la espada en alto y un gorro frigio de un rojo resplandeciente.

Sentado en la acera de la avenida del mismo nombre que la *villa* en cuestión, entre sombras desmenuzadas de fresnos y cedros, un limpiabotas espera que pase algún cliente bajo una sombrilla de rayas. Trapos abigarrados, pequeños tarros metálicos, cepillos para sacar brillo, un pantalón bombacho enrollado. Pasas por delante de la fábrica que durante la Comuna reconvirtieron en un depósito de armas y municiones antes de prenderle fuego, aunque solo en parte, para contrariar a la soldadesca.

La calle es de una rigidez muy haussmanniana. Entre un restaurante y una agencia inmobiliaria, a tu derecha, la *villa*: esto es, un callejón sin salida. De unos setenta metros aproximadamente. Silencio gris. Nada pende de los balcones. Te gustaría describir el vuelo de un pájaro, pero no hay más que plantas en tiestos de madera. El edificio tiene cuatro pisos de altura; el ladrillo está pintado de amarillo; una placa junto a la puerta anuncia la consulta de un pedíatra y un médico generalista. La empujas, porque quién sabe; cerrada, claro. Podrías volver otro día y es posible que vuelvas, aunque eres consciente de que el cuerpo médico te será de poca ayuda. El abogado marxista Phan Van Truong había alquilado aquí un apartamento -en el segundo piso, has averiguado consultando una nota del Gobierno General de Indochina dirigida al prefecto de policía en París- y acogió en él a varios de sus camaradas, entre ellos Nguyên. Con la frente alta, la cara rolliza y el bigote poblado, aquel hombre apenas entrado en la cuarentena era considerado por la policía francesa el alma del Grupo de Patriotas Anamitas. Encarcelado en una prisión militar en 1914 -en la década siguiente volverían a ponerlo a la sombra- y admitido en el Colegio de Abogados de París tres años

más tarde, Phan ayudaba a Nguyên a escribir sus artículos, aunque a veces los retocara más de lo que su autor hubiera deseado. Moriría en 1933 en el más absoluto olvido, mientras Nguyên, convertido ya en el líder del Partido Comunista de Indochina, huía a través de China después de ser detenido por la policía británica, ser arrojado al calabozo bajo una identidad falsa y dado por muerto, y partía luego hacia Vladivostok, a 43º de latitud norte.

Pero en aquel año de 1919 Nguyên solo quería hacer una donación de cinco francos a *L'Humanité*, que iba a erigir un monumento en honor de Jaurés, al que le habían volado los sesos con una Smith & Wesson cinco años antes por creer que abrir Europa en canal para arrojar allí a sus hijos no era un destino trazado.

*

Existe un documento de identidad de Nguyên Ai Quôc fechado el 4 de septiembre de 1919. Domicilio en la *villa* des Gobelins; profesión: estudiante; estatura: 1,65 metros (tres centímetros más alto que en la ficha de la Dirección General de Seguridad); ojos: negros; señas particulares: ninguna; nariz: dorso chato, base horizontal, dimensiones grandes; tez: mate. Un sello de tinta azul o violeta, el visado del comisario de policía, dos firmas. En la fotografía del expediente, Nguyên luce un cuello redondo impecable, un temo, corbata oscura y el cabello peinado hacia atrás. La cara es lampiña y la cabeza aparece ligeramente ladeada. Los ojos no miran hacia la cámara. El Partido aseguraba que había nacido en 1890; ese documento le quita cuatro años. No tiene la menor importancia: los datos personales lo dicen todo, excepción hecha de lo que importa.

Dos días después de la expedición de su tarjeta, el joven fue recibido por el diputado socialista radical Albert Sarraut. Dónde, no lo sabes: en su despacho o en su casa, probablemente. Tal vez convenga decir aquí unas palabras acerca de Sarraut: antiguo gobernador general de la Indochina francesa que llegaría a ser, sucesivamente, ministro de las Colonias, de la Marina, del Interior y de Educación, publicaría *La mise en valeur des colonies françaises* y, diecisiete años después, votaría a favor de los plenos poderes constituyentes para Pétain. Pese a que el líder de la larga resistencia vietnamita, De Thám, había sido ejecutado bajo su dirección en vísperas de la Gran Guerra -dos golpes de pico, la cabeza cortada expuesta en un mercado, una nube de moscas ofrecida a los curiosos-, el representante electo de la República no tenía ni un pelo de insensatez, integrismo furioso o mala baba: solo la voz bien nacida de la reforma y el partido colonial.

No sabemos qué se dijeron, pero sí sabemos que Nguyên le escribió al día siguiente para adjuntarle una copia de las peticiones del Grupo

de Patriotas Anamitas y rogarle que las satisficiera, no sin antes brindarle el testimonio de su debida consideración.

También se sabe que acudió al domicilio parisino de Jules Cambon, entonces secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su sobrina, Geneviève Tabouis, referiría el episodio en *Les Princes de la paix*. Nguyên Ai Quôc quiso explicarle sus ocho puntos programáticos para que el antiguo gobernador de Argelia se los transmitiera a Clemenceau, con quien tenía trato habitual. Cambon se negó a hablar con el joven. En 1980, la sobrina contaría que su tío andaba muy ocupado y que el anamita, muy cortés por lo demás, tenía una mirada parecida a la descrita anteriormente. No volvería a tener noticias suyas hasta reencontrarse con él meses antes del estallido de la guerra de Indochina, es decir, al cabo de veintisiete años: entretanto el anamita había mudado su traje y corbata por una túnica y unas sandalias.

Te lo imaginas en aquella época, con su cuerpecillo vigoroso, llamando durante el día a la puerta de los prohombres de tu país para defender una causa que todos creían perdida y, llegada la noche, calentando su cama con un ladrillo envuelto en periódicos viejos; te preguntas cómo debía de sentirse aquel hombre, cuya madre tejía seda y cuyo padre, un borrachín con muy malas pulgas, había sido destituido de su puesto de mandarín pocos meses antes de que Nguyên zarpara a bordo de un vapor de seis mil toneladas, sin despedirse, dejándolo todo para surcar los mares convertido en un marmitón con el hablar pausado y un tallo en los labios, y encender los hornos y transportar el carbón, cómo debió de sentirse, en fin, ante aquel continuo rechazo, muy educado a buen seguro. «Negro, flaco diablo hambriento / Lleno de sarna y de llagas / Afortunadamente / Soy paciente: inquebrantable», escribiría el Patriota en la penumbra de un calabozo muchos años después. Es muy posible que aquel rasgo lo tuviera de antiguo: dicen que Nguyên no parecía en absoluto decepcionado, pese al silencio que rodeaba su programa.

Tratas por todos los medios de evitar leer la historia a contrapelo, apuntalada por un desenlace conocido de sobra. La *success story*, ordinaria como lo son todas, acecha en cada esquina. La eficaz línea argumental: del menesteroso al caudillo, del personaje anónimo al héroe de piedra con un niño a hombros. Te resistes a interpretar estos rechazos, estos reveses, a la luz de su victoria futura, no quieres tirar del hilo desenrollado que ningún obstáculo podrá truncar y ver estos fracasos como el mero preámbulo de su triunfo definitivo. Si uno *entra* en la Historia, tiene que haber una puerta que franquear: esa frontera definitiva entre dos condiciones, la de los que mueren y la de los que sobreviven a la muerte. La única certeza, de momento, es que al joven no parece sonreírle el porvenir. Pero Nguyên tiene su esperanza, sí, y

su buena fortuna: ningún coche lo atropelló al salir de la casa del funcionario ministerial.

*

Las páginas del expediente, manuscritas y mecanografiadas, arrojan luz sobre el alcance de las labores de espionaje a Nguyên en París. Fisgaban en su correspondencia, informaban al minuto de sus idas y venidas, anotaban los periódicos que compraba, registraban las visitas que recibía y detallaban los metros que tomaba. Están sus compras en el mercado y sus encargos a la tintorería, todo, hasta el menor detalle. Los nombres de varios agentes se repiten; al principio los más frecuentes son dos, Édouard y Jean. El primero habla la lengua anamita, según consta; el segundo es el nombre en clave del suboficial Lâm: dos nativos al servicio del Imperio.

Las notas del primero esbozan el perfil de un joven inteligente, probablemente originario del norte de Annam, que emplea el seudónimo de Ho Ba y reconoce haber sido uno de los signatarios del llamamiento de los Cinco Dragones. Las de su colega revelan el rigor cotidiano de la misión: solo con repasar los últimos meses de 1919 averiguamos que el espía creía que la firma «Nguyên Ai Quâc» no era más que un seudónimo que encubría a un colectivo, pero aún no había conseguido averiguar de dónde procedía el joven Nguyên, ni qué había sido de su familia (3 de noviembre); le había hecho una visita, haciéndose pasar por un comerciante deseoso de entablar relaciones con Indochina (1 de diciembre); había interrogado a la portera del edificio (8 de diciembre); tenía al militante por un hombre culto que sabía hablar y escribir en francés, inglés, español -e incluso tenía rudimentos de italiano-, se pasaba el día estudiando y leyendo y tenía la intención de permanecer en Francia para poder expresarse libremente sobre la situación en Indochina (10 de diciembre); le había pedido que tradujera un anuncio en chino para averiguar si dominaba esa lengua (15 de diciembre); consideraba que Quôc, como le llamaba, estaba tan absorto en sus estudios que debía tenerle aversión al género femenino (18 de diciembre); había sabido de boca del propio sujeto que este no había estado nunca en Japón ni en China (29 de diciembre).

Aquel Jean se había ganado la confianza de Nguyên hasta tal punto que este le aconsejó que se anduviera con ojo en sus visitas a la *villa* des Gobelins. «Nos vigilan», le dijo. En octubre, el activista le pidió que firmara sus cartas con el nombre de Jeannette y le contó que se había matriculado en un curso de inglés de la Sorbona a modo de tapadera y tenía clases los martes y los viernes.

Una nota resumen añade que Nguyên escribía tratados

autonomistas, ocultaba escrupulosamente su verdadera identidad, se pasaba el día en la Biblioteca Nacional (a una hora a pie de la *villa*, compruebas, en la orilla derecha del Sena) y en la biblioteca de Sainte-Geneviéve (a veinticinco minutos, en la orilla izquierda), acudía a la oficina de la Liga de los Derechos Humanos y frecuentaba a varios de «sus congéneres sospechosos». El documento refiere además que las discusiones de los militantes en su casa podían prolongarse hasta la una de la madrugada, con gran alboroto, y que los Dragones se habían hecho un nombre entre casi todos los grupos anamitas. Por último, indica que los agentes estaban en contacto permanente con el interesado y que uno de ellos -Jean, supones- no tardaría en desvelar el misterio de su identidad gracias a su íntima relación con él.

*

A mediados de septiembre de 1919, un corresponsal estadounidense habló con Nguyên Ai Quôc por cuenta de un periódico chino llamado *Yi Che Pao*.

Aunque es difícil saber cuál de los Cinco Dragones estaba detrás de cada una de las publicaciones con la firma de Nguyên Ai Quôc, en alguna de sus múltiples variantes ortográficas, ya que hasta entonces la pluma podía pasar de una a otra mano, la descripción física que añade esta entrevista deja poco margen de duda sobre el ser de carne y hueso con el que el periodista dialogó: el mismo que pasaría a la historia como Ho Chi Minh.

Cuando el periodista quiso saber qué motivos le habían traído a Francia, el militante respondió que venía a exigir las libertades que correspondían a su pueblo. A la pregunta sobre su programa, respondió: «Avanzar siempre, en la medida de nuestras fuerzas.» Luego le hizo saber al reportero que cifraba su única esperanza en el apoyo de los socialistas.

Una copia de la entrevista fue a parar, como es natural, al despacho del Servicio Central de Inteligencia.

*

Un martes del mes siguiente.

El Senado francés acababa de ratificar el Tratado de Versalles. Cinco días después, al otro lado del Rin, un tal Adolf Hitler, con treinta años cumplidos y aún un perfecto desconocido, hijo de una antigua criada y un inspector de aduanas apasionado por las abejas, se afiliaba al recién fundado Partido Obrero Alemán, futuro órgano del

nazismo. La época, como recordaría en *Mein Kampf*, era propicia a la creación de nuevas organizaciones de toda clase, ya que los ciudadanos habían perdido toda su confianza en los partidos existentes. Aquel martes 14 de octubre de 1919, el periódico socialista *Le Populaire*, dirigido por el nieto de Marx, un tal Longuet, publicaba una carta abierta de «Nguyên-ai-Quâc».

La primera plana informaba de que las fuerzas del orden habían repartido culatazos entre los trabajadores de Brest y los mecánicos se habían declarado en huelga en Marsella, entorpeciendo la salida de dos transatlánticos. En la segunda página venían unos anuncios de perfume y betún y varios extractos de la carta en cuestión. ¿Su destinatario? El diputado Ernest Outrey.

La posteridad lo ha pasado por alto. Con suerte, la gente recuerda sus rencillas con el joven Malraux y sigue su camino silbando, como si tal cosa. ¿Qué decir de Outrey? Para empezar, que sus padres habían nacido en dos tierras que nadie llamaba aún Irak y Turquía; que cinco años atrás había jurado serle fiel a una dama en la ciudad de Saigón, futura Ho Chi Minh, y que había sido funcionario en Laos y en Camboya; que podía darse el lujo de adornar sus trajes, de cuya pulcritud inmaculada das fe, con la estrella de cinco puntas de la Legión de Honor; que había publicado dos o tres obras de necesidad más bien dudosa, como el *Nouveau recueil de législation cantónale et communale annamite de Cochinchine*, y que usaba monóculo y lucía un bigote ancho, recortado con un esmero un poco ridículo. Era además, si a eso vamos, representante del sur del actual Vietnam en la Cámara de Diputados de la Tercera República, donde ocupaba un escaño del grupo parlamentario de la Izquierda Radical, una camarilla de liberales, centristas y humanistas amigos de la propiedad privada.

Para adueñarse de una tierra y teñirla de la sangre de sus habitantes se necesita algo más que pólvora seca y espadas de buen filo: la Civilización, la Libertad y las efusiones líricas impresas sobre el orden público, el espíritu divino y el progreso son requisitos igualmente indispensables. Con todo, Outrey se te antoja un hombre más bien concreto, de esa especie que venera el pragmatismo como otros veneran la virtud, un entusiasta del uno más uno y lo contante y sonante: «Nuestra actual política colonial [está] íntegramente condicionada por la cuestión de las materias primas», escribía en las páginas de *Le Monde Illustré*. Buenas intenciones, rompan filas. Lo cierto es que el algodón era de capital importancia para la industria textil del norte y el este de Francia y, tras el cierre del mercado chino, las fábricas lionesas se veían obligadas a abastecerse de seda indochina.

A Outrey no le habían gustado ni pizca las últimas declaraciones de Nguyên en las páginas de *Le Populaire*. Hay que reconocer que el

estilo del anamita había perdido parte de su armonía y simplicidad: a partir de ahora se trataba de acabar con la hidra del imperialismo allí donde asomara alguna de sus cabezas, en nombre de la paz mundial. El emigrante arremetía contra el «monstruo», el «yugo extranjero» y el «lavado de cerebros» que se habían impuesto en su país, y aludía a las decenas de miles de compatriotas suyos que no volverían a ver su tierra natal. La indignación de Outrey fue tal que se sinceró al respecto en la Asamblea Nacional, donde despotricó contra aquel miserable, aquel rencoroso, aquel enemigo de Francia y de la paz que reinaba en la «feliz» Indochina.

Nguyên Ai Quôc le devolvió el insulto y puntualizó que sus protestas iban dirigidas a los malos franceses, en ningún caso a Francia.

*

Un informe precisa que los militantes asiáticos padecían bronquitis y tuberculosis, y no había peligro de que sus irrisorias iniciativas pudieran tener eco en Indochina (algo de eco habrían tenido, sin embargo, cuando la Asamblea había invocado a su portavoz). Otro informe hace referencia a las lamentables condiciones de vida de Nguyên, que subsistía a base de pan, leche y alguna que otra salchicha. En una reunión socialista, se refiere más adelante, el militante trató de tomar la palabra, pero no le dejaron. Se percibe incluso cierta sorna ante la ineptitud del que a veces el informe da en llamar «el mudito de Montmartre».

Nguyên, que se echaba a tartamudear en cuanto aparecía en público, acudía a las reuniones del Partido Socialista, a la Oficina de Empleo, a la CGT; visitaba museos, iba al teatro, se recluía en la biblioteca; discurría la manera de difundir imágenes de su país en los cines para darlas a conocer al público francés.

Las autoridades se perdían en conjeturas sobre su identidad: ¿no se llamaría Antoine, en realidad? Pero un día de febrero el joven consiguió tomar la palabra. Habló de su pueblo reducido a la esclavitud y aturdido por el alcohol y el opio, de las mujeres maltratadas y de los capitalistas franceses que se enriquecían a costa de su gente. Por primera vez hablaba sin tapujos.

*

Un cuaderno de molesquín arrugado: tus viejos apuntes de Vietnam. Extraviado y más o menos olvidado en el fondo de una caja, junto a otros de aspecto similar. Al hojearlo acuden a tus mientes

imágenes con todos los matices que tu memoria solo necesitaba reavivar, e intentas en vano reconstruir algunas de las que sin embargo tomaste nota, de forma un tanto telegráfica a veces. Aquí un muelle, el Mekong bajo la lluvia y un barco que iza su bandera roja estrellada; allá un niño que se introduce una pequeña serpiente por una de las fosas nasales. Aquí una excursión con la mochila a la espalda, peces que saltan del agua, la fronda de la selva y la espuma malva del cielo por la mañana; allá las conversaciones con un antiguo guerrillero. Aquí te tiendes junto a una choza de paja mientras tu camarada dormita a la sombra; allá charlas con un viejo poeta, un apasionado de la literatura francesa, que en parte te es desconocida (no has leído a Proust, para empezar). Desfilan las palabras y con ellas los kilómetros: rostros, luces, pigmentos, calles, carteles, arrozales, trenes, frutas, bares, animales, libros (fue allí donde leíste *El diario del Che en Bolivia*). Estas páginas no te serán aquí de ninguna utilidad. Salvo porque en alguna aparece un nombre, el del autor de una colección de poesía que compraste entonces, titulada *Diario de la prisión* y firmada por un tal Ho Chí Minh dos décadas después de su partida de París.

*

«Trataremos de obrar un milagro», dijo Lenin entre dientes. Pero el año 1920, que trazaba con tiza sus primeros días en los muros de Rusia, se presentaba más bien funesto. La guerra civil se eternizaba; el Ejército Rojo acababa de arrebatar a un general blanco la ciudad que habría de llamarse Stalingrado; la hambruna y la gripe española asolaban Moscú. En las fábricas los obreros no paraban de protestar. Lenin reiteraba la necesidad de librar una guerra paralela contra el hambre, el frío y la ruina. Y Trotski, ocupado en coordinar los transportes, aseguraba que la política de centralización y nacionalización integral no podía continuar de esa manera. Y, en sus ratos muertos, el comisario del pueblo dictaba las notas que pronto se materializarían en su libro *Terrorismo y comunismo*: una suerte de réplica a los detractores de la causa, a todos esos impertinentes insidiosos y muy en particular a Kautsky, un alemán endemoniado que se las daba de marxista, pero no hallaba adjetivos lo bastante duros para criticar el bolchevismo. Trotski se entregaba a la tarea con toda su energía y ese verbo tan suyo, comparable a un estilete de acero; no cejaba y, sin pestañear ni inmutarse jamás, ni dando en ningún momento la sensación de que le temblaba el pulso, daba por hecho que para destruir el régimen podrido de la explotación se precisaba hierro y sangre y terror, y que, cuando los ejércitos enemigos quieren tu pellejo, no hay otra alternativa que pasar por las armas a los

capitalistas y meter en chirona a la prensa que tienen a sueldo.

Pero de todo aquello, de los detractores y los impertinentes, Nguyên Ai Quôc no tenía ni idea. No sabía maldita la cosa de aquel guirigay sobre el revisionismo de los unos y el izquierdismo de los otros, de los fragmentos de Marx que se arrojaban a la cara entre improperios y las exégesis de Engels que acudían luego al rescate.

Al principio no alcanzaba a entender aquellas palabras que tan a menudo resonaban en sus oídos, al capricho de cada reunión: reformismo, anarquismo, socialismo utópico, colectivismo, tesis, antítesis. Las palabras que ansiaba, y cuya ausencia deploraba, sonaban más a colonias, a imperio, a liberación. No entendía los motivos que impelían a aquellos hombres a despedazarse por sus ideas mientras otros se dejaban la vida. Y cuando tomó prestado *El capital* de una biblioteca del distrito 13, cerca de la place d'Italie, el mamotreto acabó sirviéndole de almohada.

Lo más urgente, según le confió a principios de 1920 al agente Lâm, alias Jean, era alzar la voz. Gritar verdades a los cuatro vientos para sobreponerse al estruendo de los soldados de la Revolución y los últimos zaristas, que desparramaban sus entrañas sobre la nieve, a fin de que la gente supiera lo que se tramaba en Indochina desde que la cruz, los cañones y los mercaderes la tenían por su hermosa perla oriental. «Que me encarcelen, que me deporten, que me corten la cabeza, me da lo mismo», le dijo en otra ocasión al agente, que así se lo comunicó a las autoridades, que archivaron el testimonio entre sus papeluchos… que hoy te ha dado por consultar. Gritar y escribir. Lo cual venía a ser lo mismo. De modo que Nguyên se pasaba el día en la biblioteca, consultando libros para escribir el suyo. Se componía de cuatro capítulos y reconstruía la historia de la Indochina sometida hasta su necesaria liberación. Jean le preguntó cómo pensaba costear la impresión; Nguyên respondió que llamaría a la puerta de algún militante socialista para ofrecerle sus servicios: como criado, limpiabotas, reparador de muebles o lo que fuera. Contaba con terminarlo en dos meses y quería titularlo *Los oprimidos*; cuando le reprocharon la crudeza del título, dijo que no tenía ningún miedo a los tribunales; es más, pensaba usarlos a modo de tribuna.

*

Caminar es cuestión de piernas y, más aún, de paréntesis. Las ideas aparentes saltan y van a parar a un charco, las frases se escurren entre los dedos de las calles, las palabras rebotan contra el suelo, los recuerdos se precipitan sin tomarse la molestia de anunciarse. Caminar, o escribir con los ojos cerrados.

A lo lejos, un avión traza una diagonal de vapor tras la triple

cúpula del Panteón. El tintineo de los cubiertos en las terrazas, el runrún, el zumbido, los ruidos sordos de la ciudad, como si la hubieran metido en un saco de arpillera. Una iglesia anuncia un concierto de Chopin a pocos pasos de un Chevrolet Corvette estacionado; un cartel revolucionario desentona con el conjunto.

Llegas a la plaza. Un grupo de estudiantes charla a la sombra del monumento nacional (a ti te encantaría conversar con los restos mortales de Rousseau); la brisa pliega los tres colores de las banderas entre las columnas del ayuntamiento; el lema republicano remata la entrada de la facultad (Ho Chi Minh confesó que aquellas palabras habían despertado la curiosidad del adolescente que era entonces: ¿cómo era posible que la amable consigna de Desmoulins, los revolucionarios del cuarenta y ocho y los comuneros hubiera acabado por adornar los ojales de los notables y los milicos? Se te ocurre que haríamos bien en planteárnosla cada mañana, esa pregunta).

Te adelanta un monopatín (cachivache exótico para el provinciano que sigues siendo); unas parejas se entregan a la frivolidad del selfi con la boca torcida, el brazo extendido y la mirada intensa (a menos que se trate de un homenaje a los «hermanos en la Orden de la Noche» del bribón de Malraux, enterrado allí, justo detrás de ellos); te acercas a la biblioteca Sainte-Geneviève. Dentro, dos millones de documentos; fuera, unos jóvenes comen un tentempié. En una de sus novelas, Valles cuenta que entró allí una vez con la esperanza de percibir el grito de la ira, pero no hubo forma: «¡Ni una sola jeta de rebelde entre todas ellas!» También tú entraste un día, con la intención mucho menos audaz de copiar unos poemas argelinos inencontrables.

Tú, farsante, no vuelves a entrar: tus recuerdos bastarán para justificar la caminata: una sala de lectura semejante a la nave de una basílica o la cubierta de una goleta de cinco palos; boquetes de luz blanca que se abren desde un sinfín de ventanas (cuarenta y una, verificas ahora); lámparas de media luna y largas hileras de mesas de madera lustrada; libros por todas partes, atrapados en su telaraña de madera y hierro. Solo resta esbozar la silueta de Nguyên deambulando por los pasillos, «frágil como una golondrina pero […] inflamado por la fogosidad del cruzado», y precisar con el punta fina los contornos de estas palabras que le hurtas a un libertario: los pómulos anchos y ancha la boca, las mejillas hundidas, la barbilla enjuta, la piel carbonizada, que decía un comunista, el busto inclinado sobre alguna de las obras mencionadas por los servicios secretos, tomando notas aquí y allá, subiendo acaso por las escaleras que conducen al piso de arriba (por curiosidad, como hiciste tú, o para desenterrar alguna obra), interrogando a un bibliotecario o hablando entre susurros con su vecino de mesa. El día que tú recorriste la biblioteca ya sabías que Nguyên había trabajado allí en su primer libro: podría ser, de hecho,

que lo hubieras imaginado ya entonces allí, fugazmente, consagrando dos o tres segundos a la misma labor que acometes ahora con detenimiento.

Quietud de la plaza, vehículos bien cuidados, pulcritud general del distrito 5.

Los *chefs de projet* (a menos que se trate de *managers de proximité*) cloquean de risa. Y al fondo, donde tu mirada acaba por posarse, una Torre Eiffel naranja se ensaña con un sol más brillante, que, tamizado, se derrama sobre los tejados (la última vez que viste la torre fue un sábado, no hace mucho: las barricadas se iban levantando apresuradamente a lo largo del Sena; se oían las sirenas y el restregar metálico y el nombre vilipendiado de un presidente; por todas partes se clamaba por el fin del reinado de los ricos; por todas partes los desconocidos se dedicaban esa sonrisa tan largamente olvidada, esa sonrisa que la fuerza policial, avanzando tras sus escudos, estaba decidida a borrar de sus rostros).

Los balcones de la rué Soufflot relucen como briznas de azafrán.

*

Mientras la República Francesa se obsequiaba un nuevo presidente para los siete años siguientes -aunque dimitiría en menos de un año, aquejado de depresión y atiborrado de sedantes, aficionado a buscar flores en el barro o bajarse en pijama de trenes en marcha- y el cabo Hitler proclamaba en Múnich sus veinticinco puntos programáticos -colonias, pureza de la sangre, alto a la inmigración, nacionalización de empresas en manos de fideicomisos, etc.-, Nguyên no permanecía cruzado de brazos: escribía una obra en verso para movilizar a sus compatriotas incorporados al ejército de la metrópoli, traducía a Montesquieu a la lengua anamita, terminaba su obra, solicitaba un prólogo al nieto de Marx -que, abrumado por la tarea, le aconsejaba que se anduviera con ojo con los agentes que seguían sus pasos a diario- y luego al director de *L'Humanité*, encargaba a un joven artista la ilustración de la portada -un mapa de Indochina maltratado por un soldado-, recibía su buena ración de huéspedes en el número 6 de la *villa* des Gobelins, así como de cartas expedidas en Cuba e Inglaterra. Y, aprovechando las celebraciones del Primero de Mayo, denunciaba en Le Kremlin-Bicêtre, ante dos mil personas, el horror de las expediciones coloniales.

*

En Lyon, en Marsella, en París se rompían los cuernos por

averiguar quién se ocultaba tras aquel sobrenombre: el Patriota. A esas alturas era ya una certidumbre, a ojos de los responsables de la seguridad del Estado, que el individuo en cuestión se había convertido en el centro, en el alma del movimiento anamita. Poniendo todo su empeño, consultando al prefecto o jefe de esto y al director o interventor de lo otro, el gobierno logró su objetivo: obtuvo la identidad del padre, un gerifalte local de origen campesino, bebedor y caído en desgracia, y a partir de la suya, la de su hijo, Nguyên Tât Thanh, que evidentemente no era ningún idiota, que tenía nociones de mecánica y se había hecho a la mar un buen día de 1911.

*

Acaso el verano hubiera dibujado bien alto su disco amarillo sobre los tejados. No sabes si fue aquel un verano tan delicioso como el que describiera Tolstói en una de sus cartas, afirmando acto seguido que estaba loco por la vida, pero sí sabes que la ovación fue interminable. Lenin tomó la palabra cuando cesaron los hurras y los bravos y pudo hacerse oír. No te cuesta imaginártelo de pie en la tribuna, lo que viene a decir que su silueta se dibuja clara y nítida contra el fondo de tu mente, con su enorme frente, los ojos entornados de miope, la seguridad que emanaba y que llena por completo la pantalla en las raras secuencias filmadas de su vida, su metro sesenta y cinco y su corbata, acaso la de rayas,[1] embutida bajo el grueso chaleco. Y, por si tu ensoñación se queda corta, aún se conserva un cuadro de Brodsky de tres por cinco metros que, aunque sea solo otra birria más en la cuenta del realismo socialista, tiene el mérito singular de representar lo que sucedió aquel 19 de julio. No muy lejos de un par de banderas rojas que proyectan su sombra sobre una columna más bien principesca reconoces a Gorki y, a la izquierda de un Lenin orador plantado en la pose habitual, en segundo plano, Trotski le susurra algo al oído a su vecino (Stalin debió de olvidarse de borrarlo).

Así que era un día de verano en Petrogrado y Lenin habló de las colonias, saqueadas y masacradas por un puñado de Estados y especuladores. Habló de la revolución soviética, que debía extenderse a Oriente, a Asia, y al mundo entero. Habló del setenta por ciento del género humano, de todos esos pueblos vulnerables, cautivos y postrados que los bolcheviques aspiraban a representar. Habló de la revolución proletaria universal, dijo esas tres palabras y te imaginas el orgullo que debió de apoderarse de él mientras las pronunciaba ante los delegados, que eran más de doscientos y habían llegado de todas partes, de Bulgaria, Francia, la India, Corea, México, para asistir al segundo congreso de la Internacional Comunista. Casi puedes palpar ese orgullo al leer el acta de la reunión un siglo después: te basta con

pensar en la Gran Guerra, concluida apenas dos años antes, en las cartas de los soldados impacientes por ver congelarse sus pies para que los evacuaran, en los ojos de los caballos sarnosos enloquecidos por el gas, en los cascos de las muías hundiéndose en el barro, en los perros mensajeros atrapados en las alambradas, en las viudas que ni siquiera tenían ya a un Dios con el que hablar, y todo ello por culpa de los poderosos (de los ricos, has escrito en un principio, y probablemente no haya que achicarse ante esa sencillez tan propia de Cristo); te basta con pensar en las mujeres que comerciaban con su carne en la oscuridad de unos cuartuchos rebosantes de humedad, en los nativos estafados, en las pieles negras amputadas, en las chiquillas de Tonkín sometidas al sexo extranjero, en los reyes y las reinas y los magnates y los usureros y los agiotistas, en toda esa mierda con su muselina y sus chalinas, en ese estiércol maquillado con pan de oro; te basta con vislumbrar los jardines de los grandes palacios y pensar luego en toda esa gente, en los millones de personas que se dejaron convencer de que las cosas no podían ser de otra manera, que había rentistas y había mendigos y así era eso que llamaban la vida; con eso te basta, sin duda, para medir el peso justo de esas tres palabras, revolución proletaria universal. Tú a Lenin no le tienes especial cariño y tienes tus motivos, pero entiendes también que, en aquella sala y en aquel momento, el aplauso por fuerza había de ser sonado.

El congreso duró tres semanas, y el 7 de agosto fue Trotski quien subió al estrado. «Nos mantendremos firmes», proclamó. En nombre de las masas que vivían de rodillas en Europa, en Asia, en todos los meridianos. En nombre de los comunistas árabes y africanos que, decía, estaban por llegar. Y concluía: «Hundámosla en la espalda del capital mundial.» Se refería a la espada de la revolución.

*

La SFIO envió al congreso a dos de sus militantes. Todos los delegados se alojaban cerca del Kremlin, en el Hotel Delovoy Dvor, construido por un rico industrial que murió asesinado en 1918, en circunstancias que a los curiosos corresponde desentrañar. El hotel disponía de trescientas habitaciones, electricidad, agua caliente y teléfono y tenía un huésped de excepción, el célebre John Reed, que no había escrito un libro sino un breviario, *Diez días que estremecieron al mundo*, prologado por el propio Lenin. Reed había contraído el escorbuto y no tardaría en morir de tifus; su América natal tenía a aquel *ballsucker* distributista por un indeseable y las fuerzas del orden público finlandesas lo habían arrojado hacía poco al calabozo después de sacarlo del depósito de carbón de un barco con un centenar de diamantes en los bolsillos, un episodio con todos los ajilimójilis de una

novela; luego había ido a parar a aquel congreso en cuatro lenguas, ruso, alemán, francés e inglés, todas oficiales, y el periodista había aprovechado para echar una mano a la organización.

Cuando no estaban debatiendo, los delegados iban al teatro, paseaban por Moscú o eran invitados a admirar las excelencias del trabajo voluntario, que, como había dicho el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, permitiría reemplazar los intereses personales por la solidaridad y el libre comercio por el trabajo comunista. Hubo a buen seguro corazones transidos, menos prestos a dar el salto. La sorna es fácil cuando se conjuga en el pretérito; así como el candor resquebraja el mundo, el cinismo lo clava en su sitio. Los delegados también podían consultar los dos últimos libros de Trotski y Lenin que habían encontrado en sus habitaciones, gentileza de la organización. El de este último era *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* (que podríamos resumir así: partido férreo, compromisos prácticos, anarquistas malnacidos).

Y luego estaban las tesis de Lenin, quién si no, sobre la cuestión nacional y colonial. Y es aquí donde Nguyên Ai Quôc vuelve a escena.

*

«Cómo opté por el leninismo», así se titulaba un artículo que Ho Chi Minh envió a una revista soviética en la primavera de 1960, en vísperas de su setenta cumpleaños.

«Después de la Primera Guerra Mundial, yo malvivía en París.» Su solidaridad con la Revolución de Octubre había sido meramente instintiva, relataba. Si bien adoraba a Lenin, esa adoración no guardaba la menor relación con sus escritos: el hombre había liberado al pueblo ruso, con eso bastaba.

Los socialistas franceses de la época debatían hasta la madrugada si debían unirse o no al comunismo, es decir, si abandonaban la Segunda Internacional y abrazaban la Tercera, fundada un año antes, en 1919. Ho Chi Minh confesaría más tarde que en aquel momento él no sabía si pronunciarse a favor de uno de ambos ordinales y, por ende, incorporarse a una de las dos facciones que surgirían a la sombra de aquellos bastoncillos romanos. La aguja de su brújula se mantenía firme y marcaba una dirección inalterable: el porvenir de las colonias. Un camarada le dio entonces a leer las tesis de Lenin esbozadas en un artículo publicado en dos partes en *L'Humanité*, pocos días antes de inaugurarse el congreso de Petrogrado.

Y él las leyó.

Admitiría luego que no las acabó de entender.

Lo que sí entendió, tras muchas relecturas, fue que los comunistas

se preocupaban por las colonias de un modo muy distinto a los socialistas.

«Qué emoción, qué entusiasmo», recordaría. Aquellas páginas lo sumieron en el llanto. A solas en su habitación, habló en voz alta. Y clamó ante una multitud imaginaria que aquel era, de allí en adelante, el camino de la liberación.

No sería descabellado aventurar que Ho Chi Minh recompuso aquella epifanía *a posteriori*. Y la palabra, epifanía, te parece que está bien escogida: ese llanto recuerda un poco al hombre caído en tierra camino de Damasco, a la virgen fulminada y llamada a la santidad. En efecto, ¿qué puede haber de más augusto, de cara a la ortodoxia y la leyenda, que el apóstol derramando sus sollozos sobre los escritos del profeta? Pero la hipótesis no es más válida que su contraria: es muy posible que así fuera en realidad y que Ho Chi Minh, cuarenta años después, se limitara a poner por escrito aquel recuerdo, un hecho al desnudo, nada más, como se cuenta cualquier anécdota al calor del hogar.

Y al acabar envió, sin más demora, su carta de adhesión a la Tercera Internacional.

*

Algo de hierba ha logrado abrirse camino en el hormigón que precede tus pasos. Los nubarrones se arrastran por el cielo, restregando descaradamente sus sombras contra la calle; un trazo de luz duda en posarse sobre el muro que circunda el hospital. Pasas por delante de una monja, con el velo hasta el suelo y la piel arrugada; se mueve aún más despacio que los pliegues de las dos banderas de allí enfrente; pende de su cuello un rosario y calza unas sandalias de aspecto franciscano. «Diagnóstico de vías respiratorias - Tuberculosis», lees allá delante, en el frontón florido de una puerta condenada. Recorres el establecimiento: ladrillos rojizos, ojos de buey, un volquete de obra en el patio; un hombre con pantalones verdes repara una moto; a su lado, en el suelo, una caja llena de herramientas. Más allá, paseantes indistintos, un modesto perro negro; al fondo, el Val-de-Gráce hinca su cruz en una nube baja.

Fue aquí, en el hospital de Cochin, en la cama 18, donde Nguyên Ai Quôc ingresó en julio de 1920 para que le curaran un flemón en el hombro derecho. Un espía reparó en las frecuentes visitas que recibió de una joven de dieciocho años, que en uno de los informes consta como su amante.

¿De veras compartía su vida cotidiana y su cama? ¿Podría ceder algún pedazo de aquel corazón consagrado por entero a la política?

¿Sentía acaso que su vida estaba entretejida a otra y seguiría estándolo, aunque las separase el tiempo, hasta el final de la suya? ¿Llevó alguna vez la carga de un cuerpo ausente, que solo su presencia podía aliviar? ¿Creía en esa mirada que es madriguera, cóncava calidez, abrazo suspendido, órbita en la que refugiarse de un mundo desquiciado?

No se sabe.

O se sabe poquísimo.

Se barajan tres nombres: Marie Brière, Mademoiselle Bourdon —0 Boudon- y Mademoiselle Rose. También aquí el condicional impone su ley: la costurera Brière y la militante Bourdon podrían ser la misma mujer. Y si hemos de creer a una novelista que obtuvo su información del matrimonio Aubrac, unido a Ho Chi Minh por fuertes lazos de amistad, esa mujer fue deportada a Ravensbrück veinte años después de su separación. Recurrirás a la asociación del campo de concentración para tratar de averiguar más: en vano: su apellido -aunque, si estaba casada, ¿lo habría conservado?- no aparece en el registro de defunciones de Ravensbrück ni en el *Libro conmemorativo de los deportados que partieron de Francia*. A no ser, claro, que Bourdon fuera solo una tapadera, una estratagema concebida por Nguyên para confundir a los servicios de inteligencia…

En uno de los volúmenes de su *Historia socialista de la Revolución Francesa*, Jaurès evoca a Robespierre citando la descripción que de él hizo uno de los diputados de la Convención Nacional: «No amaba a las mujeres ni el dinero», tan solo la política. En *Cosas vistas*, Hugo dedicó a Blanqui unas líneas tan duras que ni siquiera su pluma logra redimir. Del Encarcelado, que no tenía la menor relación con el Incorruptible,[2] el escritor dice: «ni un afecto, ni un amor, ni un vicio, ni una mujer». Y agrega: «Era uno de esos hombres que tienen una idea.»

¿Era Nguyên Ai Quôc de esa madera con la que nuestra especie talla a sus monjes soldados? Es uno de los rumores que corren acerca de Ho Chi Minh, a quien el partido se ha empeñado en retratar como un soltero irredimible, un patriarca sin descendencia ni mayor arrebato que su propia sabiduría.

El presidente de la República de Vietnam, celoso aliado de los norteamericanos, aseguraba que era un ser «puro»… como Lucifer; Jruschov le atribuía la santidad de los apóstoles, en la acepción más bíblica del término; un ministro francés y un oficial del cuerpo de marines estadounidense coinciden en que poseía un control absoluto de sus emociones; un general que combatió en la guerra de Indochina afirmaba que su adversario hacía gala del más absoluto desinterés: lo único que le importaba era el objetivo político que se había fijado; la esposa de Thorez confesaba, tras su muerte, que el vietnamita le daba

la sensación de vivir únicamente para la independencia y el socialismo; y el director de los programas de la televisión francesa de los años cincuenta lo confirmaba: a su entender, se trataba de un ser abstemio con una fe ciega en la revolución.

Psicologizar la historia es un sacrilegio, es sabido, pero eso no quita que el 11 de septiembre de 1973 probablemente habría sido muy distinto si Allende hubiera sido Castro. La infraestructura no suprime la carne, ni la cuestión social al hombre en su hondura. Perpetuar el vínculo entre los modos de producción y los actos fallidos te parece un guisote muy mediocre en el que mojar la pluma. Compañeros y enemigos dan fe de un temperamento que varía poco de un testimonio a otro: Ho Chi Minh era un hombre tranquilo, serio, espartano, puntual, obstinado, diplomático, firme, pragmático, cortés, reservado y dotado de un singular poder de persuasión. Algunos, los menos, hacen referencia a su marcado orgullo, a su doblez, a sus dotes de actor -que le permitían cargar las tintas en el papel de sabio o santo confuciano que su aura anunciaba-, a su inclemencia y su autoritarismo; unos y otros, en un consenso que no carece de incomodo, coinciden en destacar su sencillez, su discreción, su delicadeza, su encanto, su sensibilidad, su benevolencia, su cordialidad, su malicia, su ingenuidad, su humor, sus atenciones, su lealtad, su nula inclinación a la violencia y su franca hostilidad al protocolo. Una palabra se repite sin cesar, en boca de personalidades poco afines a su causa: humanista. Un ministro francés -y van dos- llegó a calificarlo de entrañable; una intérprete rusa lo recordaba como un ser apasionado, concienzudo y triste; el poeta Ósip Mandelstam vio en él a un hombre delicado provisto de un gran tacto.

Basta.

Al pie del muro del Kremlin viste una vez el cuerpo embalsamado de Lenin, untado de quinina y ácido acético por toda la eternidad (en algún lugar de *Mi vida*, Trotski decía que aquella puesta en escena era indigna y humillante y daba pie a traicionar sus ideas con el pretexto de honrar su memoria). Los restos mortales de Ho Chi Minh tuvieron, contra su voluntad testamentaria expresa -las cenizas de su cuerpo incinerado debían ser enterradas sin pompa ni dispendio en una hermosa colina-, un triste y análogo destino: un mausoleo de granito con columnas de mármol, maderas preciosas, iluminación fúnebre y una guardia de honor militar. Desde entonces, cualquier referencia a las virtudes del difunto tiene un punto cómico. Por lo demás, has traspasado los límites que tú mismo te habías marcado: no pensabas ocuparte de Ho Chi Minh, sino de Nguyên Ai Quôc.

*

El ministro de Colonias dio instrucciones a la Jefatura de Policía para que reforzara la vigilancia de aquel joven asiático, que durante un tiempo dejó de retocar fotografías para dedicarse a la decoración de frescos chinos en pleno Barrio Latino. Trayectos en autobús y conferencias, visitas a la tintorería y a la oficina de correos, compras en las tiendas vecinas: el «agitador revolucionario», como se le llama ya en los informes, pasó a ser objeto de una atención incesante. Las personas que acogía en su casa eran identificadas y se inventariaban los sumarios de los periódicos que recibía.

Entretanto, cuatro mil quinientos kilómetros al este, a cuarenta y nueve grados y pico de longitud, la revolución comunista mundial trataba de organizarse en Azerbaiyán: aquel septiembre de 1920 se inauguraba en Bakú un congreso que no sería exagerado calificar de histórico. Casi dos mil delegados, siete sesiones y un único objetivo: extender la lucha a Oriente. En Alemania la bandera roja acababa de ser arrojada al fondo de un canal, y otro tanto había sucedido en Hungría. La Rusia soviética estaba rodeada, pero no podía permanecer aislada: su aliado era el mundo entero y era al mundo entero al que había que librar de la hegemonía del dinero. Combatir al opresor, esa era la consigna de apertura del congreso de Bakú: el proletariado de los países industrializados debía unirse a los pueblos colonizados y a las víctimas del imperialismo.

Uno de los biógrafos de Ho Chi Minh refiere que Nguyên Ai Quôc participó en aquel congreso, aunque no hay indicios materiales de que así fuera. Pocos días después de su conclusión fue citado a comparecer ante la policía francesa. Allí trató de sembrar la confusión, aduciendo que sus padres estaban muertos, presentándose como un agricultor, jurando que su seudónimo era su nombre de pila y perjurando que su fecha de nacimiento era la que constaba en su documento de identidad, expedido un año antes. La policía no se creyó ni una palabra, de eso estás seguro. Nguyên afirmó que se sentía francés y residía en la metrópoli desde junio o julio de 1919: esa fecha, como ya has apuntado, era la misma que manejaban los servicios de inteligencia; podría ser, curiosamente, la única declaración verídica de todo el interrogatorio.

Un comunicado del Ministerio de Colonias llegado de Indochina emplazaba a las autoridades francesas a obstaculizar su viaje si se le ocurría regresar a casa. El futuro «Gandhi franciscano», expresión acuñada por otro de sus biógrafos, infundía ya verdadero pavor. Al cabo de unas semanas Nguyên se pronunciaba en la prensa contra el envío de contingentes anamitas a Siria y denunciaba la sucia labor de la metrópoli: la guerra y la hambruna. También le pidió a Marcel Cachin que le ayudara a publicar su libro. Fue en vano. El director de *L'Humanité* no escribió aquel prefacio, ni fomentó la publicación de la

obra a través de su periódico. Motivo aducido: a los europeos no les interesaba mucho lo que sucediera en Indochina.

*

El cielo se asemeja a un mar en calma. Ni una onda, piedra pulida. La fuente de la plaza escupe chorritos de agua por docenas: la juventud local almuerza sobre un retazo verde de césped; unas palomas caminan entre las sombras de los castaños; la hierba crece por parroquias y está sembrada de castañas y zurrones; un pobre dormita, tumbado en un banco. La acera reluce, recién regada por un empleado municipal. Casi podría olvidar uno que esta misma calle, la rue Richelieu, se erizó de barricadas en 1830, que albergó a Fourier, escondió al ingeniero Vuillaume cuando Versalles aún tiraba a matar y vio pasar a Lenin en una bicicleta que le robaron allí mismo.

Una tienda de campaña moteada, con unas cajas de plátanos por felpudo, oculta a las miradas de los transeúntes el cuerpo que alberga. Otro cuerpo cruza un paso de peatones no muy lejos, el cuello de la camisa azul asomando de un jersey del mismo tono, en la mano una botella de agua con gas. Los tacones de las señoras repiquetean a lo largo de la acera, un perro siberiano la recorre al paso.

Tras rellenar el formulario de rigor, entras en la Biblioteca Nacional. Patio, vestíbulo, sala de lectura. Los usuarios, separados por un largo pasillo, pasan páginas, toman notas, teclean en sus ordenadores. La luz se derrama con absoluta uniformidad desde las nueve cúpulas revestidas de loza. Paseas la mirada por las columnas de hierro fundido, los perfiles de hombres de letras enmarcados en medallones, las pinturas un poco bobas. Paredes de libros, lámparas modernistas. Bajo tus pasos cruje la tarima de roble, que han debido rehacer desde que la pisara Nguyên. Al abrigo de estas cúpulas trabajaba casi a diario en su manuscrito de *Indochina* (que ya no se titulaba *Los oprimidos)*.

Pero el texto, fuera cual fuera su título, no llegaría a publicarse.

A no ser que lo publicara en una versión tan reelaborada que es imposible saber si se trata del mismo proyecto: *Le Procès de la colonisation française* aparecería a mediados de los años veinte en las estanterías de las librerías de Francia. Nguyên ya no estaba, paseaba para entonces por la Plaza Roja junto al presidente de la Komintern o charlaba con Mandelstam. Qué siglo tan disparatado: una década más tarde, Stalin se los cargaría a los dos.

El libro lo compraste hace mucho tiempo, en la fiesta anual del periódico que fundó Jaurès. Cubiertas desgastadas desde entonces, aquí y allá alguna página suelta unida con cinta adhesiva, rayones de

lápiz por todas partes. Más bien parece un cuaderno de notas. Un decreto acababa de derogar uno de los párrafos de la ley que, en 2005, elogiaba el papel positivo de la presencia francesa de ultramar: cierto ministro, que apuntaba ya a presidente de la República, la corrupción y el tráfico de influencias, se pronunció, como es natural, contra los partidarios del «arrepentimiento»: seguramente no se había tomado el tiempo de abrir este libro.

A pocas calles de la biblioteca, un bar.

Pides un café en la barra y sacas un libro de la mochila. «Me había marchado de París, que era entonces una inmensa fosa común. La creía muerta, la gran ciudad: pero ahora veo que París ha despertado», lees: una conferencia de Louise Michel a su regreso de su deportación a Kanaky (Nueva Caledonia). Ciento treinta y nueve años después, la frase revive, la cabeza bien alta: los Campos Elíseos arden de insurrectos, que claman ante tus ojos por el pan y llaman incluso a las armas, desafiando a las tropas y al arco del Imperio, recomponiendo la imagen que conservabas de la capital, ensombrecida por el luto del invierno de 2015. Las barricadas no lavarán nunca la sangre que derramaron los teócratas; realzan no obstante los cuerpos apagados, sometidos, proscritos por la ley del oro.

Un año después de los atentados, un periodista escribió, en un buen mamotreto consagrado a París, que los terroristas que la desfiguraron son hijos de los revolucionarios, entre los que citaba extensamente a Nguyên Ai Quôc. La inmundicia recibe en ocasiones el título de profesión.

*

Te sabes la lección. La Historia la componen las masas, así sucede en todas las lenguas. Pero tienes que admitir que, así como las fotografías del Che asesinado te remueven aún el estómago, has olvidado los nombres de sus camaradas recostados al pie del lavadero de Vallegrande sobre el que lo tendieron sus verdugos, desgreñado, la cabeza inclinada hacia atrás, las manos a la altura de la pelvis, caído antes de llegar a los cuarenta, el pelo desordenado, el formol en la aorta, la barba mugrienta, soberbia. Por mucha razón que tenga y le des al sociólogo en que el relato de una existencia individual, con sus acontecimientos significativos y las conexiones características de toda empresa biográfica, es tan fútil como el relato de un trayecto en metro que no dé cabida a la estructura de la red ferroviaria entera, la verdad es que te fascina saber que a George Orwell le gustaba observar los huevos de la oruga de cola bífida. Hablar de uno cuando la sociedad no comulga con nada más exige al menos una palabra de disculpa; cuando reina el singular, corresponde a la literatura plantarle cara

rebajando las cabezas que descuellan. En tu caso, la única defensa que puedes alegar es que Nguyên Ai Quôc conjugaba la primera persona en plural.

A finales de los años cuarenta se publicó en China un libro cuyo título podría traducirse como *Retazos históricos de la vida militante del presidente Ho Chi Minh*. Curioso destino de santo, el suyo: ¿se trata aquí de una biografía, como asegura en el prólogo un historiador llamado Trân Dân Tiên, o más bien de la autobiografía del propio Ho Chi Minh, cuya legendaria modestia había que proteger con un seudónimo? No aclararás la cuestión, que divide aún a historiadores franceses y vietnamitas, pero sí leerás el relato que el uno -ese historiador que no publicó ninguna otra obra- o el otro -que, según un recuento realizado en 2015 por la propia prensa del partido, llegó a adoptar setenta y cinco nombres a lo largo de su vida- hicieron de las reuniones socialistas parisinas en las que Nguyên (o él mismo) participó. Tras escuchar las interminables discusiones de sus camaradas, el anamita tomaba la palabra y, en esencia, venía a objetar: ¿no somos todos revolucionarios, socialistas y comunistas por igual? ¿No es más importante la unidad que la controversia? Su ingenuidad arrancaba sonrisas a la asistencia. Comentarios de aprendiz, desde luego, pero quizá había algo más: aquel joven era un tipo prosaico, pragmático, empírico, de los que avanzan a tientas, fiándose del tacto. Y lo sería siempre. No hay texto ni testigo que no dé fe de ello: la teoría lo abrumaba, el sexo de los ángeles le daba sueño. Hoy aún corren por ahí leninistas, trotskistas y guevaristas, pero no hay ningún sufijo asociado al nombre del presidente vietnamita, y no es casualidad.

Así fue como frecuentó esas capillitas donde algunos se miran mal y a veces se pelean. Charlando con los anarcos, los guardianes del templo marxista y los socialdemócratas de uñas limpias, publicando en las páginas del *Libertaire* y del *Bulletin Communiste*, a caballo entre los puntos doctrinales de los unos y las blasfemias de los otros, zigzagueando entre las vías, ajeno a tótems y canceles. Bastardo por afición, híbrido por temperamento, mestizo por falta de tiempo, Nguyên se mantenía a flote como podía entre dos aguas. Y ese es un rasgo que te inspira especial simpatía, hay que decir. Tanto más cuanto que veinte años más tarde, como bien sabes, aquel revolucionario convertido en portavoz del Partido afirmaría que a los camaradas que se apartan de la línea hay que quebrantarlos. Y te gustaría no haberla leído nunca, esa frase, pronunciada en una entrevista privada; te gustaría haber olvidado ese verbo repugnante que es «quebrantar». O fingir al menos que lo has olvidado. Y lo que es peor: te sabes al dedillo ese comunicado de ocho puntos y el cuarto exige el «exterminio político» de los trotskistas. No hay nada que te

entristezca más que el furor fratricida. Nada, en el morral de siglos que llevas a cuestas, te angustia más que la ejecución de Desmoulins ratificada por uno de los testigos de su boda, o la disgregación de la Comuna en comités y minorías mientras Versalles orquestaba el bloqueo de la capital, o aquel mes de mayo en que Barcelona contaba los cadáveres de sus hijos insurgentes cuando el fascismo clamaba ya a sus puertas, o Jeanson tachando a Camus de «alma bella» y este al amigo Sartre de «señor director». «Un rebelde es un rebelde», que decía con razón el poeta…, para olvidarlo acto seguido en el caso de Nizan. Sabes bien que un cuerpo no se compone de claroscuros, que el enemigo común nunca ha bastado para cerrar filas, que sonreír a las consignas sigue siendo un ejercicio de coquetería. Pero tampoco ignoras que, cuando el ogro afila sus colmillos, conviene escuchar al aliado hasta el amanecer; que la desunión es un lujo que la Tierra aún no puede permitirse; que hay que buscar en el día lo que nos dice la noche y en la noche lo que el día nos descubre. El trotskista Ta Thu Thâu murió asesinado a manos del Partido al día siguiente de la independencia. Ho Chi Minh afirmaría haber llorado su pérdida, pero se resignaría, conforme a una razón de Estado de las que el joven errabundo que él había sido en París no sabía nada.

*

Llegó pues la hora de cortar por lo sano.

Y eso fue lo que sucedió en Tours a finales de 1920, a dos pasos de una iglesia reconvertida en cuadra tras la Gran Revolución.

Si hay que concebir el género humano como el escenario del enfrentamiento entre los partidarios y los adversarios de la igualdad desde que la vida abandonó las aguas primordiales para hacerse con el pulgar oponible, la posición erecta y el lenguaje conceptual -y hay motivos de sobra para afirmar que la existencia misma de nuestra especie, que se aleja un paso de la animal que lleva dentro, no tiene otra justificación que la de ganar algún día ese antiguo duelo-, entonces fue a orillas del Loira y el Cher donde se trató de escribir un nuevo acto de ese enfrentamiento.

En los labios de aquella Francia generosa, que llegaba al congreso bajo una pancarta que tronaba «Proletarios del mundo, uníos» en grandes letras blancas, había una sola pregunta: ¿cómo avanzar en la lucha contra quienes, ya fueran capitalistas o nacionalistas franceses o de cualquier otro país, consideraban que un ser humano podía valer más que otro?

Casi trescientos delegados se desplazaron hasta allí. Más de cuatro mil votos y, por todas partes, la larga sombra del difunto Jaurès.

Entre los asistentes, tocados todos con sombreros oscuros, estaba Blum, el retoño de Abraham y Adèle. Adivinas su esbelta silueta de gentilhombre, con sus ojos claros bajo las finas gafas y esa voz aguda, temblorosa y quebrada. Aún no había sido tachado por Maurras de detritus humano, merecedor de un tiro por la espalda, como tampoco había aprobado las vacaciones pagadas, pese a la presión popular, ni había sido entregado a los alemanes por un mariscal para pasar una temporada bajo arresto domiciliario a las puertas de Buchenwald. Vislumbras también al diputado Marcel Cachin, con su cabeza maciza de bretón y un mostacho de circunstancias. A su regreso de Rusia cuatro meses antes, Cachin había anotado en sus cuadernos que era preciso seguir las pautas de Moscú, puesto que el futuro e incluso la vida estaban allí en juego sobre las cenizas del régimen del dinero. Buscas luego a Nguyên Ai Quôc, único representante del Imperio colonial presente, y ahí está, la frente amplia, el cabello negro aplastado, los pómulos como dos guijarros de playa y un elegante traje cruzado: queda aún muy lejos el «monje vagabundo» que años después evocaría el antiguo agregado de prensa del general Leclerc al conocer a aquel delegado del congreso de Tours, ascendido ya a presidente. Y allí, entre toda la concurrencia masculina dispuesta a luchar por el género humano en ausencia de su otra mitad, reconoces a Clara Zetkin, a quien preferirías no verte obligado a esbozar aquí, pero el caso es que la pasan por alto una vez al año -cada 8 de marzo-, a pesar de haber sido una de las principales impulsoras del movimiento.

El congreso duró cinco días y, según las actas, hubo tiempo de sobra para aplausos entusiastas, interpelaciones, alborotos, gritos, manifestaciones varias, interrupciones, risas, ironías, acusaciones de confusionismo, citas de Marx y cánticos a pleno pulmón. Vaillant-Couturier dijo que las discordias intestinas le resultaban penosas; Cachin habló de Rusia como de un inmenso y prodigioso acontecimiento; Blum proclamó su absoluta y evidente adhesión a la dictadura del proletariado, así como su rechazo, también absoluto y evidente, al orden militar de los bolcheviques y a la escasa consideración que les merecía el librepensamiento; Frossard declaró que el socialismo

pasaba por armar al pueblo. Por su parte, Nguyên Ai Quôc refirió, como «delegado de Indochina», que su país había caído presa del capital, el opio y el alcohol, que las cárceles estaban llenas a rebosar y la libertad no era allí más que una palabra vacía. Instó entonces al Partido Socialista a tomar medidas en favor de los pueblos colonizados y, cuando le interrumpieron, les espetó en broma que exigía la dictadura del silencio. El joven de treinta años manifestó a continuación su deseo de unirse a la Tercera Internacional y, tras la segunda interrupción, pronunció un desarmante «¡Silencio,

parlamentarios!». Qué distinto resulta de pronto este orador curtido del mudito de Montmartre aquel… Concluyó su discurso implorando patéticamente, en nombre de la humanidad entera: «¡Camaradas, sálvennos!»

Doce minutos, sin notas.

El congreso de Tours aplaudió; la prensa habló del discurso sin mentar al orador; su intervención, comenta uno de sus biógrafos, pasó desapercibida.

Luego dieron vivas a Jaurès y a Lenin, cantaron la revolución e hicieron el recuento de los votos: tres mil y pico para seguir los pasos de Moscú, mil y pico para mantener en pie los muros de la vieja casa socialista.

La policía había tratado de impedir que Nguyên pronunciara su discurso. En vano.

*

Dos meses más tarde reencontramos su rastro en una cama del hospital de Cochin, en el pabellón Pasteur. Desnutrido y mal atendido, según dejó constancia. Mendigando queso, mantequilla y jabón a un allegado. Recomendando la lectura de periódicos anarquistas.

Un agente secreto de origen vietnamita fue a visitarle y se presentó como un antiguo intérprete de guerra. «Si me interesa la política es porque no le temo a la muerte ni a la cárcel», le dijo el paciente. Y añadió que sus amigos, eminentes dirigentes socialistas, sabrían defenderle si se veía en apuros. Nguyên era consciente de que le espiaban a todas horas, eso nos consta; lo que no sabemos es si maniobraba de este modo con todos los desconocidos que salían a su encuentro. En todo caso, es evidente que aquella conversación tenía su punto de advertencia. Le precisó además al agente que en Indochina lo habrían decapitado, pero que en suelo francés estaba en su derecho de demostrar la veracidad de todo lo que afirmaba. Y por último le confesó que soñaba con fundar una auténtica organización: la unión hace la fuerza, le dijo, y si él caía otros podrían tomar el testigo.

Una enfermera puso fin a la visita.

En primavera apareció un artículo suyo en *La Revue Communiste*.

A pesar del compromiso de los comunistas y de la escisión de Tours, que al menos aportaba claridad, Nguyên les reprendía su apatía en lo tocante a las colonias. Indochina aún no estaba madura para la revolución, eso lo admitía, pero de ahí a afirmar que estaba satisfecha con el régimen imperial había un mundo. Se quejaba además de que en su país estuviera prohibido leer a Rousseau, Montesquieu o Hugo, y volvía a pronunciarse contra el aturdimiento sistemático de la

población con alcohol y opiáceos y la represión de la guillotina, el exilio y el calabozo. Su pueblo, sometido «en el altar del buen Dios capitalista», no dejaría de apoyar a Rusia, China e India: bajo su aparente docilidad, se incubaba la revuelta. El capitalismo había preparado el terreno; correspondía ahora al socialismo «sembrar en él las semillas de la emancipación».

Consultas el informe correspondiente de los servicios de inteligencia: se considera que el artículo es «de la mayor gravedad» y podría tener serias repercusiones. El sujeto merece a partir de entonces «la más profunda atención».

*

El Imperio concibió la raza para justificar, ante sus fieles, empresas lejanas que a nadie le habrían salido aquí del corazón. Hitler hizo suya la idea y luego trastocó las distancias: el mismo trato que la Europa liberal dispensaba a los salvajes, el Reich lo dispensaba a sus seres infrahumanos. Y hoy en día seguimos mareando la perdiz para no tener que enfrentarnos a ella: Hitler es el Mal, pero el Mal era nuestra gloria cuando campaba por otras tierras. El alemán fue un pupilo diligente: llevó a cabo en nuestras narices la labor que nosotros reservamos a los confines del Imperio. Y jamás trató de ocultar su fuente de inspiración: quería volver a jugar a indios y vaqueros y transformar parte de Europa, como reconocía sin ambages, en «lo que la India fue para Inglaterra».

*

En París, aquel 29 de mayo de 1921, miles de comunistas, socialistas y anarquistas se congregaban en el cementerio de Père-Lachaise para rendir homenaje a los comuneros caídos; el mismo día, en Bombay, Gandhi llamaba a recaudar fondos para organizar la lucha por la independencia. Banderas, zarzarrosas en los ojales, coronas de flores. Un desfile de mutilados de guerra. Estibadores, ferroviarios. Abajo la guerra, gritaban, viva Louise Michel. Luego se cruzaron con un cortejo clerical y de ambos lados se lanzaron insultos como si de piedras se tratara. La policía cargó, sacó las porras, hizo resonar los cascos de sus caballos. Nguyên acabó magullado, pero logró huir; otros fueron aporreados hasta en los cafés: es conocida la inclinación policial por el trabajo bien hecho.

*

¿Cómo podían organizarse los colonizados (o coloniales, como se decía entonces) en territorio metropolitano? La Unión Intercolonial, fruto de la fusión de dos colectivos, el indochino y el malgache, se creó dos meses más tarde para dar respuesta a esta pregunta. Nguyên Ai Quôc fue uno de sus fundadores, naturalmente. La policía constataría después que la idea de aquella alianza había surgido en una cooperativa de trabajadores del distrito 13, en el número 28 del boulevard Arago. Y allí te plantas. El cielo calcáreo se aferra a los castaños, a sus pies reina un profundo silencio, te cruzas con una mujer rolliza que luce un top rosa, tan sumamente rosa que llegas a dudar de haberlo visto. La mujer pasea un perrito y va echando pestes, cómo les gusta romper botellas, de verdad que no lo entiendo, al pasar a tu lado sigue despotricando, acaso con la esperanza de que la secundes o la oigas, al menos. Es verdad que el animal lo pasa mal para sortear los cristales. En lugar de la antigua empresa conspiradora, encuentras una papelería.

Al poco tiempo, la Unión contaba con unos doscientos afiliados, procedentes de todos los rincones de aquel París cosmopolita de la primera mitad del periodo de entreguerras. La Unión no tenía una línea estricta: reformistas y revolucionarios, nacionalistas y comunistas, asimiladores e independentistas se codeaban allí con relativa comodidad. El Partido Comunista Francés, presionado por la Komintern para echar el resto e incorporar a los colonizados a la causa marxista, no tardaría en ofrecer su financiación.

«¿El régimen comunista es aplicable a Asia en general y a Indochina en particular?», se preguntaba poco antes Nguyên en una revista mensual dirigida por un antiguo miembro de la SFIO. Y al punto respondía afirmativamente, añadiendo incluso que la liberación de los asiáticos, erróneamente considerados inferiores, ayudaría a sus hermanos occidentales a llevar a cabo su tarea. Y quiso el azar, bromista, que al mismo tiempo que el vietnamita proponía su tesis, Stalin, doce años mayor que él, afirmara en las páginas del *Pravda* que, al romper sus cadenas, las naciones «avanzadas» romperían también las de los pueblos «atrasados».

Semejante maduración política no contaba, ni mucho menos, con el apoyo unánime de los demás dragones. Tantas fueron las desavenencias, de hecho, que el grupo de la *villa* des Gobelins acabó por disolverse a mediados de julio. Y la bronca debió de ser de aúpa: Nguyên abandonó su domicilio escoltado por la policía y se instaló durante unos días en casa de un compatriota suyo en el distrito 13, en el número 12 de la rué Buot (hoy una casa familiar de tres plantas con farola mural, calle adoquinada y grafitis en los muros).

Luego, con ayuda de sus compañeros socialistas, aquel a quien Kateb Yacine llamaría «el hombre de las sandalias de caucho», «el

hombre de las sombras y las huelgas», «el barrendero y estratega», «el paria de altísima frente», encontró un cuchitril al otro extremo de la ciudad, en pleno norte de París, y se fue allí a vivir solo.

*

«El agitador anamita NGUYÊN AI QUÔC se ha mudado definitivamente de la *villa* des Gobelins n.º 6 para instalarse en un hostal del impasse Compoint 9, donde ocupa una pequeña habitación con un alquiler mensual de 40 francos pagaderos por adelantado.»

El informe está fechado el 29 de julio.

*

Un paquete sospechoso en la estación Place de Clichy obliga a la gente a retroceder o abandonar el lugar a toda prisa. Las fuerzas del orden patrullan los alrededores de la boca de metro. En la acera de la avenida, un viejo melenudo y encorvado, con una túnica de colores, teclea en su teléfono móvil sentado en una silla de oficina, con su equipaje -un amasijo de bolsas de plástico- atado al cochecito que tiene a su lado.

Haces una pausa en L'Étoile de Clichy. Los clientes charlan en bereber; la radio farfulla unos anuncios; el camarero -cara de machete, ojos azul peladilla- da unas caladas a su cigarrillo electrónico. Retratos de diversos activistas afroamericanos se disputan la pared del fondo.

Fue aquí, justo aquí, en la esquina que ocupa el bistró, donde en tiempos de la Comuna se levantó una barricada que fue la última del barrio en caer. La defendían un tintorero, un profesor de sánscrito, el director del periódico *L'Ami du Peuple* y el bueno de Gustave Lefrançais, dedicatario de *L'Internationale*, uno de aquellos republicanos para los que la República solo tenía sentido a condición de luchar por la abolición de «todos los privilegios».

Reanudas tu paseo bajo un cielo tan blanco que no merece tal nombre. Un tipo duerme bajo la marquesina de una parada de autobús, arrebujado en sus mantas; un váter descoyuntado preside el passage Legendre. Doblas a la izquierda, luego a la izquierda otra vez. La *villa* Compoint -un callejón sin salida hasta 1994- no tendrá más de cien metros: Nguyên vivió allí dos años.

La calle está adoquinada, desierta, jalonada de perales en flor. La librería Résistances, en el número 4, fue destrozada hace un decenio por una milicia proisraelí. El edificio donde residió el vietnamita, en el número 9, ya no existe: fue demolido en 1998 y reemplazado por un edificio informe de doce viviendas.

Un adolescente te pregunta por qué motivo te interesa tanto el edificio, vecino al suyo, según te dice. Le resumes el asunto en cuatro palabras y él te señala, en un hueco a la derecha de una puerta flanqueada por dos ciclo-motores, una placa que supone que podría interesarte. Te acercas. Es rectangular y oscura y la inscripción está en mayúsculas: «Aquí, entre 1921 y 1923, vivió y luchó por la independencia y la libertad del pueblo vietnamita y otros pueblos oprimidos Nguyên Ai Quôc, conocido como Hó Chí Minh». En letras más pequeñas, un poco más abajo, la fecha de instalación de la placa: «Enero de 1983». Una huella, la primera. Se ha dicho que el hombre era esquivo, evanescente, y tenía el don de la ubicuidad; se ha llegado a dudar de su existencia incluso. De modo que no has perdido totalmente la razón: tu fantasma existió.

El adolescente comenta que le gustan las flores que adornan la placa -unos geranios rojos- y está encantado de inmortalizarlas, como el fotógrafo que le gustaría llegar a ser algún día, por medio del teléfono que jamás se separa de su mano. Pasa un adulto, un pariente suyo, y el adolescente -o la adolescente, no estás muy seguro, aunque eso es lo de menos- le llama y le cuenta quién eres, un historiador o algo así, andas en busca de un emperador indio que vivió aquí. O algo así.

Un cartel electoral rasgado mira de frente la librería, cuya puerta empujas para preguntar a la mujer que lleva la caja si sabe que Ho Chi Minh vivió a pocos metros de allí. La mujer está al corriente, como era de esperar, aunque te confiesa que no lo supo hasta hace poco, a raíz de un viaje que hizo a Vietnam.

En un libro publicado en Hanoi, que compraste allí precisamente, aparece la tarjeta de visita que usaba entonces: «Retratos - Ampliaciones Fotográficas». Consta en ella la dirección que hoy has ¡do a visitar, así como su nombre en una de sus múltiples variantes ortográficas: «Nguyên Ai Quâc». Contiene también una fotografía del número 9 tal como lo conoció: un tugurio de dos plantas que parece descrito por unos versos de Queneau («Casas leprosas / casa colérica / casas hediondas / construcciones mierdosas»). El joven vivía en el primer piso: una habitación, una cama, una mesa, un armario, un candil y una palangana para lavarse; no tenía electricidad pero sí una ventana provista de persianas, a la que debía asomarse para ver algo de sol o de luna, estirando un poco el cuello. Los vecinos tendían la ropa en los cordeles, él lavaba la suya fuera y ofrecía a sus invitados té de jazmín y verduras con soja. Casi que lo estás viendo.

Es la misma dirección que has descubierto en un anuncio aparecido por aquella época en *La Vie Ouvrière*: «Si quiere conservar el recuerdo imperecedero de sus padres o amigos, encargue la ampliación de sus fotos a Nguyên A.-Q., 9, impasse Compoint (17.°).

Buenos retratos y bonitos marcos a partir de 45 fr.»

Y fue en esa misma calle donde quince años después, tras la victoria fascista en la Guerra Civil española, Víctor Serge, un superviviente de la Rusia estalinista camino del exilio en México, acudió a la sede del POUM para unirse a la lucha por la liberación de sus militantes presos. Buscaste una vez su tumba en la Ciudad de México: ni un nombre, nada más que polvo y sigue tu camino. ¡Saludos, viejo! El corazón enfermo, los zapatos agujereados en una carraca, a la vista el siglo entero hecho añicos. Un mapa es un friso, un espacio de tiempo condensado. Geografía de acontecimientos, topografía de hechos: es evidente que te ha dado por cargar, pobre muía, con eso que Hugo, antes de Péguy, llamaba «esa oscura fidelidad a las cosas caídas».

A tus espaldas, el callejón sin salida se desdibuja.

Un tendedero destartalado se apoya contra una fachada, una mujer fuma en una terraza, un hombre aparca en doble fila para comprar dulces de repostería. Las hojas crujen bajo tus suelas y las palomas conjugan el verbo batir con sus aleteos. El vagón de metro está abarrotado; un joven se marca un rap a cambio de unas monedas.

*

En Montreuil vas a echar un vistazo a las reliquias de su vivienda en el impasse Compoint, convertidas en piezas de museo tras su demolición. El fregadero blanco en el que se lavaba las manos encallecidas, el plato azul y agrietado con el número 9, la puerta de madera que lo veía entrar y salir. Objetos «sagrados», según la declaración enmarcada de un antiguo secretario general del Partido.

Los impíos parecen aún aferrados a sus tres o cuatro fantasías.

*

A mediados de los años setenta, Boris Souvarine relataba en las páginas de la revista *Est & Ouest* cómo había conocido a Nguyên en París, en 1917. Al parecer, el emigrante vivía entonces en los alrededores de Montmartre. En la calle Marcadet, tal vez, a no ser que fuera en aquel «misterioso hostal» en un callejón sin salida que no consigues localizar. Souvarine, que no había consentido en la Sagrada Unión y había combatido en el Marne, afirmaba haberle inscrito personalmente en la SFIO y haberlo guiado en sus primeros pasos. El recuerdo que conservaba era el de un muchacho tímido, dócil, modesto, callado y fascinado por los oradores: un ser «insignificante», en definitiva, un don nadie sin pasado cuyas palabras no ofrecían «el

más mínimo interés», precisaba con la insistencia del desprecio. También refería la transformación a la que pudo asistir en el Club du Faubourg: fue en aquella palestra socialista donde Nguyên se sobrepuso al miedo escénico, ganó desenvoltura y no tardó en convertirse en «alguien».

Al igual que Nguyên, Souvarine había abrazado la causa comunista en Tours, antes de ser excluido de la Komintern y posteriormente del Partido, del que era una de las figuras más notables, entre otras cosas por haber publicado un folleto de Trotski. «En realidad, Ho Chi Minh no se parece en nada a aquel Nguyên Ai Quâc», zanjaba en fin quien acabaría siendo uno de los críticos más pugnaces de la barbarie estalinista. Una ruptura, más que una continuación. Un rechazo, más que un cambio de piel. Así que nunca les perdonaría a los vietnamitas que no hubieran roto a su vez con Moscú.

Ciertamente.

Uno debería volver a su terreno tan pronto termina su tarea: devolver el poder con el que hubo de hacerse, para que el poder no se haga nunca con él. Los mártires gozan del amargo privilegio de no defraudar: acaso sea porque Rosa Luxemburgo no tuvo la suerte de llegar a ministra que hace poco escribiste su nombre en la pared de un pueblo zapatista de las montañas de Chiapas. ¿Magnetismo de las ruinas? ¿Romanticismo de la quincalla? Podría ser. Sea como fuere: nuestras derrotas pesan, como pesan nuestras victorias; nuestros vencidos nos iluminan, nuestros vencedores nos ponen a prueba. Cuando el rebelde embriaga, el revolucionario estorba: pocos se resisten al primero, ya sea el poeta al alba o el boxeador al ocaso, a la fuga en cargueros o corriendo por las cunetas, un revólver oxidado al cinto y la carlinga del corazón así de grande. Nos enamora el díscolo, el eterno insurgente, la marginalidad y la libertad; nos enamora Rimbaud, y es un amor que cuesta bien poco, porque está muerto. Pero al revolucionario lo observamos como observamos el cigarrillo que le sostenemos a un amigo que ahora vuelve: sin saber qué hacer con él. Es porque corre por sus venas sangre de militar y de misionero, sus ideas las ha trazado con tiralíneas y su universo gira exclusivamente en torno a dos grandes conjuntos: camaradas y enemigos. Si el uno responde en primer lugar por su persona, el otro convida a toda la humanidad. Los dos habitan en ti, con sus vicios y sus virtudes. Porque el hecho es que el rebelde desconfía de las revoluciones y estas fracasan siempre por falta de rebeldía. El régimen comunista vietnamita fusilará a inocentes, mandará a la gente al trullo por sus opiniones, aplastará a los críticos, falsificará las cifras, empujará al exilio a muchos de sus más fieles servidores y, al igual que su odiado capitalismo, concentrará el poder en la cúspide: para derrotar a dos imperios y levantar a un pueblo de sus cenizas, se ruega

encarecidamente a los demócratas que cierren el pico… y lo mantengan cerrado cuando llegue la paz.

Por más que Ho Chi Minh, tras la guerra de Indochina y mientras se cocía ya la de Vietnam, no dejara de aplazar la reforma agraria tan esperada por Moscú y Pekín, con el argumento de que la fuerza es deletérea y el caldo que arde debe beberse a sorbitos; por más que el vicepresidente primero del Partido Comunista Chino le tuviera por un «derechista», y Stalin por un «troglodita»; por más que Raymond Aubrac escribiera que nunca se le había visto dar una orden a nadie; por más que él prefiriese vivir en la casa del guarda antes que en palacio; por más que se viera paulatinamente privado de un poder que quiso compartir hasta convertirse, en palabras de uno de sus biógrafos estadounidenses, en «una mosca atrapada en el ámbar», una voz minoritaria en el seno de su propio partido, casi impotente, como quien echa agua en un cesto, y acabara momificado en el símbolo de la reunificación nacional y relegado a recorrer escuelas, granjas y fábricas para predicar la buena nueva, como un viejo tío paternalista; por más que admitiera haberse unido a la URSS lisa y llanamente porque era la única potencia mundial que le brindó ayuda para llevar a buen término su misión contra la barbarie de la civilización colonial y capitalista; por más apático que fuera, como algunos le reprochan, al dejarse arrebatar las riendas por camaradas más fervientes; por más que replicara al todopoderoso Mao que matar no es un acto moral cuando este comentó que no era esa la cuestión; por más que en el verano de 1956 pidiera perdón públicamente por los crímenes cometidos por su régimen en el marco de aquella reforma que, según el general Giap, «ejecutó a demasiada gente honesta»; por más que confesara entonces haber carecido de espíritu democrático y diera una definición del comunismo de la que resulta muy difícil renegar -«ya no se explotará a nadie, nos amaremos los unos a los otros y seremos todos iguales»-, lo cierto es que su nombre está monolíticamente vinculado al desastre de un breve experimento político mundial que tú lamentas mucho más íntimamente que cualquier corifeo de la *libertad de empresa*: aquel fracaso entorpece todavía la idea, cardinal no obstante, de emprender una revisión fundamental del orden milenario que gobierna el mundo: el orden de los fuertes.

En fin, que podrías optar por dividir al hombre en dos, el rebelde y el revolucionario, y quedarte únicamente con aquel del que se cuentan historias trepidantes para obviar al más importuno, cuyo pensamiento quedó grabado en el artículo 4 de la Constitución de la actual República Socialista de Vietnam. Podrías, sí, si no detectaras en ello cierta cobardía de escritor. Frente a la violencia de los Estados, que es la primera, la admirable probidad de los rebeldes se queda en nada: la corona, el knut y el chicote no se han moderado nunca un ápice hasta

que aflora la palabra revolución.

Solo te resta seguir tu camino con el trotamundos y el hombre de Estado que aún no es, asumir la tensión sin aspirar a la síntesis, y recordar, una vez más, que nadie escribe sin que el nudo vibre en su interior, aquí o allá.

*

Invierno de 1921.

A causa de un brote de tuberculosis, Nguyên fue despedido del taller de retoque fotográfico donde trabajaba, en el número 7 del callejón sin salida donde vivía. El vietnamita se interesaba por la situación en la India (años después, Ho Chi Minh se definiría como un pupilo de Gandhi, a su manera, y pasaría largo rato ante su tumba antes de plantar allí un franchipán de su país natal) y acudía casi cada noche a las reuniones de sección de su partido. De paso por Marsella, llamaba a crear un movimiento anticapitalista en Indochina. Alimentaba además, junto a sus camaradas, el deseo de dar voz a la Unión Intercolonial por medio de un periódico mensual.

*

Stalin acababa de ser elegido secretario general del Comité Central del Partido Comunista y en Marsella se había inaugurado una nueva Exposición Colonial, la quinta edición nacional, en presencia del antiguo gobernador general de la Indochina francesa: treinta y cinco hectáreas de pabellones y paseos en calesa. El primer número de *Le Paria*, como dio en llamarse el periódico, apareció el 22 de abril de 1922. La tirada fue de mil ejemplares, destinados casi todos a las colonias. El mismo día, un titular de *Le Petit Parisién* informaba de que en Dublín, igual que en Belfast, «proseguía la lucha sin cuartel»: los republicanos trataban de tomar una caserna y apoderarse de una estación de telegrafía inalámbrica. También te enteras de que los fascistas desfilaban por las calles de Roma.

Nguyên no solo escribía en las columnas de *Le Paria*, y a un ritmo frenético, sino que además lo ilustraba con caricaturas mordaces o frontalmente críticas, de torpe factura. «Lo hacía prácticamente todo», recordaría años más tarde. Hasta buscar lectores.

*

París se envuelve de un azul que solo puede anunciar la noche.

Vuelves a atravesar Saint-Germain-des-Prés y lo olvidas de

inmediato. En una esquina de la rué Jacques-Callot bulle un café-restaurante: dicen que Cézanne descansó allí sus posaderas. Y has de confesar que te sigue atrayendo, aquel bruto aquisextano de dedos geniales. Los faroles embadurnan de amarillo la fachada de las galerías de arte. Pasan dos ciclistas, la pintura de los coches reluce. El portal del número 16 linda con el café. Allí se encontraba la redacción del periódico *Clarté*, fundado por Barbusse y Vaillant-Couturier al término de la Gran Guerra, y fueron ellos quienes albergaron al equipo de *Le Paria* en sus comienzos. Una puerta negra de doble batiente, dos aldabas, un *digicode*; contigua al portal, y compartiendo el mismo número, una tienda especializada en libros ¡lustrados, con la persiana bajada. Luz en el primer piso.

Pero a lo que íbamos.

*

Curiosamente, no conocías el poema.

Te refieres al de Pasolini. El semanario *Tempo* le había dado al italiano una columna titulada «El caos» y tenía previsto publicar una de sus entregas en el número 38 de la revista, el 20 de septiembre de 1969. No sabes por qué motivo aquella entrega no llegó a publicarse: la traducción se limita a hacer constar que seguía inédita. Ho Chi Minh había muerto hacía dieciocho días, a la edad de setenta y nueve años (el régimen mentiría y lo anunciaría al día siguiente), y el escritor quería honrar su memoria con unos versos. Lo suyo sería reproducir el poema por entero, pero las citas integrales tienen tendencia a ser un tostón, reconozcámoslo. «Eres el último hombre público / que el mundo amó; el último que lloramos. / […] Esa firmeza inhumana sobre la que / la tierna sonrisa del viejo padre / era tan solo una máscara. / […] No verás cómo la bandera roja se convierte en una bandera / como cualquier otra.»

El apego que le tienes a Pasolini, pluma y carne de una pieza, confiere una cualidad preciosa a este poema, probablemente prescindible: confirmación, por si hiciera falta, de que una vida entera consagrada a la escritura difícilmente podría ignorar que un antiguo maquinista de tren con ciento sesenta y cinco nombres atravesó el siglo pasado para cortarlo en dos.

*

La redacción de *Le Paria* se trasladó al sur, a una distancia de media hora a pie, al número 3 de la calle Marché-des-Patriarches, en el distrito 5. Era a esta dirección, y a nombre de Nguyên Ai Quôc,

adonde debían enviarse en lo sucesivo los formularios de suscripción. Un tal Bui Lam, hijo de marino y antiguo grumete de un carguero, contaría más tarde, en *Souvenirs sur Ho Chi Minh*, que la lectura de *Le Paria* le estremeció el alma y le arrasó los ojos de lágrimas. El periódico le impulsaba a la acción, y como no sabía qué hacer se le ocurrió la idea de llamar a aquella puerta.

Una vivienda a pie de calle en los alrededores del mercadillo. En el buzón, un extracto del periódico. Dos habitaciones, el mínimo indispensable: una larga mesa cubierta de periódicos en varios idiomas, varias sillas, un mapamundi en la pared. Al entrar vio a dos norteafricanos manos a la obra; en el lugar de Vietnam, en el mapa, huellas dactilares, desgaste, trazos de lápiz. Te imaginas a Nguyên señalando incansablemente a sus visitas la distancia que le separaba del latido de su corazón.

El *Ulises* -el otro, no el del poeta- se encontraba entonces entre las novedades de las librerías; en el escaparate de una de ellas te topas con la reedición de *Chef-d'œuvre monstrueux* de Ritsos (¡adelante, «Camaradas del Mundo»!). En un muro bajo han pintado un elefante para denunciar la caza furtiva, una mujer pide limosna con la poca piel que no recubren sus harapos, el letrero de la calle del Marché-des-Patriarches está cubierto de adhesivos: vuelves a leer la palabra anarquista. Dos trabajadores con poncho pegan la hebra, el humo de sus pitillos caracolea en torno a sus rotundas narices bigotudas, uno de ellos se apoya en su escoba que, al reanudar su camino, se arrastra por el asfalto con un frufrú; un joven de cabello rubio con vaqueros y zapatillas deportivas decora la fachada de su restaurante mientras masca chicle. Te detienes al llegar al número 3: frente al portal, varias colillas y un billete de metro arrugado; en la planta baja, una consulta de psiquiatría. Así que era aquí donde Nguyên Ai Quôc les leía a sus hermanos de exilio las obras de Michelet y Proudhon y donde, pese a las trabas que ponía el poder, se sentaban las bases de un periódico que sería más o menos mensual: una página de gran formato repleta de palabras con algún que otro dibujo intercalado, palabras que el vietnamita habría de escoger con esmero para que anidaran en el corazón de los humildes, no de esas que se emplean a modo de pintalabios, ni de las que se arrojan para acallar a quien carece de ellas, ni de las que sirven para hacer ficciones e instar al tiempo a esfumarse de puntillas, no, palabras para enderezar la columna de golpe, para que la espalda del lector describa el movimiento del junco cuando el viento amaina por fin y se endereza, eso es, se endereza, y la mirada sigue al gesto y se clava por fin en la de quienes se inflan de diplomas y medallas, palabras a veinticinco céntimos y con el título en francés, en chino y en árabe, que viajaban de matute hasta los confines del mundo y salían de las bodegas a la luz del día en

Madagascar, en Dahomey, en el Magreb, en Oceanía, en Indochina, y dicen, y lo crees, que en la metrópoli los trabajadores anamitas compraban *Le Paria* sin entender una palabra de francés, sin conocer sus verbos pronominales y auxiliares, ni la articulación de la *g* en *guêpe*, dura como las avispas y tan distinta a la de *givre*, frágil como la escarcha, ni palabras como arpende y estibador, ramera y alambique, helada y rufián, y lo compraban porque sabían que olía fuerte, por esa aura que tenía, refractaria, arisca, levantisca, y les pedían a Luden, a Émile, a Jacquot o a cualquier otro compadre francés que les leyeran aquel periódico, el mismo que un joven envió a través de sus camaradas a Kanaky y a La Reunión después de que Nguyên le dijera que había que ser solidario con el pueblo francés, con la clase obrera y con todos los pueblos colonizados de la tierra…, y cuando regresó, aquel joven, el revolucionario, que se instalaría en este mismo lugar antes de abandonar Francia, le pidió ir todavía un paso más allá. Pero en fin: no queda aquí más que una vidriera azul, mucho silencio y todo lo que veas oportuno acomodar.

*

El peregrino está emparentado con las grandes ideas: la devoción, la santidad, la gracia, la esencia, la búsqueda de sentido. Las huellas y los escombros son para él entradas a lo trascendente, al misterio insondable. Pero tú caminas a un paso mucho más burdo: mamífero falto de educación, materialista cocido a medias (el cuerpo flaquea y eso es todo). Sucede a veces que la piedra se fosiliza pero conserva cierto espíritu, un hálito de otro tiempo, un nimbo indeleble: como una lapa. La peregrinación, aunque sea secular, te está vetada; como mucho puedes aspirar al herbario: encontrar, recoger, nombrar. Tus páginas encierran plantas desecadas, acaso más indicadas para servir de yesca: memoria de los vivos (lo que vive lucha, que decía el viejo bardo), pequeño patrimonio de los réprobos (su héroe es nuestro hijo de puta).

Los muertos no habitan los sitios sino en el espíritu fabulador de los vivos: «aquí yace» traba la imaginación, «aquí vivió» la estimula. Las moscas ponen sus huevos y luego los gusanos devoran los tejidos, dando lugar a un buen revoltijo de huesos. Con el polvo de esos huesos no tardamos en esbozar flechas en las paredes del laberinto que es nuestra vida.

*

La Unión apelaba a la unión de los obreros franceses y los

colonizados, lo que no dejaba de tener su lógica; los servicios de inteligencia, por su parte, registraban a cada nuevo suscriptor de *Le Paria* y entraban en casa de Nguyên en su ausencia para añadir nuevos informes a los que se iban amontonando en sus despachos desde hacía casi tres años, probablemente ajenos al hecho de que un día acabarían archivados en cajas inofensivas; el sujeto defendía la causa irlandesa en la Sorbona, respondía a los ruegos crecientes de unos y otros y participaba en una reunión anarquista con su carné de bolchevique; el sujeto trababa también conocimiento con Colette y Maurice Chevalier, no sabes a ciencia cierta cómo se fraguaron tales encuentros, pero sí sabes que seguiría apreciando al cantante y que se convirtió en uno de los recuerdos más felices de sus años en el exilio; el sujeto participaba además en las marchas a favor de Sacco y Vanzetti y conmemoraba la muerte de Louise Michel: en el mes de abril de 1922, un informe lo califica de «agitador revolucionario muy activo […] que no repara en medios»; la primera parte del enunciado te parece pertinente.

Unas semanas después Nguyên fue despedido de su nuevo trabajo, en el número 65 de la rué Balagny (hoy rué Guy- Môquet y un supermercado), porque acababa de participar, contra la voluntad expresa de su patrón, en las manifestaciones del Primero de Mayo. En otro informe averiguas que su hermana había sido encarcelada por complicidad en el robo de unos fusiles, allá en Indochina, y que su hermano también había acabado entre rejas por dar cobijo a uno de los líderes rebeldes: vale más ser un culo de mal asiento que una cena familiar. También descubres la lista exhaustiva de las publicaciones periódicas a las que estaba suscrito, y se la ahorras a quien te lea; valga decir tan solo que las lecturas frívolas brillan por su ausencia.

Llegado el verano, Nguyên publicó en la prensa una carta abierta al ministro de Colonias. Tirando de sarcasmo, el autor felicitaba a las autoridades coloniales por sus alardes de generosidad en Indochina -fusilamientos, represión, exilio, profanación de lugares sagrados- y elogiaba a los abnegados y simpáticos «ayudantes de campo» que habían contratado para velar a diario por la comodidad de los militantes de la Unión Intercolonial en la metrópoli. Nguyên tenía una objeción, no obstante: ahora que el Parlamento se había marcado el objetivo del ahorro, ¿era de veras responsable pagar a ciudadanos por semejante tarea? Aquellos costes, afirmaba, eran un lastre para la patria. Y, en el mismo tono, el aprendiz de fotógrafo concluía: puesto que el ministerio estaba tan ansioso por saber lo que hacía la Unión en general y su portavoz anamita en particular, todos sus miembros se comprometían a publicar cada mañana un boletín para informarles de sus ocupaciones.

*

Y ahí está la ironía: a la larga, sería precisa una democracia liberal para instaurar eso que ningún régimen totalitario había logrado hasta ahora: el registro diario y exhaustivo de las actividades de todos sus ciudadanos. Pagar algo con tarjeta, adquirir un billete de tren, consultar una página web o abastecer de datos las redes sociales: la trepidante carrera del progreso. Por el camino no dejas de pensar en las cámaras que a todas horas te capturan a ti y al resto de los transeúntes y que habrían capturado también a Nguyên en su momento: en una esquina, en el metro o al entrar a una biblioteca. Al menos el anamita pudo sortear sin apuro al soplón que hoy llevamos encima a todas horas, locos de alegría. Dentro de nada los drones sustituirán a los últimos pájaros y el reconocimiento facial se extenderá sin la menor resistencia. Es un hecho de lo más banal: la comodidad funciona mejor que el látigo.

*

El año 1923 empezó igual que había terminado el anterior, con la Unión Intercolonial vigilada en todos sus movimientos. A mediados de febrero, un banquete congregaba a ochenta y tres personas; a mediados de marzo, una reunión en el primer piso de una librería agrupaba a treinta asistentes, propios y extraños, y el revolucionario se pronunciaba contra el platonismo, argumentando que había que pasar a la acción, sí, a la acción; a finales de marzo, el equipo de *Le Paria* se reunía para discutir la tirada del periódico; a principios de abril, en la redacción se comentaba la malversación del dinero de la caja por parte de uno de sus miembros; y así sucesivamente.

¿Lo esencial? Nguyên lamentaba la falta de tesón y empuje de la Unión.

¿Y luego? Luego, de pronto, el silencio.

Cuatro años de vigilancia para que luego llegue una corriente de aire y el sujeto desaparezca, se desvanezca, vuele. El 3 de agosto, al tiempo que miles de personas se reunían en Alemania para charlar en esperanto, el Ministerio de Colonias enviaba una carta a la Dirección General de Seguridad: «Tengo el placer de informarle de que el anamita conocido como NGUYEN AI QUÔC […] abandonó su domicilio el pasado 13 de junio y desde entonces no ha dado señales de vida. Sus compatriotas y amigos parecen preocupados por su desaparición.» El sujeto, según sus propias declaraciones, llegadas como por casualidad a oídos de la Dirección General de Seguridad, había ido a pasar unas breves vacaciones en Saboya.

Así pues, había que reencontrar su rastro; dos meses después

seguían buscando.

El 11 de octubre, un informe: el sujeto «se halla actualmente en Moscú, al parecer».

El 19 de noviembre, otro informe: el «obrero mediocre [que] malvive con su mísero sueldo» está «trabajando para los soviets».

*

Un tren condujo a Nguyên Ai Quôc a Berlín a principios de aquel verano, provisto de documentación china falsa, un traje de burgués, un puro y un billete de primera clase. Valiéndose de un salvoconducto, se embarcó en un navío que llevaba el nombre de un revolucionario asesinado y partía de Hamburgo con rumbo a Retrogrado, desde donde viajó efectivamente a Moscú, convocado por la Komintern para reforzar la lucha contra el Imperio. A aquellos de sus compañeros que él llamaba sus hermanos les dejó una carta en la que les felicitaba por su labor y les informaba de que había llegado la hora de ir más allá: de regresar a su tierra, apelar a las masas y conquistar la independencia. A sus sobrinos les mandaba mil besos y les pedía que no volvieran a maltratar a su perrita.

Treinta años más tarde, el Estado francés abandonaría Indochina, derrotado; y al cabo de cincuenta, los Estados Unidos de América, derrotados también, estamparían su firma en los Acuerdos de Paz de París, el mismo París que aquel hombre conocía tan bien y acaso apreciaba tanto. Para entonces aquel hombre, a quien nadie conocía ya por el nombre de Nguyên Ai Quôc, haría cuatro años que había muerto, después de escribir en su testamento, parcialmente censurado por el régimen, que partía al encuentro de un viejo alemán, un viejo ruso y todos los viejos padres de la revolución mundial.

*

La policía bloquea las calles, los antidisturbios están equipados con rifles automáticos; han traído dos coches blindados y han cerrado varias calles con alambradas. Caminas a lo largo de una barrera. El cemento está engalanado de pintadas del color de la insurrección.

Más tarde se sabrá que las alcantarillas que rodean el palacio están vigiladas y se ha despachado hacia allí un helicóptero por si es preciso evacuar a su inquilino («el Elíseo podría haber caído», reconocerá un policía sin pelos en la lengua). Una capital sublevada no es algo que ocurra todos los días. A tu lado, un hombre armado trata de explicárselo a un turista despavorido: *The yellow jackets, they want money and they don't like our president.*

Llegas a la estación.

Líneas de catenarias, sombras perforadas que atraviesan los raíles, la luz acaricia los tejidos y las pieles: París desaparece en el marco de la ventana, entre el zumbido sordo del vagón.

Unos troncos delgados abandonan su reflejo sobre el verde cimbreante del agua. Al abrigo de un arbusto caído que la corriente no ha arrastrado, cinco patos flotan inmóviles junto a la ribera. La cabeza del sexto pato no deja de sumergirse para volver a emerger. El leve soplo del viento, que arrastra las hojas por la superficie del afluente, no ahoga el cacareo de los pájaros.

Pasas bajo un álamo. La broza se estremece. Se te han enfangado las suelas. Las hojas se esparcen por la tierra empapada que, diez pasos más allá, está cubierta de hierba. Los charcos de lluvia relucen: la noche los ha ido formando para que al amanecer desgarren el suelo frondoso; asoman tan solo unas pocas ramitas. Los fresnos y los cipreses se aferran a un cielo ceroso. Ni un alma, salvo la tuya; ni un ruido, salvo el de tus botas entre las ortigas.

Las ovejas estarán ya en el redil. Su presencia cotidiana te tiene embelesado: prodigios de la vida que, de vez en cuando, se aventuran a unos metros de ti. Te ahorras pensar entonces en el destino que les espera y que aclara la historia del mundo entero.

Te fijas en un roble peludo y recomido de líquenes, con toda la belleza que eso entraña. Un perro corre a lo lejos. Sin esa mirada mansa, domesticada, hurtada por nosotros a la manada, podría pasar por un lobo. Un globo se cierne sobre el río; un tocón inclinado se ahoga en él a medias. Es en este paisaje, el tuyo, donde recobras el aliento: el silencio es aquí único soberano; nada se vende.

Basta una rosa, dijo un día el hombre de las sandalias de caucho, el hombre de las sombras y las huelgas, el paria de altísima frente, una rosa tan solo, para que ruja en el alma del prisionero toda la arbitrariedad de este

mundo.

Invierno de 2017 - verano de 2020

NOTA

Vaya aquí mi agradecimiento a Neka, por el mapa y el ojo redondeado; a Élie y Roza, compañeros de ruta queridos; a Pip, la bella sintactista (cuídate); y a Alain Ruscio, entusiasta del detalle.

Me costaría desglosar aquí debidamente el conjunto de libros que he manejado durante mis pesquisas y que evoco, cito o comento en estas páginas.

En materia de biografías de Ho Chi Minh, valga destacar las de Jean Lacouture (Seuil, 1967), Daniel Hémery (Gallimard, 1990), Thu Trang-Gaspard (L'Harmattan, 1992), William J. Duiker (Hachette Books, 2000), Sophie Quinn-Judge (Hurst &. Company, 2003), Pierre Brocheux (Payot, 2003) y Alain Ruscio (Le Temps des cerises, 2019).

En cuanto a los testimonios: *Souvenirs sur Ho Chi Minh* (Hanoi, Éditions en Langues étrangères, 1965), *Ho Chi Minh notre camarade* (Éditions sociales, 1970), *Ho Chi Minh, l'homme et son message (Planète Action*, número especial 15, 1970) y *Avec l'oncle Ho* (Hanoi, Éditions en Langues étrangères, 1972).

El título de la presente caminata procede de un poema de Ho Chi Minh, escrito en China en la década de 1940: «Por los Montes del Poniente camino / solo, el corazón latiendo de emoción. / Al mirar a lo lejos el cielo del sur / pienso en mis amigos.»

ASÍ LES HACEMOS LA GUERRA
TRÍPTICO

A L., V., M., V. y O.

A Typhaine y Ceylan

PRIMER PANEL

Porque yo no soy «más que una mujer»,
porque tú no eres «más que un perro»

SÉVERINE

Y en los océanos las bacterias se dispondrán entonces a crear a Dios. Las raíces y los insectos proyectan sus sombras sobre las tierras emergentes que darán lugar a los continentes que darán lugar a las naciones. Los peces alumbran primates que se yerguen sobre sus diez dedos para pintar en las paredes dibujos de una belleza sin par. No tienen aún la sabiduría que nos atribuiremos, pero sí un cráneo cada vez más redondeado. Sus pasos no se han saturado de las ciudades que un día alzaremos bajo el cielo. Pero cazamos ya a grandes animales de cuernos huecos y trazamos signos en la arcilla. Bendecimos el hierro y los cascos de nuestras caballerías retumban en la batalla. Unimos riberas y construimos murallas. Quemamos los campos en los que sabemos amarnos frotando nuestras carnes como frotamos la piedra. Erigimos imperios y botamos las velas que allende los mares oprimirán las almas. Nos abrazamos a los pellejos que desollaremos al caer la noche y rezamos a las santas para mancillar a las putas. Cantamos al amor difunto y perpetuamos la raza. Marcamos a fuego a seres humanos a los que no tenemos por tales. Cubrimos de oro a unos pocos y al resto de sudor. Agarramos a un rey por el cuello para preguntarle por qué no somos todos reyes. Plagamos de gris el verde inmenso de los bosques y emborronamos el horizonte de grandes humaredas negras. Juramos que la Tierra no tardará en revelarnos todos sus secretos. Y en esto que uno de nosotros bromea para deleite de su auditorio.

Se trata esta vez de demostrar al mundo que la presión salival es independiente de la presión arterial: lo que no es poco.

La demostración transcurre en un escenario de categoría, entre doce columnas corintias, un bajorrelieve y una cúpula. En el University College de Londres un hombre se remanga y le da una calada a su pipa. Se le ve sereno, dicen, a sus anchas, mientras a su

lado se revuelve entre sus ataduras, un bozal en el hocico y el pescuezo rebanado, un chucho anónimo. Seis kilos, un peso pluma para un cruce de terrier.

Así que el hombre está fumando.

Lleva sangre en las manos y el abrigo. Tiene una frente que no es una frente, fundida como está al resto de la calva, la nariz larga y caída, la barba pareja, los ojos lánguidos. Su nombre no viene al caso: cualquier otro serviría. Dicen que es hijo único de un tipo que hizo fortuna en la industria del hierro forjado (cancelas, enrejados, barandillas, pasamanos, esa clase de cosas, así como filigranas, flores, rosetas); dicen también que cumplirá cuarenta y tres años dentro de tres meses justos.

Cuentan de él un par de menudencias más: que colgó sus estudios de medicina para dedicarse a la fisiología; que se especializó en la secreción salival; que se casó con la cuñada de un colega suyo, junto al que más tarde estudiaría la motilidad intestinal. Eso es lo que dicen de él, pero lo que no saben, con razón, es lo que está por suceder: que publicará *La naturaleza de la acción enzimática*; que durante la Gran Guerra propondrá el uso de gelatina y goma arábiga para el tratamiento del choque circulatorio de las tropas; que será nombrado caballero y recibirá el tratamiento de «Sir».

Una vida, en resumidas cuentas.

Pero entretanto, lo que es evidente es que nuestro hombre está fumando.

Y es probable que el humo de su pipa se eleve formando eso que las malas novelas gustan de llamar volutas.

Los estudiantes toman asiento, jóvenes algunos, otros no tanto. ¿Cuántos son? Sesenta. Setenta, tal vez. Un cliché de los archivos de la universidad puede ayudarnos a reconstruir la escena: una larga superficie de trabajo; un anfiteatro con gradería y pupitres de madera (en cada fila se aprietan nueve personas de pie); un reloj de péndulo en la pared; una pantalla en blanco. Muchos de los asistentes gastan traje, chaleco, corbata, cojones y cuello inglés almidonado. Algunos llevan bigote, es de suponer que cincelado con esmero.

En este momento, asida la pipa entre el humo que se disipa o despuntando oblicuamente entre sus barbas, nuestro hombre dirige el haz de una lámpara hacia el perro que yace sobre la mesa de operaciones, y el perro se retuerce, se contrae, trata en vano de sustraerse a los prodigios de la ciencia. Preocupado por el bienestar de su auditorio, nuestro hombre les pregunta si les molesta la luz, sufre por sus ojos, por sus delicadas retinas, sus sedosas córneas, sus preciosos bastoncillos. A su lado está su cuñado, el profesor, que cuenta con un par de ideas sobre la linfa y las proteínas plasmáticas, un puesto en la Royal Society y un puñado de crios. Aunque lo que

deberíamos hacer constar es más bien que el profesor ha hurgado ya en las entrañas del animal -el vientre está abierto, el conducto pancreático ligado- y ha vuelto a hacerlo allí mismo, justo antes de que llegaran los estudiantes y el fumador de pipa tomase el relevo.

La incisión del cuello expone a la vista de los asistentes un buen revoltijo, un nudo de nervios y glándulas (hay cuatro pares, al parecer, que reciben el nombre de parótidas o sublinguales). El perro tiene las patas sujetas a la mesa, el hocico enmudecido y la cabeza inmovilizada. Se agita como un pájaro que quisiera salir volando con las alas cortadas. Serán dos mujeres quienes reparen en ello para tomar nota, hacerlo público y montar un buen alboroto que dividirá a la Gran Bretaña.

Se llaman Lizzy Lind-af-Hageby y Leisa K. Schartau: la Historia relee sus nombres, tropieza en una ele, titubea en una a y se pregunta luego por qué habrá dejado de tenerlos presentes.

Así que seis kilos.

El perro sigue tratando de librarse de sus ataduras y el público no puede parar de reír; la hilaridad es general, de hecho, según referirán las dos jóvenes sentadas en su parterre de cuellos almidonados.

Es posible que esos hombres hayan hojeado dos o tres obras de Shakespeare, acaso puedan recitar otros tantos versos de *El paraíso perdido*, sin duda conocen el papel que desempeñan las células endocrinas en la diabetes mellitus, y eso, todo eso, les confiere ciertos derechos, cierto rango, el estatus y la distinción del Hombre.

Es que no hay mejor forma de matar que entre risas.

Un bonito charco de sangre necesita siempre su buena ración de encías tibias, relucientes, dichosas de estar en el mundo. Nos gusta enseñar la dentadura a los nuestros mientras le rompemos la cara a un pelirrojo o precipitamos a algún cagón escaleras abajo. No hay ahorcado balanceándose de lo alto de un árbol que no llame a la risa; ni fosa común sin su buen jolgorio. Los músculos faciales se contraen, las bocas se abren, rosadas, los esfínteres se relajan, la frecuencia cardiaca se acelera y el sistema nervioso segrega extrañas palabras olvidadas de inmediato: ¡adelante, humanos!

El perro es presa de convulsiones.

Una máquina proyecta las variaciones observadas en el flujo de su saliva; parece que no son concluyentes; en todo caso, los resultados no acaban de satisfacer a nuestro hombre. Me temo que no ha sido un experimento muy logrado, eso dice, pero habría que imaginar un punto de malicia en su voz, porque el público prorrumpe en carcajadas y a las encías van a sumarse las manos, con sus aplausos.

El perro, señalan las dos jóvenes en el texto que le dedicarán, y que llevará el título de *Fun*, es el único que no participa del alborozo

general.

La transformación de la faz del mundo tendrá que esperar; la campana cumple con su cometido.

Entra entonces un auxiliar, y nuestro hombre, que parece ahora algo desconcertado por su fracaso, le dice que hay que retirar al animal. El auxiliar obedece después de desenchufar la máquina, y abandona la sala torpemente mientras el hombre de la pipa le cuenta al público una anécdota que no está claro si ha repetido más de una vez, persuadido del efecto que produce en cualquier ocasión, o se la acaba de sacar de la manga: pasaron por aquí unos perros a los que les cortamos el esófago, con lo que la comida que ingerían no iba a parar al estómago sino que caía al suelo; y los perros, unos lobos muy inocentones amansados por nuestros cuidados, se quedaban turulatos cada vez que veían caer entre sus patas la manduca que se llevaban a la boca. La historia suscita nuevas risas entre los hombres sentados bajo una cúpula y bajo un cielo del que no tenemos noticia: ¿sería azul o gris, aquel cielo?, ¿sereno como los lagos de las cumbres o emborronado por completo de nubes bajas?, ¿simplón como un Renoir o desabrido como un Soutine?

Lo que tampoco detallan Lind-af-Hageby y Schartau es que el perro, un cuchillo hundido en el corazón, acabará siendo ejecutado por el auxiliar de marras. Que por el suelo más exclusivo de Londres va a correr la sangre. Muy lejos, allá donde Londres se conoce como el Imperio, también va a correr la sangre. En cuestión de horas las tropas de la Corona tomarán la ciudad de Kano, al norte de Nigeria, merced a un teniente coronel y cuatro cañones del calibre 75. Un obús aplastará al reyezuelo local, se requisarán ochenta caballos. La Corona está hambrienta y el auxiliar de laboratorio, que es hijo de alfarero, acabará colmado de baratijas, entre ellas un Nobel.

Pero hay un hombre, otro hombre, que haríamos mal en seguir omitiendo. Quince años antes había ascendido los mismos escalones por los que sesenta o puede que setenta estudiantes, amén del fumador de pipa, el profesor y las dos mujeres llegadas de Suecia, han subido esta mañana, a menos que haya sido esta tarde, aunque eso qué más da, cuando lo esencial es que el hombre aquel se llamaba Gandhi. No era aún el personaje loado en los libros, aquel peregrino flacucho con su *dhoti* de algodón, eso seguro; tenía dieciocho años, una mujer en su tierra natal y un padre difunto. Estudiaba Derecho con el propósito de ejercer la abogacía, aprendía a asir el tenedor entre sus finísimos dedos, se engominaba el pelo negro azabache y trataba de anudarse la corbata como mandaban los cánones. Dicen también que leía a Jesús y los dieciocho capítulos del Bhagavad-Gitá, y que una vez, en Portsmouth, el corazón le palpitó por una desconocida en una casa de huéspedes más bien dudosa. Gandhi lo

tenía todo para convertirse en el pupilo predilecto de la metrópoli, pero el porvenir tenía para él otras aspiraciones: lo meterían en el trullo en los confines de África, preconizaría el anarquismo en Benarés y prendería fuego a la ropa de los colonos, miraría al Imperio a los ojos con aire desafiante a lo largo de cuatrocientos kilómetros, coquetearía con la muerte durante una huelga de hambre para protestar por cierto asunto electoral y la encontraría finalmente a tiros, tres tiros para ser exactos, si es que hay algo de virtud en la precisión, para ver luego su cuerpo entero cubierto de pétalos de rosa.

Aún no era aquel hombre, no, pero lo cierto es que en sus años de estudiante ya trataba de poner el mundo patas arriba: escribía para la revista *The Vegetarían*. Está mal comer la carne de los animales, afirmará en sus páginas, y añadirá que antes que comérsela preferiría morir de inanición.

Bajo la misma cúpula que antaño lo cobijara, no obstante, hoy lunes 2 de febrero de 1903, se mata. Pero no habría existido asesinato alguno de no ser por aquellas dos mujeres: tan solo habría sucedido. A ellas les debemos que figure en el balance contable de nuestra especie. Y acaso la muerte lo sea un poco menos cuando los vivos la relatan.

La risa no es lo que de ella dijera el viejo Rabelais,[3] y las mujeres no rieron. Puede que fuera porque a Lind-af-Hageby le gustaba la montaña y el olor de la pinaza. O porque sabía que las ratas también ríen y los hombres no son «el Hombre». Dos o tres retratos han plantado cara al paso del tiempo para revelarnos la suya: el cabello oscuro, la nariz fina, igual que los labios, el óvalo facial desprovisto de toda rigidez y el vestido recargado de perendengues y pasamanerías. Una mujer rolliza, dirán algunos. A veces un enorme sombrero se posa sobre su cabeza, como un avestruz empollando sus huevos. Haber nacido entre la nobleza y llevar las moléculas del chambelán del rey de Suecia no es algo que ella haya elegido: probablemente se le pueda perdonar.

En cuanto a Schartau, que dos años antes había escrito un libro consagrado por entero a criticar la vivisección, resulta aún más escurridiza. Dicen que las dos son buenas amigas, que se conocieron en Estocolmo, que se llevan dos años y que la mayor, Leisa, es hija de un capitán del ejército de su país. Dicen asimismo que habla un francés muy refinado y que, con menos audacia y más discreción, sigue los pasos de la menor.

Ambas viven desde hace algún tiempo al norte del Támesis, no muy lejos de las prestigiosas flores de Regent's Park. Allá en las tierras bañadas por el Báltico alzaron la voz contra el trabajo infantil, la miseria y la suerte que la sociedad le reserva al sexo vilipendiado: así fue como sus nombres se dieron a conocer en Suecia. En París, hará ahora tres años, visitaron el Instituto Pasteur y vieron lo que era en

realidad: cientos de animales entre rejas, todos ellos enfermados por el encierro, sufriendo, muriendo, y su guía, que sacó un conejo muerto de una de las jaulas, o puede que un cobaya, y lo tiró a un cubo debajo de alguna mesa. Lind-af-Hageby, muda de horror, confesará más tarde que fue allí donde se engendró su lucha. A su regreso a Suecia fundaron una asociación y ya en Inglaterra, adonde han ido a estudiar medicina, han tenido que presenciar durante meses un sinnúmero de experimentos -cincuenta, dicen- en los que se torturaba una y otra vez a pobres animalillos. Entre ellos, el chucho de seis kilos que el hijo de un alfarero acababa de retirar de la vista del auditorio.

Y eso que las dos mujeres han descubierto, eso que han anotado como en secreto a lo largo de las doscientas páginas de su diario, no tardará en hacerse público.

La reunión se celebra un martes, al cabo de dos meses. En Besarabia se prepara una masacre de judíos, que caerán «como corderitos», según informará poco después el *New York Times*.

El hombre sentado frente a ellas responde al nombre de Stephen Coleridge: es abogado, se aproxima a grandes zancadas a los cuarenta y nueve años y cuenta entre sus ancestros con un poeta de renombre malogrado por el opio. Su padre gastaba peluca y él tiene la mirada clara: ternura, eso es lo que se lee en ella sin dificultad, y con eso basta para el retrato. Es secretario de la National Anti-Vivisection Society, la primera organización mundial de su especie, que debemos a una mujer a un tiempo escritora y feminista: se fundó en 1875, cuatro años después de que la Comuna fuera aplastada, mientras Marx escribía desde su exilio londinense.

En aquellas páginas, que en un principio no pensaban publicar, gatos, conejos, perros, ranas, el arca entera, en suma. Las dos mujeres leen en voz alta varios pasajes que hay que suponer de su elección, y la atención de Coleridge se centra especialmente en el perro mestizo: el caso es que la ley prohíbe el empleo reiterado de un mismo animal con fines experimentales, pero el perro, según afirman, ha sido objeto de al menos dos intervenciones. Por no hablar del sufrimiento del animal, manifiesto en las palabras que leían y prueba fehaciente de que se prescindió de la anestesia reglamentaria. Coleridge ve un resquicio legal y se introduce en él respaldado por sus dos testigos.

El Primero de Mayo, mientras los trabajadores desfilan en todo el mundo, el abogado toma la palabra. Convendría imaginar una iglesia anglicana en pleno Piccadilly Street, un Cristo en la cruz atravesado de luz y dos o tres mil personas pendientes de cada una de sus palabras, mujeres en su gran mayoría. Coleridge clama. Las disecciones de cuerpos que se aferran aún a la vida son actos viles, inmorales y abominables, por eso clama. Luego suelta un nombre como un escupitajo, el del hombre de la pipa, el hombre ordinario del

orden ordinario, y, en esencia, viene a preguntar: si eso no es tortura, ¿qué es? Tras una sentida ovación, el discurso concluye más o menos así: ¡abramos las jaulas, destruyamos los instrumentos de martirio, reduzcamos los laboratorios a escombros!

El discurso entero aparece impreso en las páginas del *Daily News*, fundado cincuenta años antes por el mismísimo Dickens; el asunto llega a la Cámara de los Comunes; un parlamentario interpela al ministro del Interior; el hombre de la pipa pone el grito en el cielo, exige una retractación pública y, mediado el mes de mayo, al ver que no ha recibido ninguna, denuncia a Coleridge por difamación.

El verano se extiende entonces sobre el reino y llega el 10 de julio.

El diario de las dos mujeres se publica en forma de libro. *Los desastres de la ciencia*, así podría traducirse el título. Su editor no lleva sangre en la boca, es vegetariano, efectivamente, y tiene un rostro que es puro ángulo y hueso, con una sombra de barba en el mentón, con la frente alta que se prolonga en una nariz de trazo firme y recto, con los ojos hundidos en la sombra, los párpados abultados y las ojeras definidas, que él pasea por las calles de Londres y de una vida que pasará rodeado de animales. Un libro no es gran cosa, un poco de papel que sueña con quitarle la mugre a la comisura de los labios, pero cuando las palabras ya no dicen nada de lo que tendrían que decir, cuando la perdición pasa por progreso y el maltrato por conocimiento, esa no gran cosa que es un libro es también algo de luz.

El invierno se extiende entonces sobre el reino y llega el 11 de noviembre.

El juicio de Coleridge dura cuatro días y cada mañana se forma una cola al pie de los Reales Tribunales de Justicia. Casi treinta metros, dicen que mide. Es un acontecimiento en toda regla: se le niega la entrada a todo el mundo, la gente berrea, vibra y aplaude. El primero en hablar es el profesor. Cuando toma la palabra, en el interior de esa mole de piedra gris bendecida por una reina en otro tiempo, no sabe aún que una ley llevará su nombre ni que él acabará dedicándose al estudio del gas venenoso durante una guerra que, por curiosos motivos, fagocitará su buena porción de hombres jóvenes y de caballos. Tampoco sabe que un día lo encontrarán tieso y frío y despojado de esa sonrisita interminable a bordo de su barco en un puerto del Caribe. Lo que sí sabe es que está en juego su honor, mancillado por un picapleitos y dos arpías de los bosques. Así que lo admite. Admite que utilizó dos veces al perro aquel, al cruce de terrier de pelo rasposo, y que la primera operación consistió en una incisión en el abdomen. Después el animal pasó dos meses en la jaula, al cabo de los cuales se le realizó otra incisión en el mismo lugar durante menos de una hora, la cosa no tiene vuelta de hoja. Luego le cedió el sitio a su colega y le auxilió lo mejor que pudo. Infringió la ley, sí,

pero no lo hizo en vano, puesto que usar al mismo perro en dos operaciones equivale a salvar la vida a otro perro.

El profesor irradia lógica.

Le ha llegado el turno de hablar al hombre de la pipa: el perro estaba atiborrado de morfina y, por si eso no bastara, se le había administrado además un cóctel de alcohol, cloroformo y éter que le impedía sentir nada en absoluto, palabra de médico. Salen luego a declarar testigos y especialistas, la gente toma notas, menea la cabeza, frunce el entrecejo (y acaso bosteza de vez en cuando, aunque eso no se dice). El hombre de la pipa asegura que el perro padecía cierta enfermedad y que esa enfermedad produce convulsiones, meras sacudidas de la carcasa, absolutamente indoloras, nada más que un reflejo. Pero las dos mujeres, que ahora toman la palabra, no dan su brazo a torcer: ellas han visto lo que han visto, es decir, lo que Coleridge afirma y el libro detalla. No había una cicatriz sino seis, no hubo anestesia sino el calvario de un animal ¡nocente. El abogado del fumador de pipa le pregunta a Coleridge por qué no se entrevistó con su cliente antes de desvelar la historia bajo el techo de la iglesia; el interpelado responde que estaba seguro de que el médico lo negaría todo, como acaba de negarlo ahora, de hecho, confirmando sus predicciones.

El alboroto en la sala irrita al juez. No le falta razón, al juez, que es un apasionado del criquet. Un día será nombrado vizconde, es un dato verificadle; aunque de momento es Lord Chief Justice de Inglaterra, que tampoco es moco de pavo. Por eso lleva esa larga peluca cuyos rizos grises le caen por las patillas para posarse sobre la banda de armiño que cubre sus hombros. Debería sonreír, pero tuerce el gesto. Sus ojeras parecen bolsillos repletos de monedas; tiene el semblante grave, el sentido del deber y, por descontado, la certidumbre de que la sociedad lo llevaría peor sin él. La Justicia y la Corona han formado en su entrecejo un pliegue imposible de alisar. Cabe decir que el caso que les ocupa es de interés nacional, así lo afirma, y que el libro de las dos mujeres encierra sin duda cierta dosis de histeria, esa es la palabra que emplea.

El jurado se retira y regresa. Entre ambos verbos transcurren veinticinco minutos, tiempo suficiente para fallar por unanimidad que el hombre de la pipa ha dicho la verdad. En la sala, el personal médico aplaude y los estudiantes desbordan de alegría, Coleridge deberá abonar una multa de cinco mil libras al agraviado, que la donará a la universidad, y la obra se retirará de la circulación por algún tiempo.

Una buena tunda, hay que admitirlo.

Y, sin embargo, unas palabras abrirán una pequeña brecha en la noche, por así decirlo: las del periódico de Dickens y las de Mark

Twain. El primero aduce un error judicial, recauda donaciones para la causa y en cuatro meses cubre las costas; el segundo, que ha blandido ya su pluma contra el comercio de almas negras, que ha instado al ejército a permanecer dentro de sus fronteras, que ha clamado contra la imposibilidad en la que se encuentran las mujeres para cambiar las leyes y confía en encontrarse siempre del lado de los revolucionarios, publica, al poco de concluir el juicio, un cuento en la prensa de su país: la historia de un perrito que pierde la vida en un laboratorio. Pero una pequeña brecha, por mucho que se haya abierto con palabras dignas de su cometido, no basta para estremecer a un reino, a un montón de estandartes y a los quince carcamales del Consejo de la India. La noche es inmensa y el año llega a su fin. Todo sigue en su sitio: el pliegue en el entrecejo del juez, la piedra de los Tribunales, la dicha de los pudientes, el aislamiento de los rebeldes y los desatinos femeniles. El caso podría haber quedado en eso.

Pero hete aquí que durante tres años una mujer se empeña en resucitarlo. Otra mujer, la tercera. Lo cual implica toda clase de trámites no especialmente atractivos: buscar dinero, contactar con los candidatos electos, soportar rechazos, escribir cartas, esperar votos. Tres años dedicados a este empeño merecen un reconocimiento, pero de ella se habla muy poco: se llama Louisa Woodward, es la fundadora de la World League Against Vivisection, tiene más de sesenta años. También es lingüista, y cabe suponer que el estudio de la estructura de las palabras obliga a atenerse a ellas. Dicen además que cuenta en su empresa con la complicidad de Coleridge y Lind-af-Hageby.

Así, el sábado 15 de septiembre de 1906, mientras en Francia un presidente honra con su presencia la tercera exposición colonial de su Imperio, se inaugura bajo la lluvia y los paraguas el fruto de la obstinación de nuestra lingüista: en mitad de un área recreativa se ha congregado una multitud, sufragistas, el alcalde del distrito, el escritor George Bernard Shaw, socialista de oficio, y la escritora Charlotte Despard, de profesión feminista. El alcalde es un obrero, un sastre, un sindicalista. Ha conocido la miseria de cerca y gasta un bigote imponente, grueso en la base y fino como un alambre en las puntas, que sobresalen de las mejillas. Tiene además dos hermanos al otro lado del Atlántico y no cobra ni un céntimo por ejercer su cargo, como él mismo pregona con cierto orgullo. La Historia lo llamará Walter, Bill o William, de forma indistinta; pero la Historia es mucho decir, y por lo pronto, en esta tarde lluviosa de un sábado en la orilla sur del Támesis, el alcalde del distrito de Battersea asegura ser consciente de la trascendencia del acto que va a consumar. El Consejo ha recibido muchas amenazas, pero no se ha dejado doblegar. Era esperable, pues Battersea es algo más que un punto en el mapa a medio camino entre Chelsea y Clapham, es también una guarida de rebeldes: rojos,

republicanos, autonomistas irlandeses, feministas, enemigos de las colonias y del exterminio animal, la chusma al completo, en resumen. Esta reputación es bien conocida en todo el reino. Actúa, pues, sigue diciendo el alcalde, en favor de los intereses de la humanidad y el mundo animal. Basta de extravíos científicos y basta de tartufos. ¡Sí, señores cazadores! ¡La tortura será un horror, pero bien que siguen ustedes matando animales con sus queridos fusiles! ¡Sí, señoras, ya podrán hacerse las mojigatas, pero bien que lucen sus vestidos de foca y sus sombreros de plumas! El alcalde tira entonces de un cordel y un paño se desliza y cae al suelo mojado para descubrir la estatua de un perro, sentado muy ufano en lo alto de una fuente. El conjunto, de bronce y granito rosa pulido, lo firma un tal Whitehead. Dos metros largos de la base al ápice.

La placa honra en inglés la memoria del perro marrón fallecido en los laboratorios del University College. En ella se puede leer: «Hombres y mujeres de Inglaterra, ¿cuánto tiempo durarán estas cosas?».

El lenguaje de la histeria, que dirá un gran periódico.

La prensa había anunciado que los estudiantes de medicina acudirían a plantar cara y amedrentar al público. Pero los niños cantan y el exalcalde local es el primero en usar la fuente. No habrá tortas esta vez. Ni se oirá una sola queja por parte de la universidad.

Los días suman semanas, y las semanas, meses.

Desde lo alto de su pedestal, el perro contempla apaciblemente a los transeúntes. La gente se refresca con el agua de su fuente y el reino pasa página. ¿Qué otra cosa cabía esperar? No es más que un perro entre tantos otros liquidados del mismo modo. Nada más que un pobre chucho rescatado de su anonimato por un par de extranjeras estrambóticas, un roto remendado en el acto, un granito de arena escupido y olvidado para siempre.

Los meses suman ya un año. Al otro lado del Canal, Jaurès se pronuncia contra la explotación del hombre por el hombre. El mar que los separa priva sin duda al perro del placer de oírle decir que el capitalismo es el mundo de la guerra permanente, y lleva razón, por descontado, la ley del beneficio es el régimen de la muerte, el régimen ordinario de la muerte ordinaria.

Imaginemos, pues.

Imaginemos que el mar se convierte en tierra firme y el perro regresa de entre los muertos. Que la tierra se retrae y el perro oye el discurso de Jaurès. Pero no vayamos más allá: puede que los perros no estén particularmente dotados para la metafísica, y es en la metafísica, según Jaurès, donde se encuentra la clave de la vieja cuestión que atormenta a los grandes simios que somos. Es posible que los perros no presten mucha atención a todos estos asuntos del alma y del ser, en

efecto, pero el caso es que la física -lo sólido, el papeo, lo palpable- les basta para entender la farfulla del habla francesa. Y es que, en el pensamiento de ese ser humano, al que uno de sus congéneres matará «como a un perro», hay un boquete que aspira la mitad de sus palabras: esa paz que sueña para los hombres y las naciones seguirá siendo un sueño mientras chapotee en la sangre de los animales. Tan lejos se pierde su visión que no percibe el suelo que pisa. Y así hemos llegado a un viernes.

Un viernes de noviembre, día 20 del año 1907. Cabe preguntarse por qué aquel día y no otro, por qué no el jueves de la víspera o el sábado del día después. Pero así son las cosas, y es un viernes cuando aparecen entre la espesa niebla que anega la capital siete estudiantes de medicina armados de una palanca y un mazo. El cabecilla tiene veinte años, un papaíto al frente de una empresa y un destino prometedor: un decenio más tarde será abatido por un obús de mortero en Italia. Pero por lo pronto el joven tiene toda la vida por delante y un fondo de insidia en la mirada. Un mocoso con la facha de sus ideas. Hace unas horas ha convocado una reunión para definir el plan de ataque. Los refuerzos al final han fallado, pero qué más da, uno de ellos se adelanta, barra de hierro en ristre, y golpea la estatua con la intención de romperle al perro las patas delanteras. El bronce encaja el golpe, pero empieza a mostrar signos de debilidad. De pronto se oye un grito y los estudiantes huyen por piernas.

El cabecilla no tardará en regresar, esta vez por su cuenta, ansioso por saber si funciona el sistema de alarma del monumento que anunciaban los periódicos. Pero al llegar a la zona recreativa del distrito descubre a una veintena de estudiantes de medicina al pie de la estatua: los refuerzos. Uno de ellos se lanza sobre la bestia de bronce, le atiza un martillazo y a punto está de repetir el golpe cuando lo prenden dos policías que parecen haber surgido de entre la niebla. Puede que Scotland Yard haya pedido a la policía local que refuerce la vigilancia en torno al monumento, pero esos dos no están de servicio: sus hijos han visto a los vándalos cuando volvían de la escuela y al llegar a casa han avisado a sus padres. En medio de la niebla, la desbandada.

Serán nueve, incluido el cabecilla, quienes acudan a la comisaría para pagar la fianza del detenido. La policía escuchará pacientemente lo que tengan que decir y los meterá luego en la misma celda. El detenido rezongará. ¡Tenía tantas ganas de romperle las patas al maldito chucho! ¡Quinientos, deberían haber sido quinientos al plantarse en Battersea! A la mañana siguiente se declararán culpables, harán constar su arrepentimiento y confesarán que querían defender el maculado honor de su institución docente. El magistrado les exigirá cierta suma de libras y chelines y agregará que, en caso de

reincidencia, la pena será de cárcel.

Publicado el veredicto, la razón se perderá en nombre de sí misma.

Los estudiantes toman la calle de inmediato, se suben a los tejados, danzan en torno a banderas y fogatas; al día siguiente llegan a centenares de todos los barrios de la capital y marchan hacia la universidad llevando estacas con falsas cabezas de perro y una efigie de tamaño natural del magistrado; gritan que hay que colgarlo, al magistrado, y claman contra el perro marrón; los bramidos van en aumento, los aplausos llegan a estremecer las nubes, los estudiantes son ya un millar, una avalancha imparable de vísceras calientes; en Trafalgar Square la policía les planta cara pero abren una brecha en la barricada, se abalanzan sobre el cordón y corren a centenares por el centro de Westminster, bloqueando el tráfico, desfilando por las calles; los policías, otros policías, intentan detenerlos, pero fracasan de nuevo en el intento, y la multitud vibra envalentonada, las vísceras cobran entonces nueva vida, agitan bastones, blanden sombreros y gritan sin parar, cuelgan la efigie del magistrado de una reja y le prenden fuego, muerte al traidor, al inmundo defensor de perros y fulanas, pero el fuego no prende a pesar de su nombre lleno de promesas -¡fuego! ¡y habríamos dado cuenta del traidor!-, así que lo arrojan al agua, se oye algo parecido a un pluf y de sus bocas se escapa pese a todo un gran rugido de alegría; la multitud reemprende su camino hacia la universidad, donde aguardan cuatrocientos policías en formación, ahora sí preparados, de modo que la multitud vuelve a convertirse en la suma de sus individuos, que han cobrado repentina conciencia de que cuatrocientos agentes no son pocos y esperan a otro día para retomar la protesta; llevan en alto un perro disecado, golpean con él a los transeúntes y anuncian una gran manifestación en contra del maldito perro el próximo martes 10, ¡vengan!, y en la ciudad venden pañuelos con la fecha del acontecimiento, ¡no falten!, ¡vengan a protestar contra ese sucio perro embustero!, y para crear un poco más de revuelo a la espera del gran momento -nadie lo dice pero todo el mundo lo susurra: van a derribar la estatua de Battersea-, irrumpen en medio de una reunión de sufragistas y arrojan sillas, tiran mesas, cortan una oreja; porque acusan a las feministas de estar todas conchabadas con el perro, y no van tan errados, pues las mujeres que luchan por el voto no acaban de entender que los hombres no se contenten con declarar sus guerras, parir sus leyes y violar a sus mujeres, y tengan que descuartizar además a cualquier animal que se cruce en su camino; lo que muchas de ellas sí entienden, en cambio, es que la fuerza viril que se ceba en el cuerpo de las mujeres y en el de los animales es la misma, que esa fuerza considera a la mujer una perra y a los animales parte de su patrimonio, que es esa fuerza la que decide qué merece vivir y qué merece morir y sobre todo en qué

lugar, y la que se adueña de la carne a punta de falo o de pistola. Instruidas en este conocimiento adquirido en la sombra y en la herida, estas mujeres abren la noche de par en par con su clamor: ¡la sangre se acaba donde empezamos nosotras!; luego, como se rumoreaba, la multitud se agolpa en torno a la estatua para sumar un nuevo fracaso: hay demasiada policía y el perro está a salvo en su cubil de Battersea, porque es *su* cubil, es un hecho reconocido desde que el animalillo comenzó a contemplar desde su pedestal a los transeúntes de la eternidad; los porrazos vuelan a diestro y siniestro, los estudiantes y la policía se reparten su buena ración de hostias y los exaltados locales se enfrentan a los estudiantes, los atrapan y los llenan de barro, los cascos de los caballos de policía resuenan en la capital, los cuerpos se doblegan, un estudiante de medicina se cae de un tranvía y qué se le va a hacer, dicen los obreros, qué se le va a hacer, será mejor dejarlo ahí, no haberse metido con nuestro perro.

El reino no se lo explica.

Al fin y al cabo, matamos animales cada día y el Támesis no ha dejado de fluir. ¿Por qué motivo habrían de ser nuestros días distintos de los de antaño? Cada día se desloman los caballos en la brecha y se lanzan al ruedo los gallos de pelea, se persiguen zorros en la espesura del bosque y se llena de plomo a los faisanes, se come tocino en familia y se sacrifica al galgo lisiado en la carrera, se fustiga a las muías por los caminos y se pesca con mosca los domingos. Muy pocos encontrarían algo que objetar. Y esos pocos, ¿quiénes son para discutir la palabra de Dios? Sojuzgar la tierra y señorear en los peces, las aves y todo lo que se arrastra, Dios lo tiene bien claro, lo dejó incluso por escrito. Así que sojuzgamos, señoreamos, nos sentamos a la mesa y abrimos a los perros en canal: en definitiva, el reino no acaba de entender.

Puede que la cosa esté en que esta muerte ha sido formulada abiertamente y sin tapujos. Esta vez se ha nombrado la carne desgarrada y se ha mentado a quienes la desgarran. Ya no se trata de una masa informe borrada por sombras anónimas, sino de un perro marrón de seis kilos, un hombre que fuma en pipa y un sonriente profesor. Se ha expresado en palabras la batalla que libramos: se ha dicho, pues, lo imperdonable. Las palabras no sirven para describir las particularidades de cada rostro, la singularidad de cada vida, la unicidad de cada espíritu; sirven para hablar de animales, de peces, de ganado, de aves o de carne. Para hablar del mundo a montones. Porque los montones no existen.

Londres se alza entonces contra el perro que ha desafiado el orden del mundo a montones.

Londres hierve entonces de rabia: Chucho, cómo te odiamos, cantan a coro los agitadores.

Hemos hablado de las tres mujeres, hemos hablado de las mujeres que luchan por todas las mujeres, pero no hemos hablado lo suficiente de los hombres que luchan por lo que ellos llaman la humanidad. Porque se trata de una larga historia. El perro era un lobo, y los lobos no eran ninguna broma. Hubo que fortalecer los vínculos y construir cabañas, con lo que la especie articuló su lenguaje. Luego hubo que cocinar la comida, ahuyentar a las fieras y alargar el día, con lo que la especie domesticó el fuego. Hubo entonces que hacer entender la ley, los hechos y las cifras de las ciudades florecientes, con lo que la especie descubrió la escritura. Hubo que atravesar la carne del enemigo con más fuerza, con lo que la especie construyó el cañón. Y cuando la especie tuvo todo esto, las palabras bien dispuestas en la laringe, el fuego domesticado en el hogar, las frases cuidadosamente envueltas en pergaminos de piel y los cráneos inoportunos perforados a distancia, la especie no ocultó su orgullo. Aun así, no se le escapaba que algo chirriaba: ¿cómo es que el señor no ve que no posee más que dos pulmones, dos riñones, dos ojos y dos orejas, igual que el siervo? En casi todo el orbe, la especie se puso a darle vueltas a la cuestión. Y algunos de nuestros congéneres comenzaron a pasearse de un lado a otro, meditativos, hasta que llegó el gran día. Tal vez fuera un paso más importante que el propio fuego. Pronunciaron una palabra, porque había que escoger una y hacía tiempo que sabían articular y escribir palabras, y esa palabra fue «socialismo». No sabían que la palabra aquella correría por los cinco continentes y sublevaría a los seres humanos hasta tal punto. La palabra sería cuestionada por sus propios partidarios, claro, y los más eruditos volverían a pasearse de un lado a otro. Pero eso es lo de menos, puesto que la especie disponía por fin de una palabra capaz de poner el mundo patas arriba y contener para siempre toda la sangre de los siglos, de los dioses, de las guerras, de los palacios, de las razas, de las banderas, de los comercios, de las fábricas, de las minas y de los burdeles.

En ese año de 1907 los socialistas son marxistas, fabianos, sindicalistas, laboristas o anarquistas; es decir, que algunos quieren la revolución de inmediato y otros piden cierto tiempo para las reformas, y ambos bandos riñen hasta el amanecer, aunque a la postre están de acuerdo en lo esencial: basta ya de tanta sangre. Un perro no es un obrero, desde luego, ni es la clase unida que acabará con la ley del oro, pero a un perro no se le mata de esta manera. Mentiríamos si dijéramos que a nadie se le escapa una media sonrisa burlona -¡sollozos de damas ociosas!, ¡compasión para eunucos!- o que no hay quien ensalce la fuerza bruta como la vía para construir el futuro, pero el hecho es que en Battersea se organiza entonces un mitin en favor del socialismo y del perro. Que es también un mitin en contra: en contra de la gente que lo mató o se lava las manos, las grandes

cátedras, los grandes periódicos y los grandes edificios de piedra. Pareciera que el perrito aquel encarna la lucha de clases al completo.

Al día siguiente de los disturbios, Lizzy Lind-af-Hageby toma la palabra en público. Los estudiantes, doscientos según dicen, se aprestan a silenciarla: tiran petardos, lanzan bombas fétidas, tocan la trompeta, cantan chucho, cómo te odiamos, tratan incluso de darle un beso. Las sillas se parten, la ropa se desajusta, los palos dan paso a los gritos y los sombreros acaban pisoteados.

Al cabo de cinco días Lind-af-Hageby retoma la palabra: más de lo mismo.

Y dirá: lo que aquí está en juego no es otra cosa que el combate entre la emancipación de las mujeres y la dominación de los hombres. Y dirá: el progreso social, la causa de las mujeres, el rechazo a comer carne muerta y armar a las naciones en el frente, todo ello va de la mano.

Esta mujer llegada de otras tierras ve más allá que la especie de su tiempo. Luego, principiado ya el año 1908, el reino se recompone.

La Cámara de los Comunes reabre el expediente. Se discute el coste de seis policías encargados de proteger la estatua a diario. Se apela al ministro del Interior. Aparece un artículo en el *Times*. En el Ayuntamiento de Battersea se debate la cuestión. Millares de personas se congregan para debatir los debates. Decenas de miles de perso-ñas firman un texto en el que juran que no cederán jamás ni un ápice. Pasan dos años, que son más días de los que cabe contar con los dedos, hasta que el consejo toma su resolución: se acabaron los turnos de guardia, las multitudes y las batallas campales; poco antes de que el alba amarillee en el cielo de marzo, retiran la estatua en secreto.

Dicen que un herrero la fundirá.

Y, a fin de cuentas, el reino lo olvidará.

Pero el olvido no es más que una fuerza que prevalece sobre otra durante un tiempo. Y dicen que setenta y cinco años después, cuando el mundo ni siquiera recuerde haber enterrado a la mujer que amaba el olor de la pinaza y al hombre que fumaba en pipa, unos cuantos humanos erigirán una estatua de bronce en Battersea. Dicen, en fin, que será un perro: el perro. Y dicen la verdad.

SEGUNDO PANEL

La posibilidad del pogromo queda establecida desde el momento en que la mirada de un animal mortalmente herido se cruza con la del hombre. El empeño que este pone en evitar esa mirada -«no es más que un animarse repite fatalmente […].

THEODOR W. ADORNO

Un río flanqueado de pinos, robles y juncos, que nace en las cumbres para desembocar en uno de los océanos de nuestro planeta. Mediado su curso, el río bordea una ciudad; al noreste, una especie de institución lleva el nombre de la ciudad que bordea el río. Una torre espantosa, repleta de campanas, proyecta su sombra sobre el terreno que domina desde una altura de casi cincuenta metros. La ciudad se llama Riverside y en ella trabaja un hombre desde hace dieciséis años.

De ese hombre sabemos poco.

Sabemos que se sacó su primer título en Connecticut el año en que las fuerzas aéreas de su país cosechaban miles de cadáveres vietnamitas en nombre de la democracia; que se sacó otro título en algún lugar de Minnesota; que su mujer lleva el nombre de una santa cristiana decapitada por un emperador romano; que publicará cuatro libros y más de sesenta artículos; y que le llegará un ascenso el año en que su país despliegue treinta mil soldados en Kuwait. Pero todo esto revela bien poco de la carne en acción. Del tejido del alma. De la metafísica.

Dicen que publicó uno de sus libros por encargo de una fundación y que en sus páginas abordaba con singular maestría la ceguera y el desarrollo durante la primera infancia. Dicha así, la cosa no carece de mérito. Que nuestro hombre no es ningún idiota es un hecho del que nadie duda en la ciudad: ser profesor de psicología y decano de la institución en cuestión es todo un honor, incluso, y permite tamborilear con el índice en un micrófono ante el personal de la OTAN, por ejemplo, o posar trajeado sobre un fondo gris que hace juego con las rayas de su camisa. Lo sorprendente es que maltrate de semejante manera las palabras que encuentra en su camino. Y eso que

el hombre maneja de maravilla la redonda y la cursiva, los pies de serifa, los arcos y los bucles. Pero las palabras que escribe -conocimiento disponible, estudios realizados, progreso cognitivo, comprender el mundo, poner un concepto en práctica- no dicen absolutamente nada de lo que tendrían que decir.

En esta institución, que recibe el nombre de universidad, se trabaja por el bien común, como hace él. Se innova, se educa a ingenieros y empresarios, se afrontan los retos del mañana; en definitiva, se hacen proyectos. Es esta una palabra muy apreciada en el lugar: proyecto. Nuestro hombre los tiene a espuertas.

Nada nos impide echar un vistazo al protocolo al que dedica su tiempo últimamente: examinar el desarrollo conductual y neuronal de los animales criados con un dispositivo de sustitución sensorial, ese es su enunciado preciso. No estamos hablando de Whitman, desde luego, pero al menos eso de «criados» tiene cierto aire de porvenir.

En la copia a la albúmina se puede apreciar el perfil de otro hombre. Se diría que le han pegado cerca de las orejas todo el pelo que se le ha caído de la cocorota. Es el autor de los *Principios de filosofía zoológica* y fue él quien bautizó a los animales que se mencionan en el protocolo de nuestro decano de Riverside. *Macaca arctoides*. Llamémoslos macacos rabones, por comodidad. Corría entonces el año 1831 y Riverside ni siquiera tenía nombre: praderas, matas de romero bajo capas de cielo y orines de coyote. E indios, también. Pero al decir de quienes llegaban de Europa, aquellos indios podían equipararse a los perros, los gorilas y los asnos. A veces proponían alguna variación y los comparaban a los jabalíes, los lobos y los cerdos. Eso lo decían al calor de una copa de vino o en las columnas que aparecían en los periódicos de la mañana. Y es que los humanos de piel blanca habían tenido una idea extraordinaria: en el mundo está por un lado la Naturaleza, que bulle y teje historias inciertas en la noche, y por el otro el Hombre, que es la medida de todas las cosas. Era aquella una idea entre tantas, pero gozaría de cierta fortuna. La aceptación en el círculo había que ganársela: uno no se hurtaba a las leyes de la pulsión, el apetito y las estaciones sin cumplir dos o tres requisitos. Había que organizar los pensamientos nobles y alejar del círculo todo lo demás, toda la maraña de lianas y ballenas, el montón de hojas y babuinos, el revoltijo de algas y plancton. Uno ya no podía tratarse con el mundo de antaño, ahora había que pasar de largo sin un saludo, sin siquiera una mirada de reojo: sabíamos latín, alzábamos al cielo los mástiles de las carabelas, plegábamos el tiempo a la precisión de los relojes. Puede que las gentes de antes de Riverside fueran también seres humanos, eso era objeto de debate, pero nuestro círculo velaba por la seriedad de la curva que lo encerraba. Con el genio no se juega. Se afirma así que los

animales no valen un ardite; se ruega a los doctos que dividan a la especie en sus razas; se expulsa del círculo al pelagatos y al bellaco, junto al animal y todo lo que pulula por los bosques, los desiertos y los mares. Nadie habría sabido determinar lo superior y lo inferior en el seno de nuestra especie ni edificar toda esa arquitectura instruida y vacua sin el animal: para poder tachar a un ser humano de animalesco primero había que degradar al animal. Establecido el parentesco, nada impedía matar a aquel como se mataba a este. El navegante de la gran reina aseguraba que tenían buen corazón, los indios aquellos, pero a la postre la bondad carece de seriedad. Así que les cosieron el pellejo de viruela y de plomo, ordenaron dispararles como en una partida de caza y descuartizarlos como un carnicero, y por fin tuvieron la cabeza despejada para plantar sus ranchos, sus iglesias, sus naranjos y sus ferrocarriles. Un trabajito bien hecho.

Macacos rabones, decíamos.

Sabemos que no se cansan de comer frutas y flores. Que son originarios del más grande de los continentes y suelen caminar a cuatro patas. Que pesan entre siete y quince kilos, según su sexo, y miden medio metro, poco más o menos. Que tienen los ojos redondos como canicas, una nariz larga y chata con las aletas puntiagudas, las mejillas hundidas y un pelaje espeso que no sabemos si habría que calificar de pardo o de rojizo o de otra tonalidad.

Para llevar a cabo su proyecto, el decano cuenta con veinticuatro individuos de esta especie. No se dice cómo nacieron en la Universidad de California, se apunta únicamente que son lo que se llama una colonia: se compone de cinco grupos de cuatro, criados desde su nacimiento hasta los tres meses de edad, y un sexto grupo de individuos criados hasta los seis meses. Según consta en el protocolo, se trata de evaluar, entre el 30 de septiembre de 1984 y el 31 de marzo de 1988, el funcionamiento de un sonar electrónico, el Trisensor Aid, también conocido como TSA. También se dice que es una versión perfeccionada del Sonic Guide, un pequeño dispositivo que se acopla a las gafas para mejorar la movilidad de los invidentes.

Así pues, a una hora a pie desde el río donde seguro que los indios lavaban su ropa, se ha cegado a una parte de la colonia de macacos rabones para realizar un estudio de las áreas visuales, auditivas y motoras del córtex. Con tal fin se les conecta a unas máquinas, activas pero silenciosas a unos, inactivas pero ruidosas a otros. A los monos que han conservado la vista se les coloca un sensor. Se realizarán pruebas comportamentales, como establece el protocolo, y concluido el estudio los primates serán sacrificados. El protocolo desvela por fin lo siguiente:

la experimentación no ha podido llevarse a cabo en seres humanos. Pero el mono nos viene de maravilla: es la naturaleza, eso que bulle, el

exterior del círculo.

Uno de los macacos tiene nombre. Britches. Digámoslo, puesto que Britches no tardará en alterar un poco el armazón del mundo. En la lengua de nuestro decano maltratador de palabras, el nombre viene a significar calzas, que darán pie a los calzones y luego a los pantalones.

Dicen que Britches vino al mundo en marzo de 1985 en una colonia de cría de la institución. El proyecto de nuestro hombre se lo arrebató a su madre nada más nacer. Luego el día desapareció bajo sus pequeños párpados cosidos, porque el equipo del proyecto -no se dice si se encargó de ello el propio decano o alguno de sus ayudantes- le incrustó un sonar en la mitad superior de la cara: el aparato parece una granada, la clase de granada que los franceses arrojaban a los alemanes para hacerlos papilla y los rusos llaman *limonka*.

En ese momento, Britches tiene cinco semanas y Val acaba de llenar el depósito. Revisa los neumáticos. También el aceite. No está acostumbrada a esos cochazos de lujo. Val no conoce al decano de la universidad; solo sabe cómo se las maneja con las palabras. Que su «conocimiento disponible» basta para coserle a una de rabia el corazón. Son las once de la noche, el cielo despliega sobre California su llanura de carbón y Val pone rumbo al Beverly Hilton. El hotel tiene treinta años; ella alguno menos, quizá. Cuenta con un jardín de palmeras y varias ristras de ventanas y cuesta lo que vale. Pide que le aparquen el sedán gris en el parking y se sienta a esperar en un rincón apartado del establecimiento: piensa en la represión que se les viene encima, en los compañeros que han caído en manos de la pasma y la fiscalía. Cuarenta minutos se le escurren en tales pensamientos. Vuelve entonces a su vehículo, como planeó el Frente, y se dirige a una zona residencial de las afueras de Santa Mónica, a siete u ocho millas de allí, en la costa. El océano se transmuta en cielo sin darse ni cuenta; todo está en calma. Val pasa junto a un banco, una tienda de antigüedades, una lavandería. Mira la hora: van a dar las doce de la noche. Pasa por allí un coche de policía. Dicen que Val parece una bailarina, que su pelo es como el sol. También dicen que no tardará en ser buscada por el FBI y la Interpol, fichada como terrorista internacional.

El cochazo fue un hallazgo de Josh, que no es su verdadero nombre, sino su alias de la resistencia; igual que Val, dicho sea de paso. Cuando lo vio por primera vez, Val no entendió el porqué de una carrocería tan llamativa: si dan la alarma, que la darán, habrá que salir del estado con Britches de pasajero, le dijo Josh, y un coche de rico pasará mucho más desapercibido. Val admitió que en eso llevaba razón, que la mirada que la policía posa en la riqueza no tiene la menor pretensión de objetividad: ella fue policía, con lo que sabe un par de cosas sobre la profesión.

La fecha es el 20 de abril. El Departamento de Justicia de EE.UU. no considera aún que el Frente de Liberación Animal sea una de las amenazas terroristas más serias a las que se enfrenta el país y la universidad de nuestro decano no presume aún de ser una de las más «inclusivas» del prestigioso sistema educativo californiano. Tiempo al tiempo. Y el tiempo es algo que Val tiene muy presente ahora mismo.

Las doce.

Val piensa en Josh, en los camaradas, en Britches y en los setecientos animales cautivos que languidecen a una hora y media en coche de allí. En qué orden, no se sabe, es muy posible que todo se entremezcle en su interior. Que en la noche sembrada de estrellas el alma se le anude como las tripas. Y además le duele el pie, por un accidente que tuvo en otra operación.

Las doce y media de la noche. Josh ya debería haber llegado.

Hace cuatro o cinco meses liberaron clandestinamente a algo más de un centenar de animales de un centro médico especializado en el tratamiento del cáncer, la diabetes y el virus de inmunodeficiencia humana. Gatos, roedores, conejos, una treintena de perros de caza. El fondo del infierno allí reunido y mantenido en el más absoluto secreto. El centro médico aquel también tenía su comercio peculiar con las palabras: se llamaba «la Ciudad de la Esperanza».

Hacer el mal para curar el mal, dicen que la idea encontró un día el abono para germinar en la mente de dos o tres humanos. No se sabe a ciencia cierta cuándo sucedió, solo que fue antes de que llegara Jesús para instarlos a amarse como él los amaba. Científicos, filósofos, grandes manipuladores de la materia y el enunciado. Cabía esperar que la idea en cuestión fuera prontamente descartada como un desatino, una bobada o una chifladura y relegada al olvido, pero no, a sus dos o tres promotores iniciales se sumaron unos cuantos humanos más, a los que eso de hacer el mal para lograr el bien les pareció una idea digna de tal nombre. Es más: un tipo con una pajarita enorme que deslumbraba a sus interlocutores acabó por escribir que la idea tenía valor moral. Y no es que el hombre hubiera perdido el juicio, no, hasta lo nombrarían senador y tendría su funeral de Estado, llegada su hora. En aquel tiempo a los perros los mataban con el pleno respaldo de la ley, envenenándolos, endilgándoles hemorragias bronquiales, infecciones pulmonares y dolores de toda clase que les cocinaban a fuego lento en la boca, el esófago o el estómago. Y a quienes denunciaban los crímenes de la ley los llamaban criminales. Terrorista es una palabra con mucha trampa.

Val debería estar con Josh a esas horas. Pero su pie, pero el dolor. Josh dijo que iba a haber que trepar, sacar los aparatos de aire acondicionado, derribar puertas y sortear a los guardias de seguridad. Val hizo un sinfín de llamadas para encontrarles un hogar a los

prófugos inminentes. La de veces que le dijeron que los monitos y los humanos de la misma edad y tamaño son tan parecidos que la persona con la que debía hablar era un pediatra. Hasta que la encontró: la doctora acababa de regresar de un viaje a Venezuela y le prometió acogida y silencio. Dicen que se llama Bettina Flavioli, que está jubilada y vive cerca de los desiertos de Utah. Si se ha involucrado es porque cree que la medicina consiste en salvar vidas y no en segarlas; que la ciencia no es la gran renuncia ni el descontrol total; que la razón no es el ojo helado del verdugo.

Josh le advirtió a Val que era la operación más ambiciosa del Frente, que esta vez eran setecientas vidas las que había que rescatar. Val le preguntó si estaba de broma y Josh dijo que no. No era ninguna broma; había contado también a las monas madres con el pecho acribillado de pinchazos, los pájaros encerrados y sometidos a descargas eléctricas, los gatos con los ojos mutilados, las palomas y las ratas hambrientas, los ratones con los huesos rotos. Por muy bonitos que sean los edificios, le dijo, es la casa de los horrores. Valerle se preguntó entonces qué clase de hombre podría hacer tales cosas y luego volver a casa para cenar con su mujer y sus hijos: la clase de hombre a la que solo nuestro decano podría pertenecer. Que sea hombre o mujer no es la cuestión, respondió Josh, hay también una mujer trabajando en el proyecto y es dura como una roca.

En la página de agradecimientos de una obra más bien oscura puede hallarse una alusión a la amable hospitalidad del decano. Nadie en la ciudad la habría puesto en duda, por lo demás. Con ayuda de una fotografía o dos podríamos cuestionar esa mirada clara, esas mejillas marcadas por la cuperosis, esos caninos curiosamente puntiagudos en el intersticio de una boca de labios parvos, esa gran frente adornada apenas por un mechón gris, esa raya trazada con esmero a la izquierda del cráneo, el óvalo indeciso del rostro entregado únicamente a la indolencia de la piel brillante en la punta de la nariz: hay cierta doblez en el esbozo de esa sonrisa, hay algo cauto, ladino en ese rostro que se olvida tan pronto se ve. Podríamos prestarnos incluso a ciertos juegos de la imaginación: elaborar la hipotética lista de nombres de pila de los retoños que no ha dejado de traer al mundo; preguntarnos si vota al partido demócrata o al republicano y si comparte con Reagan la íntima convicción de que la Unión Soviética encarna el imperio del mal; tratar de averiguar si tiene una opinión sobre el creciente déficit comercial del país, si es el orgulloso amo de algún perro de raza y si tolera su presencia en el sofá del salón, o si tres meses antes de abordar su proyecto fue al cine a ver la película sobre el hampa y el gueto y el tipo con ese apodo extravagante, Noodles, eso es, antes de confiarles una sola palabra a sus colegas. También podríamos renunciar a todo ello, a la ilusión

biográfica, la psicología, la narración individual y el sujeto soberano: nuestro decano ya podría llamarse John, Jack o Lester, que eso no cambiaría nada en el entramado del mundo, un entramado que seguirá contando con el Hombre meritorio, los adláteres y los bellacos, los bichos y las malas hierbas.

Fue un estudiante universitario quien reveló la presencia allí de cientos de animales a una organización que leyó al hombre indio de pelo azabache y al hombre llamado Luther King, y, alimentada por las palabras de ambos, lucha por los animales en su totalidad. Un miembro de esa organización era también miembro del Frente, y fue así como Josh se enteró. Y supo de Britches. De eso hace ya tres semanas y a Josh le pareció entonces una obviedad: la Tierra no podía seguir dando vueltas con un niño ciego en una jaula. Pero para romper la continuidad hubo que esperar a que la clase terminara, se recogieran las sillas y las mesas y los edificios quedaran desiertos.

El coche de policía vuelve a pasar; Val cierra los ojos, son ya las dos.

No deja de preguntarse si sus compañeros le han fallado, si continuará el martirio de los animales en aras de la medición universal. Trata entonces de reconducir sus pensamientos a otra parte, donde los humanos pueden hallar a veces un poco de luz, donde la sangre ya no está a la orden del día: ¿qué regalo podría hacerle a su pareja en Navidad? Es verdad que faltan aún ocho meses, pero teme ahora a aquellos a los que se unió hace tiempo, convencida de que trabajaba en pro de la justicia. Porque la policía es el Estado y el Estado concede toda clase de créditos a los torturadores. Dicen que su trabajo le hacía ver el mundo en blanco y negro; desde su dimisión ha ¡do distinguiendo lo que hay en él de claroscuro, de penumbra, de borrón. Ha descubierto así la naturaleza moteada del mundo: sirvió a la ley, y ahora la desafía.

Su pensamiento se ha proyectado hace un momento más allá de las festividades junto a su amado: se ha imaginado a sí misma de anciana, dando de comer a las palomas en algún parque de Washington, rompiendo el hielo de la fuente para darles el agua que no saben pedir con palabras. Son siempre un blanco de las mofas, esas viejas damas resecas con sus vestidos de baratillo. Pero ese, ha pensado a modo de conclusión, es un futuro que depende de un único requisito, el de no pudrirse en el talego como fundadora de la rama americana del Frente de Liberación.

Val no sabe que el grupo ya está en la ciudad de los naranjos. Son dieciséis, han desactivado el sistema de seguridad, llevan pasamontañas oscuros, guantes y batas blancas. Uno de los camaradas filma la operación. Algunas de esas cintas se difundirán dentro de poco: en ellas se verá a tres miembros del Frente sacando una puerta

de sus goznes mientras los demás se apresuran a mover unas carretillas. Val tampoco sabe que ya han localizado a Britches. Solo, con la boca atada por todas partes, abrumado por el sonar verde. La máquina emite ruidos estridentes a intervalos de pocos minutos. Otra máquina imita las mamas de la madre ausente. Su cuerpecito se mueve desquiciado por la jaula de hierro; trata de mamar compulsivamente de la máquina; sacude la cabeza; un cordón se eleva sobre ella. Uno de los camaradas lo toma en brazos con sumo cuidado y le acaricia la piel magullada. El aparato le pesa en la nuca; mueve los débiles dedos rosados; también los labios. Josh lo ve todo a través del pasamontañas. Antes de irse, y después de reducir a escombros setecientos mil dólares en equipamientos, sacan la pintura y escriben FREE junto a las iniciales del Frente.

Provocar al Estado no entraba, sin embargo, en los planes de futuro que Josh se había marcado. Atrás quedan para él veinticinco años de servicio en la marina estadounidense. Todo un mundo extraño de portaaviones que alcanzan los treinta y tres nudos, de cruceros ligeros de siete metros de calado, de submarinos de propulsión nuclear, de acorazados con ocho calderas de fueloil y cañones de 16 pulgadas de diámetro. Un mundo en el que a uno le inculcan los valores fundamentales, los intereses nacionales y la lealtad a la Constitución. Hasta que un día su camino se cruzó con el de Val y ella le preguntó si estaría dispuesto a alistarse en el Frente.

A veces, el oficial retirado cita al jefe nativo Seattle, de la tribu Duwamish. A veces asegura que corre por sus venas más agua salada que sangre. Y es que desde la infancia conoce el mar y las embarcaciones que lo surcan, conoce la navegación y todos los secretos de la mecánica. Dicen que lo enviaron al golfo de Tonkín para participar en misiones de desminado. El ejército capturó delfines y los empleó para conseguir sus objetivos. De eso hace ya veinte años; Josh entonces no era más que un crío: la guerra escalaba y su país se había propuesto aniquilar a todo un pueblo. Una especie de tradición nacional. Decían que aquel pueblo no valía más que los indios: eran termitas, declaraba un general.

Una tarde, mientras Josh paseaba con Val por una bahía de la Costa Este, se preguntó por qué a los humanos les habría dado por arrasar los bosques para erigir centros comerciales. Josh es de constitución atlética, su cuerpo es imparable cuando sus músculos se tensan, pero corren por su pecho senderos de miel. No se los enseña al primer curioso que pasa; para ello es preciso domeñar al hombre de manos fuertes. El mar, añadió, es un cúmulo de sonidos, de colores, de fragancias. Su sitio está a bordo de un barco, su vocación es un punto perdido entre el cielo y las aguas en calma. Allí, en la inmensidad azul, Josh vive feliz en el cumplimiento de su deber humano: observar

las tortugas, los peces, los pájaros.

Son ya las tres.

En la mente de Val se agolpan las imágenes de sus compañeros sorprendidos con las manos en la masa. Se imagina a Josh temblando de rabia, sometido al cacheo. Ve la luz descarnada de las linternas proyectada sobre los animales.

Llega un coche; Val se hunde en su asiento.

Josh se asoma, abre la puerta. Es hora de irse. Deposita entonces una caja en el asiento del copiloto. Está sudando a mares. Saca una bolsa de su coche y la mete en la parte trasera del Mercedes. Herramientas. En cuanto cruces la frontera, las tiras. Val asiente sin decir palabra y Josh le tiende una pistola. Es un arma paralizante, le aclara, para defenderte, llegado el caso. Val se niega, pero Josh la ignora. Va, vete y cuídate, le dice, o algo por el estilo, y da media vuelta.

Josh recuerda que muchos de los soldados que habían combatido en Vietnam decían que los lugareños eran todos tontos de remate, con lo que bombardearlos era cuestión de ejercer una leve presión con el dedo, nada más. Pero lo que él vio allí fue el sufrimiento de un pueblo. Y el de los delfines, capturados y asesinados por su propia gente. Al cabo de veinte años, el deseo de darle a su vida una utilidad lo llevó a reflexionar sobre todo lo que había aprendido y asimilado: los valores, los intereses y la Constitución.

Val ya está en marcha; Josh también, por su lado, que es precisamente el opuesto. Le llegan ruidos de la caja del asiento delantero. Aguarda a poner unas cuantas millas de por medio antes de detenerse en un área de descanso. No cuesta imaginar la lentitud con la que despliega las solapas de la caja: ahí está Britches, sí. Su cabecita minúscula inclinada bajo el peso de ese sonar con aspecto de granada. Sus grandes orejas rosadas que sobresalen de las tiras adhesivas, su cuerpo tan pálido, sus frágiles brazos peludos, su piel irritada y cubierta de excrementos aquí y allá. No te preocupes, chiquitín, le dice. Te vamos a ayudar. Pone un poco de leche en un biberón y se lo acerca al mono, que se lo arrebata y se lo bebe de un trago. Val no puede distinguir su mirada, completamente oculta por los cachivaches, pero tampoco le hace falta para percibir la vida que renace. Le limpia el morro y el sol siembra de vetas doradas el estado de California. Puede que toda la belleza del mundo se concentre en esas dos criaturas que huyen por la interestatal 15.

Val desenrosca el termo de café. Bebe. No puede venirse abajo, el camino es largo. Llena el depósito de gasolina y oculta bajo un paño la caja de cartón. Britches dormita. Al rato vuelve a agitarse.

La autopista es una cinta sin fin. La cordillera festonea el horizonte. Algún que otro árbol al borde de la carretera proyecta su

sombra sobre el asfalto. Hay camiones cisterna y camionetas. Aquí y allá, nieve. Val ve unas flores, las primeras de la primavera; identifica los crocos y repasa en su cabeza los nombres de flores que conoce para no dejarse vencer por el sueño. Se adentran ahora en el desierto de Mojave. Un pedregal que se extiende hasta donde alcanza la vista. Los Ángeles. El ocre de la roca envuelve la carretera por ambos lados. Nevada. Bunkerville al oeste, más allá del río Virgin. Arizona. A la derecha de la carretera corre el río, interminable. A lo lejos, las montañas parecen pintadas de azul. En Littlefield el río corre a su izquierda. Utah. Le arden los ojos, eso es indudable. Tiene que frotárselos con una mano, un velo se forma sobre la córnea, parpadea y vuelve a parpadear. Su espalda es un amasijo de nudos, el termo está vacío y, para colmo, su maldito píe. Pronto serán setecientas millas. Algo así como doce horas seguidas de carretera en línea recta. Val deja atrás la ciudad de Provo y poco después llega al Gran Lago Salado.

Dicen que tiene entre cuatro y diez metros de profundidad: con eso bastará. Agarra la bolsa de Josh, sale del sedán y vierte su contenido. Las herramientas caen al suelo, la pistola va detrás. Piensa en Josh. Lo siento, dice. En la academia le enseñaron a disparar, a disparar a matar, a apuntar a la cabeza, al corazón, a evitar el temblor de las extremidades: es su pellejo o el mío. Pero luego logró hurtarse a la compañía de las armas, a su presencia. Desde entonces no ve otra cosa que violencia en esos artilugios de acero, violencia concentrada.

Salt Lake City, por fin.

Val no sabe aún que, de las setecientas vidas en juego, se han rescatado cuatrocientas sesenta y siete, además de la de Britches. Gatos, ratones, zarigüeyas, palomas, ratas, conejos. La policía ha encontrado una jaula llena de roedores en mitad del vestíbulo: no se dan más detalles, parece que con las prisas tuvieron que abandonarla allí. Tampoco sabe que la policía trabaja en el retrato robot de un compañero que durante la operación se ha cruzado a cara descubierta con un estudiante de la facultad. La prensa nacional se prepara para difundir el retrato en cuestión. Seguro que los medios no dejarán de recordar que el Frente lleva nueve años en activo; que nació en Gran Bretaña para combatir la caza; que no opera desde ningún centro ni tiene ninguna sede, ningún líder supremo. Informarán tal vez de que cualquiera puede unirse al Frente; de que cada una de sus células funciona de forma independiente. No es probable, por el contrario, que hablen de sus tres recomendaciones habituales -actuar lejos de casa, pagar las compras en efectivo, usar guantes gruesos- ni los cuatro puntos de su reglamento interno, lacónico donde los haya, que en último lugar prescribe tomar las precauciones necesarias para no herir a ningún animal, sea humano o no. Transgredir tal norma, incluso en

nombre del Frente, sería traicionar al Frente. De modo que el Frente pinchará neumáticos, incendiará camiones de transporte de ganado, quemará barcos a punto de zarpar a cazar focas, trasteará con los candados de los comerciantes de pieles, robará cintas de vídeo, asaltará plantas agrícolas y granjas de visones, destruirá torretas de caza, cortará redes de pesca, provocará pérdidas de millones de dólares y liberará a decenas o cientos de miles de animales, la cifra exacta no se sabrá nunca. Pero lo que sí sabemos es que el Frente jamás se llevará por delante una sola vida humana.

Muy pronto será operativo en cuarenta países del mundo.

Bettina Flavioli le ha preparado una cama a Val, que apesta a café, casi tanto como a mierda de mono. De la pediatra jubilada dicen que tiene la silueta rolliza y la cara radiante. Val coloca a Britches sobre una mesa cubierta con un paño. El macaco de cinco semanas entrelaza sus dedos con los de Flavioli. Una tercera mujer se apresura a ayudarla. Alguien pone en marcha un magnetófono. La pediatra ausculta al animal en voz alta, corta las tiras adhesivas, las retira y aplica una crema en las magulladuras del cráneo. Luego deja el sonar sobre la mesa y le saca con delicadeza las vendas de los ojos, cosidos con un grueso hilo negro. No se lo acaba de creer: los puntos de sutura han desgarrado los párpados y el tejido corneal. Enumera las lesiones, los edemas, las descamaciones. Pide unas tijeras quirúrgicas. La asistente se las da, el mono emite unos gemidos. Val le sujeta la cabeza; la pediatra corta el grueso hilo y tira de él; el mono pugna por liberarse. Le aplican un paño húmedo y tibio en la cara, el pequeño se estremece ahora en silencio.

Entonces Britches se lleva las manos rosas a los ojos cegados de nacimiento. Los párpados se abren lentamente. Dolorosamente, quizá. La luz entra en él como ese mundo que desconoce por entero. Abre mucho los ojos.

Dos peladillas negras incrustadas en un coco arrugado y lampiño. Dos peladillas negras de proporciones considerables. Britches vuelve la cabeza, mira a derecha y a izquierda, arriba y abajo, mira hasta donde alcanzan sus ojos, que apenas descansan. Luego, de pronto, se chupa el dedo.

Mientras paseaban por la playa de la bahía, Josh le contó a Val que su madre había muerto en un accidente de coche cuando él era adolescente. Sin saber muy bien por qué ni recurrir a las palabras -las mismas palabras que un profesor traicionaría, logrando de paso el apoyo financiero del país, aunque eso entonces lo ignorase-, solo porque la muerte se había colado en su joven existencia, de un día para otro Josh renunció a comer animales. A prolongar en sí mismo su muerte injusta. Había visto el cadáver de un ser querido y no quería que su carne volviera a albergar otro cadáver nunca más.

Britches se duerme al fin.

Muy pronto se presentará en público una película con las imágenes rodadas por el Frente y la narración de un hombre: preside una asociación de ciegos; combatió en la Segunda Guerra Mundial y perdió la vista a los cuarenta años; lleva gafas oscuras y un traje claro. Repugnante, ese será el calificativo que emplee para hablar de la tortura a cualquier ser vivo. La Universidad de Riverside dirá otras palabras, claro está, y lo negará todo. No hubo hilo de sutura en los párpados, no, eso era el maquillaje que le puso esa panda de delincuentes. No hubo lesiones, no, si las hubo se debieron al sucio trabajito del Frente. El Estado también lo negará todo, claro está. Lo hará por boca de los National Institutes of Health, que certificarán que la conducta de nuestro decano fue intachable. Uno de los profesores de la universidad llegará al extremo de revelar la magnitud de su aflicción: el asalto a sus instalaciones sigue siendo una herida abierta. Pero lo que los hechos revelan acerca de las palabras no podrá desmentirse por mucho tiempo. Ocho de los diecisiete proyectos de la universidad serán suspendidos, incluido el de nuestro decano. Y la ley acabará admitiendo que coser los ojos de un animal recién nacido no es de recibo. Un profesor abandonará incluso la investigación.

Dicen que la pediatra veló por la salud del joven primate durante cuatro meses. Al quinto, Val lo trasladó a un refugio de Texas junto a una macaca vieja, para que pudiera crecer con los de su especie. Veo ahora toda la miseria que escondía nuestra jerga científica, le dijo la pediatra a Val cuando fue a recoger al animal.

Y dicen que al cabo de dos años Josh le dijo a Val que con los refugios no bastaba, que había que jugar más fuerte, ponerse a la altura de la carnicería. Esto es, reducir todos los laboratorios a cenizas. Puede que el cuerpo de Val permaneciera inmóvil mientras escuchaba eso, pero en su fuero interno dio una especie de paso atrás. Nosotros sabemos que los animales no deben morir en vano, pero la gran mayoría de los estadounidenses no lo saben, creen en el Hombre, y eso que la gente tilda de violencia acabará por aislarnos… Eso es lo que se le pasó por la cabeza, lo que motivó ese respingo interior. Josh le aseguró que nadie resultaría herido, claro. Y Val admitió, claro, que no cabía cruzarse de brazos ante el derramamiento de sangre, ante la cautividad y las fosas comunes, pero el fuego no, el fuego le recordaba demasiado a la violencia de su vida anterior. Josh le pidió que lo meditara, que se uniera a él, se ofreció a adiestrarla: llevaba mucho tiempo sopesando la ¡dea: ya iba siendo hora de poner punto final al sistema de tortura organizado.

Un mes más tarde, un laboratorio de la industria agroalimentaria fue pasto de las llamas en mitad de la noche. Tres o cuatro millones de dólares reducidos a cenizas. Josh no tuvo parte, pero sabía que la

juventud no prestaba ya la menor atención al cómputo de víctimas mortales. Val se preguntó entonces si su corazón no sería demasiado blando para la revolución, pero zanjó así el asunto: cualquier cosa, salvo el fuego.

Cuando, en la primavera de 1989, el amarillo y el rojo y el azul engulleron al unísono los laboratorios de la Universidad de Arizona, Josh sí estaba en el ajo. Se arriesgaba a pasar veinte años en el trullo, era consciente, pero él y sus compañeros salvaron aquella vez a más de mil prisioneros. Los proyectos de tortura quedaron nuevamente en suspenso o se aparcaron definitivamente.

Pero el país de la libertad empezaba a perder la paciencia: clamaba a grandes voces por la libertad de matar. Había que hacer avanzar la razón, la modernidad y el progreso; se precisaban las palabras altisonantes del decano de la universidad. El FBI registró todo lo registradle, forzó cerraduras, revolvió cajones, inspeccionó ordenadores y espulgó el correo. Quería esos nombres a toda costa, no podía vivir sin conocer las caras que se escondían bajo los pasamontañas. Los terroristas a la cárcel y los animales al rincón más alejado del círculo, al revoltijo, al montón y al caos genérico: el FBI se obstinaba. Consciente de que ella podía caer cualquier día, Val quiso asegurarse de que la red clandestina que había construido a fuerza de paciencia la sobreviviera, y le confió a un camarada todo lo que sabía.

Dicen que entre el vivo fulgor de los árboles podía verse a Britches abrazado a una nueva madre y que a lo largo de veinte años pudo vivir su sencilla vida de macaco rabón.

Dicen que el decano trepó hasta el vicerrectorado ejecutivo de la universidad de la ciudad de los naranjos, donde siguió maltratando palabras.

No se sabe qué fue de Josh, pero se rumorea que hizo suya a una mujer amada en algún punto de la inmensidad azul de cielo y mar.

En cuanto a Val, dicen que no cayó, que llegó incluso a declarar que, mientras tratemos a los animales peor que a las tropas enemigas en tiempos de guerra, el Frente no podrá darse por muerto.

TERCER PANEL

Pues llegará el día en que pensar que los hombres del pasado criaban y mataban a seres vivos para alimentarse […] inspirará la misma repulsión que a los viajeros de los siglos XVI y XVII la práctica del canibalismo […].

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

Cuenta la leyenda que es el más viejo del mundo. Puede que no sea estrictamente cierto, pero lo que nadie pone en duda es que desemboca en un mar de arenques. Aunque el río serpentea por tres países, fue en Francia donde un príncipe quiso construir a su paso la ciudad de sus sueños. Tenía los ojos grandes y claros, el corazón pendiente de los Evangelios y un pulmón perjudicado, corolario de una gloriosa batalla contra los otomanos. El arquitecto del rey fue enviado en persona a la orilla del río. Luego hubo líneas trazadas sobre el papel: nada de pasos torcidos o atropellados, un contorno romano, con la derechura de lo que se construye contra la vida salvaje. El príncipe proveyó entonces las tierras, hizo llenar las casas; se dice incluso que ofreció asilo a los bandoleros. La ocupación de toda una vida.

Fue en esta ciudad, más adelante, cuando los príncipes y los reyes habían pasado ya a la historia, aunque un emperador quisiera prolongar la farsa un poco más, donde nació un poeta. Y luego murió, después de renunciar a la poesía, dormir en barcazas de carbón con la luna por testigo, cruzar el canal de Suez en un vapor, transportar armas y municiones con treinta y cuatro compinches, perder la pierna derecha, putrefacta del todo, e invocar, postrado en cama, moribundo, el corazón a punto de pararse, a un misterioso perro callejero. Se llamaba Rimbaud, y una carretera de circunvalación bordea ahora esa ciudad que aborreció en su día.

Hoy miércoles circula por ella un vehículo.

El hombre al volante no sabe nada de todo esto, ni del canal ni de los compinches ni del misterioso perro: no aparta los ojos de la carretera, unos ojos oscuros, sesgados como si se le hubieran inclinado

por descuido, las ojeras grandes e hinchadas bajo el cristal de las gafas. Estamos a miércoles, sí, y el hombre lleva su camisa a cuadros, la gris, que no se abotona en el cuello, como tampoco en las mangas.

En la penumbra del habitáculo la carne de su rostro aparece distendida, por así decir, y la boca desigual: apenas un trazo bajo la nariz roma; sobre el mentón bien rasurado el labio sobresale, rosado y grueso: un belfo. El cabello es el de un hombre que llegó a ver al viejo general colgar los hábitos, pero no combatió en Argelia, blanco y plateado a un tiempo; su torso es robusto, pero sin pesadez: nació un día de otoño al término de una guerra mundial, la segunda de la lista, porque algún día hay que venir al mundo.

Un bastón de madera reposa contra la puerta, al lado del pasajero. O eso cabe suponer.

El cielo de las Ardenas no trae lluvia ahora mismo, son casi las cuatro de la tarde. Tal vez el hombre escuche la radio; tal vez piense en la cantidad de trabajo que lo aguarda a la vuelta; tal vez se conforme con mirar la ruta 44 y observar las líneas discontinuas, los coches que tiene delante y los que ve por el retrovisor de su camioneta gris, el separador vial de hormigón a su izquierda y el pequeño terraplén de hierba a su derecha, o el puente que asoma ya allá al fondo.

El remolque le lastra y en su frente las arrugas han comenzado a dibujar pequeños surcos. Y es que el hombre del bastón de madera viene de la noche de los tiempos, por así decirlo: es campesino. Agricultor, lo llaman, desde que se recogen bajo la luz blanca de las oficinas. Lleva en su persona todo el peso de la lluvia; conoce el eje de los polos y conoce la gleba; a veces se pregunta por qué el mundo va como va. Pero el tiempo controla su vida y él lo dedica por entero a sus cien animales.

En su pueblo, a unos sesenta kilómetros de la ciudad con la carretera de circunvalación, venden pan, patatas y cebollas y la iglesia sostiene su cruz sin demasiada convicción. Cuando nuestro hombre baja por el camino de grava que lleva hasta su calle, de pocos pasos de anchura, puede ver el campanario sin ningún esfuerzo. Las nubes filtran la luz, un pájaro se posa a veces en un cable. Los vecinos tienen la piel de las rocas de la región: arrugada como el esquisto.

Pronto el invierno no será más que un recuerdo: ha sembrado todo el patio de su granja de agua sucia. Pero el invierno volverá. Siempre vuelve. Junto a un tractor, las balas de heno se apilan bajo el toldo de chapa del cobertizo; unos perpiaños yacen amontonados al pie de un muro de ladrillo. En cosa de ciento cincuenta años el pueblo se ha reducido a la mitad; por pueblo se entiende aquí el número de sus habitantes. Al menos puede uno ahora caminar sin darse codazos.

El pan, el campanario y también un hombre de cierto renombre.

En fin, su gloria no es la del rey niño de la ciudad, tampoco hay que exagerar: un hijo de aristócrata con el pelo lacio, la vestimenta cuidada y unos cuantos libros de romances y bizarrías que se le atribuyen pero que nadie lee ya. Podría afirmarse incluso que a la gente le traen al fresco, porque la fama del gran hombre en cuestión se asienta sobre osamentas fósiles, hachas y cuchillos: en efecto, hablamos del padre fundador de la arqueología prehistórica. Desde que cuentan con él, la ciudad ya puede presumir y blandir su poeta desvergonzado de la mañana a la noche, con su museo, la estela del cementerio, los peregrinos, la archisabida historia del virtuoso del Viejo Continente, la deserción, los pies en polvorosa, el viento en las velas, las radas de Obock y el contrabando de armas y el amante desesperado que le susurraba al oído palabras de amor en la rué de l'Abreuvoir; la arqueología prehistórica no es cosa de rimar brutal con cristal o hablar con horror de la raza fuerte y la patria para morir luego en la miseria. No, se trata nada menos que de la invención de la agricultura.

Un coche lo adelanta.

Cosas que pasan.

Ayer una bomba explotó en Afganistán; hoy Israel lanza un ataque aéreo sobre Siria.

Cosas que pasan, también.

Mañana una bomba explotará en Bagdad.

Lleva las mangas de la camisa remangadas hasta la mitad del antebrazo, apoya la mano en el volante y posa una mirada incierta en la vía de acceso a su derecha.

Pronto serán setenta años en este mundo. Esas ojeras en el espejo, amigo, esas rodillas que se te quedan clavadas siempre que el patio se encharca y esas botas que cada día te cuesta más quitarte. En qué piensa en realidad, no se sabe: en el cumplimiento de la normativa, tal vez, puede que en los márgenes y en los costes suplementarios. El caso es que la curva de los costes se dispara, sube y sube sin parar, como sube el precio de la carne de vacuno, la curva se dispara, pero a él, como a sus colegas, le quedan solo las migajas, nada más que las migajas, eso es algo en lo que nunca deja de pensar. Así que puerta y adiós muy buenas, que se metan su miseria donde les quepa, y entonces llegan las almas caritativas, con sus camisas abotonadas hasta el cuello, y te cuentan que la competencia exterior, que la balanza comercial, que la creciente inestabilidad, que Uruguay, el puto Uru-guay y vuestras piezas deshuesadas, nuestra vaca normanda no tiene nada que envidiarle a vuestro angus, si ni siquiera sabéis dónde queda en el mapa, el Uruguay: decís que es un suicidio, articuláis palabras y agitáis las manos en el Senado, pero de vacas no sabéis un carajo. Nuestro hombre ha dejado ya de contar las

capitulaciones, no sabría decir cuántos compañeros lo han dejado, cuántas familias se han ido al traste, lee las cifras y las olvida en el acto. Pues muy pronto le llegará a él la hora, su tránsito concluirá y no se arrepentirá de nada, habrá tenido su parte hermosa; le cavarán un agujero en la tierra y el resto de los campesinos se reunirán con él.

Los coches ocupan ahora los tres carriles.

Cómo se le abrió el remolque por el camino es un misterio que queda por esclarecer. Dicen que estaba mal cerrado, y eso cabe dentro de lo posible. Por lo demás, lo esencial no es la puerta trasera de doble batiente, sino lo que ella encerraba.

Una vaca y su ternera, que vienen a ser dos personas.

La madre tiene cuatro años, dicen, y basta verla rodar así por el asfalto, con la capa roja anaranjada, los ojos orlados de blanco, como el hocico y los cuernos, salvo en las puntas, para identificarla sin sombra de duda como una vaca limusina. La cría tiene unos meses y el pelaje cuajado de manchas: tendrá cinco o seis o siete u ocho meses, eso tampoco se sabe (porque es en ese intervalo cuando nos comemos a los pequeñines, ya sean lechales o de cebo).

De modo que saltaron.

El ruido del impacto, la descarga repentina del ganado, los bovinos alejándose por el retrovisor y los cláxones que suenan al unísono: algo así puede pillar por sorpresa a cualquiera. El hombre del bastón de madera pisa al instante el freno de la camioneta y la estaciona en el arcén.

La razón que impelió a la vaca a precipitarse en la carretera de circunvalación de Charleville-Mézières mientras el vehículo motorizado seguía en movimiento es algo que nadie acabará de explicarse: la conciencia de los animales se resiste a nuestro escrutinio…, de modo que carecen de ella. En compensación, cabría afirmar que Descartes era imbécil: la vaca de reloj no tiene nada, ni lo tiene la ternerilla que la sigue unos pasos atrás, como aparece en una fotografía, o la precede en unos pasos, como aparece en otra, ambas, sea como fuere, en contradirección por uno de los carriles ante la mirada estupefacta de los humanos presentes: evasión es la palabra.

La silueta de su sombra en el suelo es corta bajo el sol mortecino.

Al verlas galopar así, ambas masas en movimiento, los músculos que se contraen para impulsar los cuerpos, parece evidente: si la libertad tiene algún sentido, ahí es donde alcanza su medida cabal.

Llaman a los bomberos, llaman a la policía, atrapan al pequeño.

Pero la madre huye.

Enfila por la comarcal vecina, orillada de casas, setos podados, flores en el balcón, un bar y luego un cruce, la bestia pasa volando y el campanario de la iglesia del pueblo tacha el horizonte con un

plumazo nítido, hay una furgoneta aparcada cerca de la plaza, la bestia se detiene, mira, reanuda la marcha, visión panorámica de la especie, la policía le pisa los talones, no se esperaban que saliera pitando de esa manera, el bicho va lanzado a más de veinte kilómetros por hora, habrase visto, un nuevo cruce que la vaca atraviesa a la carrera, el cielo está sujeto entre los cables telefónicos, un peatón cruza el paso de cebra y las pezuñas del animal aplastan el suelo sin hierba, pesará setecientos, ochocientos, novecientos kilos, no se sabe a ciencia cierta, y su masa dibuja en el aire formas que nadie había visto, aquí, formas que nadie habría soñado ver, pasa por delante de la fábrica abandonada donde dicen que se fabricaron bicicletas y más tarde excavadoras, aunque eso fue en otro tiempo y para nada afecta a su carrera, qué más da el ayer o el hoy, a su especie la hemos sometido desde siempre, follaje, ladrillos, el río no corre, parece hecho de una materia sólida y espesa, de un verde apagado e impasible, la bestia costea los restos de la muralla de la ciudad, le bullen los ojos anillados de pelo claro, el miedo le nubla la vista, encogiendo su campo de visión, una adolescente pasa por ahí, completamente ajena a lo que está a punto de suceder, de eso podemos estar seguros, nadie espera ver lo nunca visto, lo que además no quieren que veamos, por otra parte, la sangre lo empuerca todo y a la sociedad no le gusta la porquería, la sangre, la violencia, la sociedad es civilizada, pero en estas que la bestia arrolla a la adolescente, el lance es violento, desde luego, pero la chica saldrá más o menos ilesa, fue más el susto que otra cosa, que dirán mañana, y la bestia prosigue su carrera con el corazón desbocado y los pulmones henchidos de aire, un coche de policía se cruza en su camino y la vaca le abolla el capó arrastrada por su inercia, al oír el estrépito se dan la vuelta pero ella sigue corriendo, enfila por una callejuela junto al río bordeada de coches aparcados a ambos lados, a la derecha se abre ya la calle mayor del ayuntamiento y a la izquierda un puente abovedado, y la vaca toma por el puente bajo el que corre el río, no, el río no corre, lo sabemos, todo ese verde compacto sobre el que cuesta imaginar las barcazas aquellas con sus tripulaciones y sus cargas de trigo flamenco y algodón inglés -¡ah, poeta!, ¡hijo predilecto de la ciudad!, ¡tú que querías ir donde las vacas beben!-, un transeúnte se tira al suelo, el teléfono se le cae al río y el puente está llegando a su fin, a la vaca se le ofrecen tres posibles vías, ni una más, salvo que decida dar media vuelta, claro que allá atrás andan los policías, las pistolas, las porras y el resto de la parafernalia desplegada por el Estado para seguir siendo el Estado, y también, en algún lugar, el hombre del bastón de madera y su remolque, y su propia pequeñuela, sin duda, aunque jamás se sabrá qué es lo que ronda a la vaca, qué idea la hechiza, salvo la de seguir huyendo, huir hasta el fin, así que tuerce a la derecha por una

callejuela igual de estrecha a la orilla del Mosa, los árboles proyectan grandes sombras apelilladas, los coches aparcados encauzan a la bestia que corre por la calzada y es probable que a esas alturas empiece a perder el aliento hiedra cubos de basura banco valla garaje la persigue un comisario general, tiene las sienes rapadas, los ojos castaños y una mandíbula que parece trazada con una navaja, más tarde dirá que la vaca ha burlado todas las medidas puestas en práctica y confinarla es complicadísimo, pero la bestia no le presta oído, no quiere que la vuelvan a atrapar, como atestigua su gran cuerpo rojo anaranjado y su cabeza cornuda y humeante a finales de invierno, cualquier cosa menos la angostura sombría de ese extraño remolque, no, no quiere que ningún ser humano vuelva a ponerle las manos encima, no, no quiere saber nada de su prudencia, de su genio, de sus carcajadas, seguro que no le interesa la pintura al óleo ni Dios misericordioso ni la pila de combustible, seguro que no fue ella quien ideó la fibra de nailon ni el código de barras ni este mundo de suelos grises, seguro que no sabe que un tipo llamado Kant anunció un día que las bestias como ella no tienen conciencia de sí mismas, ni que otro tipo llamado Hegel describió una vez su mugido como vacío de sentido, ni que un tipo de nombre impronunciable aseguró un día que ella no dice nada, seguro que no sabe nada de todas estas ideas tan bien atadas, ordenadas e hilvanadas sobre el papel: ahora mismo, mientras sus pezuñas tabletean contra el asfalto, lo único que sabe es que se ha escapado y quieren impedírselo.

Y pese a todo, en el pueblo era una vaca muy querida.

Objeto de un amor que podría tildarse de severo.

Yo los quiero, a mis animales, en tales términos se expresa el hombre del bastón de madera.

Pero es posible que la bestia no hubiera captado la singularidad de aquel amor: te dicen que te quieren hasta que un buen día te llevan, junto a tu cría, al matadero de la ciudad.

Yo los quiero, a mis animales, repite.

Por lo demás, hay que ser de ciudad para dudar de ese amor. El hombre solo existe para sus vacas. Lo ha dado todo por ellas. Nunca les ha escatimado una hora: en las oficinas no se aprende a cuidar de las pezuñas. Ni a empajar el suelo, ni a mantener el agua a buena temperatura. Por no hablar de la limpieza de los establos, las enmiendas de la tierra y las cartillas sanitarias, que hay que tener en regla, o los cercados, que también hay que mantener…, aunque de eso nadie se entera. O de las diez toneladas anuales de estiércol por cabeza. Los productos de calidad no llueven del cielo: son arte, transmisión, cultura. Un intercambio, eso es lo que no le enseñan a uno en la ciudad, la cría de ganado es un intercambio: la muerte es deseable si el animal no muere en balde, si es fuente de vida y sacia el

apetito del país. Es así como se perpetúa la vida: la del ganadero, puesto que la pasión no basta para traer dinero a casa, y la del rebaño, en la descendencia que el animal le lega antes de marcharse. El campesino se siente en deuda con el animal, por eso le ofrece la mejor vida que puede. Eso es compartir: estar a una en cuerpo y alma, también a la hora de la muerte, así son las cosas, qué se le va a hacer. Pero al animal lo respetamos en su muerte, repite el hombre del bastón de madera.

Por qué saltó entonces la vaca y por qué la siguió su ternerilla, la cuestión es desconcertante. Mejor será enterrarla. Y por qué la vaca no quiere saber nada de esa clase de amor que uno introduce un buen día en un remolque para venderlo y regresar luego al pueblo, saludar al viejo campanario y pisar la gravilla, esa es otra cuestión desconcertante que será mejor enterrar. La humanidad sabe poner los sacros imperios patas arriba y plantar una bandera de trece franjas en la luna, sabe reparar una válvula cardiaca y bailar en las calles por la igualdad finalmente recobrada; sabe muchas cosas, la humanidad, pero es incapaz de dilucidar estas cuestiones. Porque de hacerlo todo se derrumbaría: nuestro orden, nuestras leyes, nuestras grandes palabras.

Paf, un castillo de naipes.

De modo que la bestia corre y tras ella corre la policía para que no se nos venga todo abajo, el orden, las leyes y las grandes palabras.

Antes de estirar las patas y precipitarse sobre el asfalto, la vaca no se imaginaba que, una vez llegada a su destino, otros hombres la habrían separado de aquella cría que había gestado durante nueve meses; que habría tenido que apretujarse entre sus congéneres a la espera de ser asesinada; que la habrían conducido en fila, entre angustias y gritos, hasta un dispositivo de sujeción donde probablemente habría recibido varias descargas eléctricas en el costado, en las patas, en la cabeza, vaya uno a saber; que una pistola de perno cautivo colocada en posición perpendicular habría perforado su hueso frontal, destruyendo parte de su cerebro; que si la operación se hubiera saldado con éxito habría perdido el conocimiento y se hubiera desplomado; que en caso contrario habría conservado la lucidez, contingencia en absoluto excepcional; que habría sido suspendida del carril de desangrado por una de sus patas traseras, con la cabeza colgando, por un tipo que tiene que alimentar a sus hijos y bebe para olvidar que es así como los alimenta…, aunque acabará por acostumbrarse, porque uno se acostumbra a todo, y pronto dejará de darle tantas vueltas y se volcará en su trabajo y llegará a colgar sesenta vacas y noventa terneros por hora; que otro tipo al que llaman operario, una palabra como cualquier otra, operario, y al menos no apesta a carroña, que el operario, en fin, le habría seccionado las

yugulares, ya hubiera llegado atronada o consciente, y le habría drenado la mitad de la sangre; que la habrían desollado a cuchillo o por medio de vaya uno a saber qué otra máquina, para vender su piel, una vez procesada, y fabricar con ella zapatos y bolsos; que otro tipo se habría ocupado entonces de decapitarla, eviscerarla, cercenarle la lengua y partir su cuerpo en dos con una sierra eléctrica; que se habría procedido a continuación al *émoussage* del cuerpo, como suele llamarse a la extracción de la grasa superficial; que habrían pesado entonces el cuerpo o la canal, como habría pasado ya a denominarse, antes de inspeccionarla, sellarla y depositarla en una cámara frigorífica para su maduración; que habría acabado dispersada, diseminada, desparramada y envuelta en película plástica, en el menú de un restaurante o entre rebanadas de pan; en definitiva, que en el momento de saltar, la vaca no era consciente de que iba camino de convertirse en una masa pulposa en nuestro intestino delgado y terminar en el fondo del retrete.

Eso la vaca no lo sabía, desde luego.

Como tampoco sabía que ese amor es una máquina gigantesca, todo un mundo que da vueltas en secreto en el epicentro del mundo, para producir con extraordinaria prodigalidad cadáveres iguales a aquel en el que debería haberse convertido. ¿Dos? ¿Tres? Tres, sí, tres millones de almas pasan cada día por el matadero, y eso, esa cifra que nadie alcanza a representarse, porque la razón misma se precipita por el orificio de ceros, ni siquiera da cuenta de los mares, es solo la cifra de la tierra y de un país, un país muy pequeño en cuyo centro se encuentran las Ardenas. Esta destrucción sin igual en la historia de nuestra especie, esta fiebre de sangre que tiene a la razón de su parte y el conocimiento de siglos a su entero servicio, es algo que nos supera. Recapitulamos, nos preguntamos cómo es posible, tratamos de entender que la vida continúe sin frenar en seco. Pero luego están los derechos del Hombre, claro, y la dignidad, ¡por favor! La de oropeles que hacen falta para ocultar toda esta sangre. Una sociedad entera que ingiere y expele torrentes de líquido orgánico y luego se aplaca: ni conciencia, ni cultura, ni emociones, ni sentimientos, ni lenguaje, ni técnica, ni patrimonio, ni ficción, nada de eso poseen, no son más que bestias hechas para atiborrarse de heno, labrar la tierra, abastecer las trincheras de alimentos y municiones, y transmutar el buen pienso en buena morcilla.

Por descontado, ese *nosotros* no existe cuando el estómago habla del hambre. Cuando la mujer habla de la carne profanada. Cuando el esclavo habla del ardor del látigo. Nosotros es un pronombre de privilegio. Una palabrita muy cara a los humanistas. Se es universalista cuando no se duda de los dones del universo; se es del mundo entero cuando se ha nacido en buen lugar. Ese nosotros es la

mar de útil para omitir el fondo del asunto: que no hay más humanidad que la de quienes dan las órdenes y quienes las acatan. Ese nosotros es la mentira más grande que quepa imaginar. Y el animal tiene sobrados motivos para tomársela a pitorreo. Bajo el fuego, bajo los golpes, bajo la cuchilla no reconoce a ministros ni a mendigos, a condesas ni a criadas, ni a raza alguna denigrada en su conjunto, sino a una misma especie que se extiende por todas partes y ejerce un dominio absoluto.

Con lo que la bestia echa a correr.

El río sigue inmóvil pero el suelo cambia de pronto, entre hierbajos y guijarros asoma una larga casucha de uralita. La callejuela desaparece en una maraña de plantas y árboles. Dicen que la res no vaciló. Que no trató de adentrarse en la espesura del pasaje y se zambulló en el viejo río que llega serpenteando de los países vecinos.

Su ancha testa atrapa el aire como puede. Su hocico pretende abarcar el cielo en su totalidad. Puede que de haberla visto así, sacudiéndose de angustia en su río, el príncipe aquel del pulmón perjudicado le hubiera ofrecido asilo, como a los bandoleros. Puede que el poeta hubiera pensado que en los bosques la sombra babea como hocico de vaca. A saber. Lo que sí sabemos es que la vaca está llegando a la orilla en este preciso instante. Alza entonces su vasto cuerpo de uro domesticado hace miles de años. Se levanta.

Al acecho, dieciocho policías.

La vaca deambula por los senderos de la meseta, el manto rojo anaranjado ennegrecido y pegado a la piel. El agua debe de gotearle entre los pesuños. Un monumento conmemorativo en el lugar donde en otro tiempo fusilaron a los combatientes de la Resistencia, una planta de tratamiento de agua, una reserva de conservación de especies, unas cuantas barracas. Entonces la vaca se detiene. Junto a una loma, entre una hilera de árboles escuálidos y ruinas. Seis de los policías la rodean. Parece que está sin aliento; llaman a dos veterinarios, uno no contesta y el otro está en la capital; llaman al hombre del bastón de madera, que da su consentimiento. Los policías forman en fila, como han aprendido, y apuntan al animal con sus pistolas semiautomáticas. El comisario general da la señal: la oportunidad de dirigir un pelotón no se presenta todos los días y es muy posible que sopese la gravedad del momento. Los dedos aprietan los gatillos y se abate sobre la vaca

un diluvio de fuego.

Setenta balas penetran en el animal, en su carne viva y caliente.

El comisario general afirmará que el lugar no podría haber sido más idóneo.

El animal se desploma y da con su cuerpo en tierra, entre las

ramitas, la gravilla, las charamuscas y la mala hierba. En su oreja derecha se distingue una etiqueta de un amarillo muy vivo, con una cifra de diez dígitos.

La cifra ha dejado de existir y el comisario general hará saber a los periodistas que están al llegar que había que asegurar el tiro y eran muchos los parámetros que tener en cuenta: esas son sus palabras, las de un hombre concreto.

Hay que decir que el individuo en cuestión sirvió antes en el ejército de tierra. Llegó a comandante y pasó luego por los servicios generales de inteligencia. De modo que es muy ducho en labores de precisión, en trabajitos cuidadosos. Parece que el origen etimológico de su apellido guarda relación con «costra» o «impedimenta», aunque a decir verdad, su nombre no tiene la menor importancia: tanto da que fuera él o cualquier otro, pues se limitó a cumplir con su cometido, el que el mundo le asignó. Serán seiscientos o setecientos los altos mandos de su rango y todos y cada uno de ellos habría actuado de idéntico modo. Que sea amable o cruel, buen padre o redomado abusador, honrado a carta cabal o un perfecto canalla es lo de menos: nadie hace todo lo que hay que hacer para llevar una ramita con siete hojas de roble y dos bellotas en la lengüeta del hombro de su uniforme sin creer que la sociedad necesita protección, que es un constructo frágil, pese a los aires que se da, y hay que protegerla del jaleo. Así que nuestro hombre de ojos avellana, pelo rubio oscuro y mandíbula de buen partido se encarga de proteger a los ciudadanos y salvaguardar el orden público. El espíritu republicano es eso. Y la República cuenta con casi un millar de mataderos en su territorio continental.

El ojo del animal sigue abierto, una flor negra fulminada; su hocico descansa sobre las hojas muertas.

Llega el hombre del bastón de madera: apaga el motor de la camioneta a pocos metros del cadáver. Se apea, el puño derecho cerrado en tomo a la empuñadura. Se queda un buen rato contemplando la vaca, sin decir palabra; un hombre se agacha para fotografiarla. Igual no está mal que haya acabado delante de una loma, comenta un periodista. Yo la veo todos los días, dice el hombre, la conozco, es la más salvaje de la vacada. Pues tuvo el mismo final que las demás, dice el periodista. Bueno, no exactamente, dice el hombre. La verdad es que da miedo, añade antes de recogerse en su silencio, pero ahora todo va bien, ahora es puro cachondeo.

Mil mataderos, un mundo en el epicentro del mundo. Mantenido en secreto. Maniobrando en silencio. Un mundo que mantiene el mundo en marcha, pero no existe.

Antiguamente, la sangre de los animales chorreaba por las aceras. La gente se ensuciaba de sangre los zapatos y oía los alaridos de las

víctimas. Pero en algún momento la sociedad debió de reconocer que no le agradaba toda aquella crueldad, toda aquella porquería. Los mataderos se alejaron de la ciudad, se borró su nombre, se prohibió el acceso al público. Y la gente de este país, el del príncipe y el poeta, tiene mucho que hacer en esta curiosa historia de océanos, bacterias y raíces que llamamos vida, de modo que acabó por olvidar que la comida era llevar tibias de sangre las suelas de los zapatos.

La noche desciende sobre el país, que se ve así privado del cachondeo. Ese miércoles, 19 de marzo de 2014, hablan en la tele de un presidente corrupto bajo escucha, de su campaña financiada por un rey rabioso y la complicidad de un alto magistrado, de un antiguo operador de bolsa que no tardará en volver al trullo tras enfrentarse a la tiranía de los financieros. También hablan de las siete personas asesinadas dos años atrás por un joven fanático de Dios, del asalto a un banco sin violencia y de un avión desaparecido. Pero del alma que cayó aquel día abatida por setenta balas no dicen nada. Y de los tres millones de almas que han caído desde la víspera se habla aún menos.

El presentador lleva una corbata muy pulcra, tiene el pelo plateado en las sienes, su traje gris reluce en el estudio, igual que la Torre Eiffel que han puesto de fondo: todo está en su lugar.

Dicen que, al caer la noche, el matarife se llevará el cadáver del animal huido. No se sabe qué será de su pequeña, pero nadie pone en duda que le cortarán la cabeza. Los periódicos nacionales se harán eco de lo insólito del caso y dos voces se alzarán, dos voces solas para dejar una especie de muesca: es una matanza, es una masacre, es una ejecución salvaje, dirán. Esas voces presentarán una denuncia, el Estado hará con ella una bola de papel.

Dicen, en fin, que el hijo desvergonzado de las Ardenas proclamó una primavera ya lejana que el poeta tiene a su cargo a la humanidad y los animales. Y dicen que, al poco tiempo, la capital asistió a la ejecución de una legión de revolucionarios, culpables de haber deseado un mundo en que las revoluciones ya no tuvieran razón de ser. Y luego nos reímos de los poetas, inocentes de nosotros.

Primavera de 2019 - invierno de 2020

NOTA

El epígrafe del primer panel es una frase tomada de la dedicatoria de una novela de Séverine, *Sac-á-tout*, publicada en 1903 con el subtítulo de *Mémoires d'un petit chien*. El del segundo panel procede del párrafo 68 de *Mínima moralia: Reflexiones desde la vida dañada*, un ensayo que Adorno comenzó a escribir durante la Segunda Guerra Mundial y que apareció en alemán en 1951. El del último panel es un préstamo de un artículo de Lévi-Strauss publicado el 24 de noviembre de 1996 en el diario italiano *La Repubblica* con el título de «La lección de sabiduría de las vacas locas».

El título de este libro remite a las palabras del historiador y jurista Samuel von Pufendorf, que en 1672 escribió: «[H]ay una gran diferencia entre el estado de guerra en que los hombres se encuentran a todas horas respecto a los animales y aquel en el que se encuentran a veces entre ellos: pues este último no es universal ni perpetuo, ni va acompañado de una licencia ilimitada» (*De jure naturae et gentium)*.

Este tríptico está dedicado a los amotinados, a los desertores, a los saboteadores y a los pacifistas.

NOTAS

[1] El detalle bien vale una nota al pie: en una lectura posterior del volumen II de los *Carnets* de Marcel Cachin averiguas que el 19 de julio de 1920 Lenin llevaba efectivamente una corbata de rayas.

[2] Apodos respectivos de Louis-Auguste Blanqui (1805-1881) y Maximilien Robespierre (1758-1794). (*N. del T.*)

[3] «Reír es lo propio del hombre.» La frase se encuentra en el poema introductorio del *Gargantúa*, dirigido a los lectores: «Más vale de risa que de lágrimas escribir / porque reír es lo propio del hombre.» (*N. del T.*)